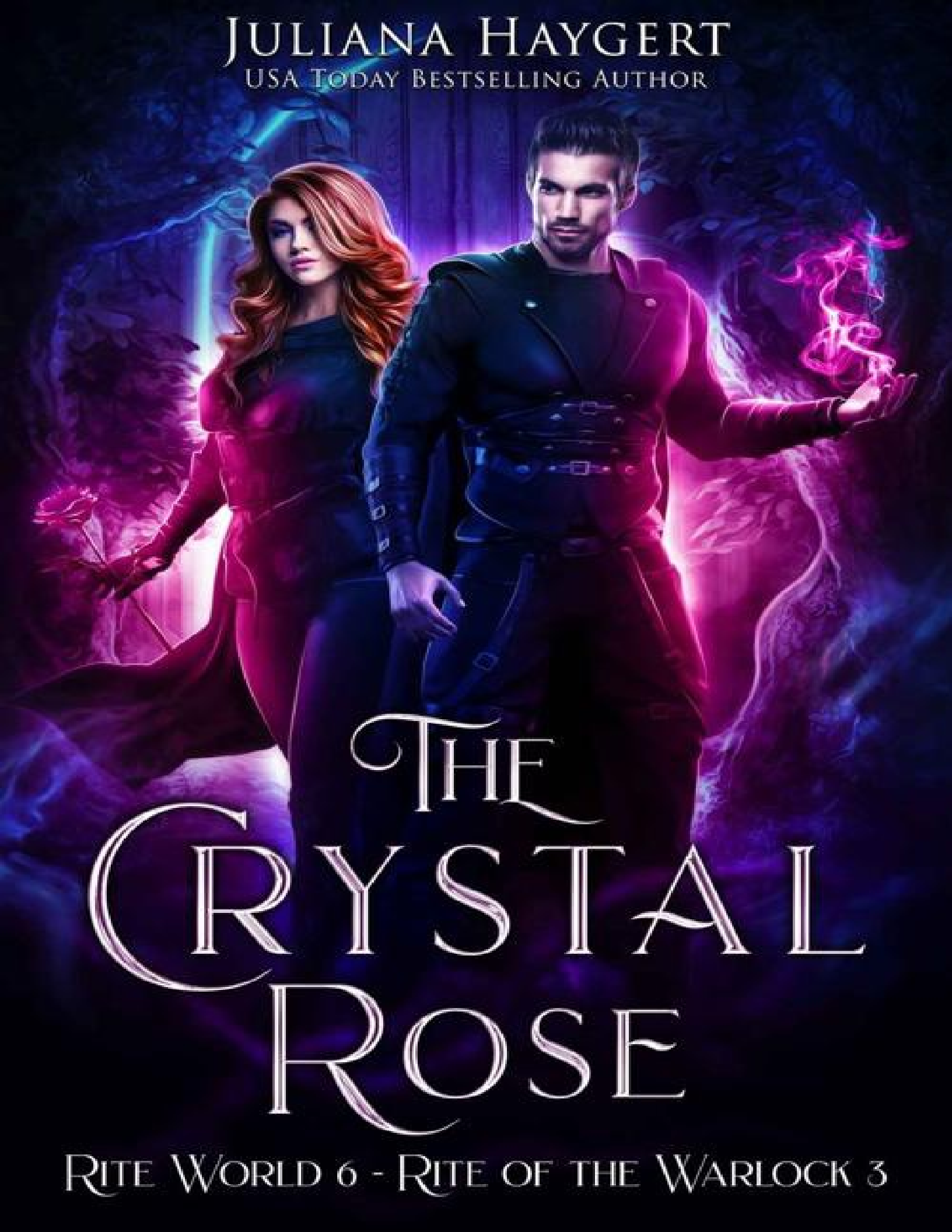
Juliana Haygert

USA Today Bestselling Author



The Crystal Rose

Rite World 6 - Rite of the Warlock 3

THE CRYSTAL ROSE

RITUAL DEL HECHICERO

RITE WORLD

LIBRO 6

JULIANA HAYGERT

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Copyright © 2024 por Dark Witch Press, LLC

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

www.JulianaHaygert.com

Cualquier marca comercial, marca de servicio, nombre de producto o nombre presentado es propiedad de sus respectivos dueños y se utiliza únicamente como referencia. No hay ningún respaldo implícito si se utiliza uno de estos términos.

 Creado con Vellum

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Gracias

Sobre la Autora

1

LUANA



HABÍA UN DICHO HUMANO EN EL QUE PENSABA A MENUDO ESTOS DÍAS.

Todo lo bueno se acaba.

Había pasado una semana desde que Keeran derrotó a su padre y lo encerró dentro del amuleto. Una semana desde que Farrah y Keeran rompieron el hechizo que mantenía a Wyatt como rehén. Una semana en la que habíamos estado fingiendo ser despreocupados y normales.

Pero estábamos lejos de ser normales.

La lucha estaba lejos de terminar. Aún teníamos que derrotar a Isalia, a sus lobas y a los brujos de Soren; la mayoría de ellos se habían quedado con Isalia.

Solo entonces, seríamos libres.

Me recosté sobre una roca en la orilla del lago y cerré los ojos, disfrutando del último calor del sol. El otoño estaba comenzando, y el aire ya era frío después del anochecer aquí en el norte.

En algún lugar del lago, Keeran chapoteaba, sus piernas y brazos golpeando contra el agua. Un momento después, se quedó en silencio. Por alguna razón, había estado tratando de sorprenderme últimamente, pero ¿cómo podría hacerlo cuando yo era capaz de escuchar su latido y su respiración desde un kilómetro de distancia?

Esta vez no fue diferente. Se sumergió en el agua y nadó cerca de la orilla. Con pasos cuidadosos, emergió y se acercó de puntillas hacia mí.

—Ni se te ocurra —advertí, con los ojos aún cerrados.

—Maldición, no eres nada divertida.

Chorreando agua, Keeran se lanzó sobre mí. Jadeé cuando el frío del agua chisporroteó contra mi cuerpo cálido.

—¿Qué demonios...?

Sus labios se estrellaron contra los míos. Perdida en el momento, abrí la boca y lo dejé entrar. Su cuerpo presionó contra el mío mientras me provocaba con su lengua, arrancándome un gemido de la garganta.

Quería aislarme de todo, permitir que mi mente y alma se derritieran completamente en los brazos de Keeran, hacerle el amor aquí mismo, ahora mismo.

Pero había un par de problemas. Uno, estábamos al aire libre. Farrah o Wyatt podrían sorprendernos en cualquier momento, y yo no los escucharía hasta que fuera demasiado tarde. Además, si no estábamos en el interior y lejos, Wyatt podría oírnos con su audición de hombre lobo. Solo esperaba que cada vez que había dormido con Keeran, Wyatt hubiera desconectado su súper oído.

Dos, era hora de irnos.

Después de una semana de descanso, relajación y fingir ser normales, era hora de enfrentar al

mundo.

Era hora de ir a Unity.

Usando mi agilidad, envolví mis piernas alrededor de la cintura de Keeran y nos hice girar. Rompiendo el beso, me senté a horcajadas sobre él.

Keeran levantó la mano y la pasó sobre las tenues cicatrices de mi rostro, líneas que mi archienemiga había dejado. Las odiaba. Eran un testimonio de mi debilidad, de mi fracaso. Y, tristemente, me hacían sentir insegura. Nunca me importó la desnudez que venía con ser una mujer lobo, pero sí me importaba tener cicatrices permanentemente grabadas en mi mejilla. Aparté la cabeza.

—No lo hagas. —Keeran enganchó un dedo bajo mi barbilla y me hizo volver la cabeza, pero evité su mirada—. No te escondas de mí. Eres hermosa y nada, ni siquiera estas cicatrices, te harán menos bella jamás.

Sus palabras calentaron mi corazón. Sabiendo que estaba siendo sincero, volví mis ojos a los suyos. Cambié mi peso sobre él, frotando mis caderas contra las suyas. —¿Cómodo?

—Mmm, oh, sí, creo que me gusta más así —dijo, con un tono de broma en su voz. Era genial verlo de buen humor esta mañana. Desde que encarceló a su padre en el amuleto, había estado callado y más irritable con todos.

Miré el amuleto plateado y blanco que descansaba sobre su pecho. Su padre estaba allí dentro.

Y así, sin más, mi deseo se esfumó. No podía tocar a Keeran con su padre entre nosotros.

Me puse de pie de un salto. —Es hora de irnos. —Él intentó alcanzarme, pero di un paso atrás—. Ya es casi media mañana. Wyatt y Farrah nos están esperando.

Refunfuñando entre dientes, Keeran desplegó su largo cuerpo dorado y se paró justo frente a mí, con solo un par de shorts de baño cubriendo su cuerpo tonificado. Como de costumbre, mis ojos parecían pegados a los músculos bajo su piel.

Una esquina de sus labios se curvó hacia arriba. —¿Estás segura de que quieres irte?

Puse los ojos en blanco y me forcé a moverme. —No es que quiera irme, pero necesitamos hacerlo. —Después de todo, habíamos acordado encontrarnos con Wyatt y Farrah en la cabaña de mi familia a las nueve de la mañana, para poder comenzar nuestro viaje.

Me alejé del lago, y Keeran apresuró sus pasos. Cuando se puso a mi lado, entrelazó sus dedos con los míos. —¿Al menos puedo sostener la mano de mi compañera?

Una sonrisa se dibujó en mis labios. —Siempre.

Caminar lado a lado con Keeran de esta manera a veces se sentía como si hubiéramos estado juntos durante años. Décadas.

No días.

Él me hacía sentir cómoda, segura, amada; cosas que no había sentido en mucho tiempo.

Como era de esperar, Farrah estaba frente a mi cabaña. Su largo cabello plateado brillaba bajo el sol, un contraste curioso con la ropa de cuero negro que cubría su cuerpo esbelto. Una pequeña mochila colgaba de sus hombros, señal de que estaba lista.

Pero...

—¿Dónde está Wyatt? —Keeran me robó la pregunta.

Farrah volvió sus brillantes ojos azules hacia nosotros. —Dentro de la casa —señaló la cabaña junto a la mía, donde Wyatt se había enterrado durante la última semana—. Dice que es mejor si no va.

Por la luna, ya habíamos pasado por esto.

Todavía tenía que cambiarme y coger mis bolsas. Cuanto más tarde saliéramos, más tarde

llegaríamos a Unity, y ya de por sí llegaríamos tarde.

—Ve a hablar con él —Keeran soltó mi mano—. Yo iré a cambiarme y lo prepararé todo. No te preocupes.

¿También me cambiaría la ropa? Solté un largo suspiro, intentando calmarme antes de que mi temperamento se elevara.

Entré en la pequeña cabaña y encontré el lugar ordenado y organizado. Probablemente todo obra de Farrah, ya que Wyatt apenas se había movido. Al llegar, se había sentado en el frágil sofá de la sala y solo se había levantado un puñado de veces. Sus ojos marrones miraban al frente, a un punto en blanco en la pared lisa.

Lista para la pelea que seguramente vendría, me puse las manos en la cintura. —¿Por qué no estás listo? —No respondió—. Wyatt, por la luna, no me hagas usar mi rango contigo.

Lentamente, Wyatt volvió su mirada hacia mí, con una profunda tristeza grabada en sus ojos. —Porque no debería estar con ustedes.

Un gruñido comenzó a formarse en mi pecho. Ya habíamos hablado de esto. Más de una vez, de hecho.

Hace unas semanas, Wyatt había sido hechizado por Soren, prácticamente lavado de cerebro. Por órdenes de Soren, había matado a muchos seres sobrenaturales inocentes, y lo recordaba todo. Farrah me había dicho que tenía muchas pesadillas y a menudo se despertaba gritando, empapado en sudor frío.

Farrah, Keeran y yo le habíamos dicho que no era su culpa. No era él mismo cuando actuaba así. No era su voluntad. Pero no importaba. Las imágenes estaban grabadas en su mente, y ahora tenía que revivirlas todas mientras era consciente de lo equivocado que había sido todo.

Lo entendía, pero también pensaba que si se permitía caer en una profunda depresión, nunca sería capaz de salir de ella.

Como parecía que no le importaba, el resto estábamos tomando decisiones por él, y nuestra primera decisión fue llevar a Wyatt con nosotros a Unity. Con suerte, podríamos relajarnos y sanar mientras esperábamos que Isalia diera a luz.

Lo único que importaba era que estuviera bien al final.

—Por la luna, Wyatt... —Conté hasta diez, luego hasta veinte, antes de perder la paciencia—. Lo siento, pero voy a usar mi rango. Vendrás con nosotros. Ahora mismo. Es una orden.

Su mirada se endureció. Un momento después, se levantó del sofá. Siendo casi una cabeza más alto que yo, podría haber sido verdaderamente temible, pero con su depresión y comportamiento cerrado, solo podía simpatizar con él.

—Como desees —dijo entre dientes.

—Recoge tus cosas y reúnete con nosotros afuera en diez minutos —ordené. Eso debería ser tiempo suficiente para que yo me cambiara de ropa y cogiera mi bolsa.

Como un cachorro obediente, Wyatt bajó la cabeza. —De acuerdo.

Una mezcla de ira, frustración y simpatía llenó mi pecho y empujó más allá de mis costillas. Salí de la casa pisando fuerte, sabiendo que Wyatt cumpliría con mi orden.

Farrah me miró con ojos grandes mientras pasaba pisando fuerte junto a ella. —¿Y? ¿Viene?

Resoplé. ¿Tenía alguna duda de que no lo haría venir? —Por supuesto.

La joven hada soltó un largo suspiro de alivio. Susurró algunas palabras en élfico, luego dijo: —Gracias.

La despedí con un gesto y entré en mi casa para prepararme. No teníamos tiempo que perder.

AVANZAMOS con dificultad por el bosque, hacia la ciudad oculta. Keeran marchaba a mi lado, mientras que Farrah nos seguía unos pasos atrás.

Wyatt, sin embargo, estaba a varias yardas de distancia. Mantenía mis oídos atentos a él, por si decidía huir. Oh, no se lo permitiría. No porque quisiera que se quedara y fuera parte de nuestra manada de dos lobos, sino porque estaba preocupada por él. Si se quedaba solo ahora, no estaba segura de lo que haría.

Siendo el único brujo del grupo, Keeran no tenía la misma resistencia o aguante que Farrah, Wyatt y yo. Intentaba ocultarlo, pero podía oír su corazón acelerado y su respiración laboriosa.

Juzgando que habíamos avanzado bien hasta ahora, disminuí el ritmo. Con suerte, sería suficiente para permitirle recuperar el aliento antes de que llegáramos a Unity, lo que sería en menos de una hora.

En la oscuridad iluminada por la luna, los cuatro seguimos adelante, con nuestros sentidos alerta y nuestras mentes ansiosas por llegar a este paraíso oculto. Para ser honesta, yo era la ansiosa por mostrarles cómo todos los seres sobrenaturales podían coexistir en armonía.

—Esperen —dijo Farrah cuarenta minutos después.

Keeran y yo aminoramos el paso y dejamos que ella se pusiera a nuestra altura. —¿Qué ocurre? —pregunté.

—Puedo sentir algo —echó un vistazo a su alrededor, como si buscara algo que nadie más podía ver.

Abrí mis sentidos de lobo, esperando encontrar lo que ella había percibido, pero aparte de las criaturas del bosque, no había nada. —No oigo ni siento nada.

—¿Qué es? —preguntó Keeran.

Farrah se llevó una mano al pecho. —Es extraño. No puedo explicarlo bien —continuó escudriñando la zona.

Wyatt se acercó a nosotros, con postura tensa, pero sus ojos se suavizaron al mirar a la joven hada. —¿Qué sucede?

Farrah bajó la mano. —No es nada. Sigamos adelante.

Sin mirar a Wyatt, Farrah siguió caminando. Keeran y yo la seguimos, pero Wyatt se quedó atrás, manteniendo de nuevo la distancia entre nosotros y él.

Me pregunté si había alguna forma de ayudarlo, aparte de darle una paliza. No se me daban bien estas cosas, pero empezaba a pensar que si esperaba a que él se acercara, terminaría perdiéndolo.

Seguimos avanzando, esta vez con Farrah al frente. No pude evitar notar cómo se tensaba y miraba a su alrededor, como si siguiera percibiendo lo que la había asustado.

¿Por qué no podía sentirlo yo? ¿Era algo exclusivo de las hadas? Tendría que preguntarle más tarde, cuando no pareciera tan nerviosa.

El entusiasmo invadió mi pecho al reconocer la forma de los árboles que serpenteaban por una colina. —Estamos cerca —anuncié.

Sin darme cuenta, apresuré el paso.

Subimos la colina, bajamos por el otro lado y nos adentramos en una hilera de árboles. Para cualquier otro, parecían árboles aleatorios en el bosque, pero yo sabía dónde mirar: en el lugar correcto, los árboles flanqueaban un estrecho sendero. Guié a nuestro grupo por el camino y...

Me detuve en seco, percibiendo gente unos segundos antes de que salieran de detrás de los árboles y arbustos y nos rodearan.

—¿Qué...? —Keeran probablemente habría maldecido, pero su voz se apagó cuando varias esferas de luz blanca inundaron la oscuridad, mostrándonos al grupo de soldados que nos

apuntaban con sus lanzas.

Hombres lobo, vampiros, brujas e incluso un hada.

A Wyatt, que se había quedado más atrás, lo empujaron hacia nosotros dos brujos, con sus largas y afiladas lanzas apuntando a su espalda.

—Creo que Unity no está contenta de vernos —susurró Wyatt.

Levanté las manos y miré alrededor, tratando de encontrar una cara conocida entre los soldados. Alguno debía recordarme, ¿no? —No buscamos problemas.

El mar de soldados se abrió y una mujer alta con un vestido blanco y gris pasó entre ellos, acercándose a nosotros.

Almae nos sonrió. —Bienvenidos a Unity.

2

KEERAN



ENCONTRÉ LA MIRADA DE LA BRUJA QUE ESTABA A UNOS METROS DE NOSOTROS.

Era alta, de ojos marrones, cabello largo castaño y una sonrisa fácil. Por su nariz fina, pómulos altos, cejas gruesas y mentón ligeramente cuadrado, no había duda de que esta mujer era mi madre.

La había buscado durante las últimas semanas, ansioso por conocerla, pero ahora que estaba frente a mí, mis sentimientos se tornaron amargos.

—Keeran —susurró. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Mi querido Keeran —Me atrajo hacia sus brazos y me abrazó con fuerza.

El primer abrazo de mi madre, y ni siquiera pude obligarme a devolvérselo.

Se apartó y acunó mi rostro.

—Eres aún más guapo en persona.

Fruncí el ceño. ¿Me había visto en algún lugar antes? Realmente esperaba que no, o mi ira, que aumentaba rápidamente hacia ella, se convertiría en una furia ardiente.

—¿Nos viste venir? —preguntó Luana.

Acalla sonrió a mi compañera.

—Así es —Miró al resto del grupo—. Y ustedes deben ser Farrah y Wyatt. Bienvenidos a Unity —Con su mano aún en mi brazo, nos hizo un gesto para que avanzáramos—. Vengan, vengan. La cena está casi lista.

Los guardias bajaron sus armas y retrocedieron mientras Acalla caminaba hacia Unity. Las esferas de luz flotantes nos seguían. Luana deslizó su mano en la mía y me arrastró con ella. Farrah y Wyatt nos siguieron de cerca.

Mientras caminábamos por el estrecho sendero, el paisaje se abrió, y aunque el orbe se desvaneció, pude ver los techos de las casas bajo la luz de la luna y las numerosas lámparas que salpicaban el valle al pie de la montaña.

Acalla señalaba lugares en nuestro camino. La plaza, la escuela, el mercado, la enfermería, entre otras cosas. Los edificios y las casas eran todos sencillos, pero bien cuidados. El camino cambiaba de piedras a cemento, dependiendo del sendero o la calle. Había macizos de flores y arbustos bien podados por todas partes.

Pero lo más impactante era ver a las razas sobrenaturales juntas. A esta hora de la noche, no había mucha gente fuera, pero era extraño verlos paseando, charlando y riendo como si fueran humanos normales, como si no hubiera un poderoso mundo sobrenatural afuera, como si no hubiera guerras en curso o grupos que necesitaran aliados.

Mientras tanto, se escondían aquí, fingiendo que nada de eso importaba.

Ese pensamiento fue como echar combustible a las llamas.

Finalmente, Acalla nos guió por un sendero que subía una pequeña colina hasta su casa.

Abrió la puerta y nos dejó pasar.

—Por favor, entren.

Luana entró sin ceremonias, pero yo dudé. Si no fuera por la mano de Luana aún asegurada en la mía, me habría quedado afuera.

No sabía qué esperar. La casa de Acalla era un lugar normal, quizás demasiado acogedor y rústico para mi gusto, pero el lugar tenía estilo, y el olor a estofado de carne y especias llenaba el aire, haciendo que mi estómago gruñera.

Luana me lanzó una sonrisa cómplice. Presioné una mano sobre mi estómago.

Después de que los cuatro nos apiñamos en su pequeña sala de estar, Acalla cerró la puerta.

—Gracias por recibirnos —dijo Farrah.

—Oh, es un placer —Acalla me miró antes de dirigirse a la cocina—. Por favor, pónganse cómodos en la mesa. Traeré la comida.

Luana me empujó hacia la mesa rectangular: había cinco lugares puestos con platos, cubiertos y vasos. Acalla realmente nos había visto venir.

—Siéntate —dijo Luana—. Iré a ayudarla.

Luana fue a la cocina con Acalla, y las dos hablaban y se sonreían como si fueran mejores amigas. Probablemente no me habría movido de mi lugar si Farrah no me hubiera dado un codazo.

Wyatt, Farrah y yo tomamos asientos al azar en la mesa. No pasó ni un minuto cuando Luana y Acalla regresaron con ollas calientes y las colocaron en el centro de la mesa. Luana tomó la silla a mi lado, y Acalla se sentó en el extremo de la mesa.

—Estoy tan feliz de tenerlos a todos aquí —dijo Acalla.

—¿No estás enojada conmigo por traerlos aquí? —preguntó Luana—. Me hablaste de esa profecía...

Acalla negó con la cabeza.

—La loba está ocupada ahora. Tenemos tiempo.

Forcé mis ojos hacia la comida en el centro de la mesa. ¿Sabía todo sobre nosotros? ¿Sobre nuestros enemigos? Si era así, ¿cómo podía haberse quedado escondida, dejando que todo se desarrollara? ¿Por qué no usaba su conocimiento para ayudarnos? ¿Para ayudar a todos?

Demasiados sentimientos se agitaban en mi pecho.

Farrah inhaló profundamente.

—La comida huele increíble.

Acalla señaló las ollas.

—Oh, por favor, sírvanse.

Probablemente escuchando mi rápido latido cardíaco y mi respiración tensa, Luana no me presionó. Simplemente tomó mi plato y me sirvió un poco de todo: estofado de carne picante, arroz salvaje y verduras asadas.

Olía increíble, pero mi ira seguía creciendo, haciéndome actuar como un adolescente. Mientras todos devoraban sus platos, yo ni siquiera tomé mi tenedor y cuchillo.

—¿Qué sucede, Keeran? —preguntó finalmente Acalla—. ¿No te gusta? —Empujó su silla hacia atrás—. Dime qué te gusta y lo cocinaré para ti.

Luana la alcanzó.

—Está bien, Almae. Solo necesita un momento.

Almae. Ese era el nombre que usaba aquí, no Acalla. Otro testimonio de que había dejado ir el pasado por completo, incluyéndome a mí.

—Ah, está bien —Acalla se desplomó en la silla, como derrotada—. Bueno, si te apetece algo dulce, también preparé postre.

¿Estaba intentando comprarme ahora? ¿Con comida? ¿Hablaba en serio?

Me puse de pie de un salto. —No tengo hambre.

Luana se volvió hacia mí. —Por favor, Keeran...

—Está bien, Luana —dijo Acalla, con voz baja—. Déjalo ir.

Mi furia se disparó. —¿Qué demonios? ¿En serio le estás diciendo a mi pareja que me deje ir? ¿Igual que hiciste tú?

El rostro de Acalla palideció. —Keeran.

Negué con la cabeza. —No sé por qué vine aquí. Para ser sincero, no sé por qué me esforcé tanto en encontrarte. Ahora que te he encontrado, no entiendo por qué me molesté en buscarte. Abandonaste a tu hijo en manos de brujas crueles mientras tú te la pasabas de maravilla.

Con los ojos abiertos y llenos de miedo, Acalla se puso de pie. —No te abandoné. Nunca te abandoné. Te amaba más que a mi propia vida. Todavía lo hago. Dejarte atrás fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida. —Resoplé, sin creer en sus palabras—. Solo te dejé en la finca Silverblood porque pensé que estarías mejor escondido allí que huyendo conmigo. Soren me había encontrado demasiadas veces, y tuve que luchar contra él. No puedo imaginar cómo habría terminado si te hubiera tenido conmigo. Lo único que puedo pensar es que te habría matado o te habría robado de mí.

—¿Cómo es eso peor que haber sido esclavizado durante la mayor parte de mi vida?

Las lágrimas asomaron a sus ojos. —Honestamente pensé que no te harían eso. Cuando vivía allí, me hice amiga de muchas brujas buenas que trataban bien a los esclavos. Los trataban con respeto.

Negué con la cabeza. —Eso probablemente fue hace un millón de años, porque las brujas Silverblood siempre han abusado de sus esclavos.

—Lo siento tanto, Keeran. —Las lágrimas rodaron por las mejillas de Acalla—. Ojalá hubiera podido ver ese futuro. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y mantenerte conmigo. Probablemente Soren nos habría matado a ambos, pero al menos no habrías sufrido tanto como lo hiciste.

—No me lo trago —espeté—. Nunca me lo tragaré. Un verdadero padre no debería, no abandonaría a sus hijos. Pero digamos que te creo. Digamos que tenías razón y que abandonarme era la mejor opción, ¿cuál es tu maldita excusa para después?

Se limpió algunas lágrimas del rostro. —¿A qué te refieres?

—A medida que fui creciendo, cuando fundaste Unity y creaste este rincón oculto del mundo, ¿por qué no volviste a por mí?

Ella negó con la cabeza. —Las fuerzas de Soren seguían buscándome, buscándote. En el momento en que saliera de Unity, me habría encontrado y matado.

¿No podría haber enviado a algunos de los suyos a buscarme? ¿No podría haber arriesgado su vida por su hijo?

La ira se disipó un poco, dando paso al agotamiento. Si seguíamos así, le gritaría por abandonarme y ella me pediría perdón. Esta discusión no llevaría a ninguna parte.

Me volví hacia Luana y solo entonces noté que se había movido. Estaba al otro lado de la sala de estar, esperando, y Farrah y Wyatt no estaban por ningún lado.

—¿Podemos irnos ya? —le pregunté.

—Tengo una cabaña lista para vosotros —dijo Acalla, con voz dura.

—No, no me refiero a eso —dije, todavía mirando a Luana—. Me refiero a irnos de Unity.

Fue un error venir aquí.

—Keeran...

—Nos quedamos, Keeran —dijo Luana—. No me voy a ir a esta hora. Al menos por esta noche, nos quedamos.

Abrí la boca para discutir, pero estaba demasiado cansado para más discusiones ahora. Además, no tenía sentido. Luana me insistiría hasta que dijera que sí.

Asentí. Sin decir una palabra más, salí de esa maldita casa. Me detuve en medio de la calle y miré hacia el cielo estrellado. Unas pocas nubes se deslizaban, ocultando la luna llena. Inhalé el aire frío de la noche, esperando que enfriara mi ira y aliviara mi frustración.

Un momento después, Luana salió, sosteniendo un juego de llaves en sus manos. —Por aquí.

ENCONTRAMOS a Wyatt y Farrah calle abajo. Luana nos llevó a nuestras cabañas; Acalla nos había dado dos pequeñas cabañas adyacentes no muy lejos de su casa.

Wyatt y Farrah desaparecieron dentro de la suya, y Luana y yo entramos en la nuestra. La cabaña era una versión más pequeña de la casa de Acalla, aunque con menos decoraciones y aromas cálidos.

Luana cerró la puerta principal con un fuerte golpe y volvió sus ojos color avellana hacia mí. —¿Quieres hablar de ello?

Me encogí de hombros. —¿De qué?

Ella inclinó la cabeza. —No hagas eso. No finjas que no sé lo que te pasa, o que no sé por qué estás sufriendo, o que estás sufriendo. —Dio dos pasos más cerca—. Habla conmigo.

Un largo suspiro escapó de mis pulmones y mi cabeza cayó hacia adelante. Luana se acercó a mí. Rodeó mi cintura con sus brazos y me atrajo hacia ella.

—Yo... creo que lo que más me molesta ahora es que ella estuvo viviendo aquí todos estos malditos años, bien y feliz —confesé—. Podría haber venido a buscarme hace mucho tiempo y haberme salvado de tantas cosas.

—Ella no sabía que estabas sufriendo —dijo Luana, con voz suave—. Pensó que habrías encontrado una buena bruja que te ayudara. —La encontré y su nombre era Thea, pero había sido demasiado tarde—. Sé que si hubiera sabido de tu situación, habría venido por ti.

¿No tenía visiones del futuro? Sabía que veníamos. Conocía los nombres de Farrah y Wyatt. ¿Cómo es que no sabía lo que me había pasado?

Cuanto más lo pensaba, más se reemplazaba la ira por tristeza, por decepción, y honestamente, no sabía qué era peor.

—No quiero hablar más de esto.

Aún abrazándome, Luana se apartó y me miró. —¿Y de qué quieres hablar?

Miré sus ojos. Los hermosos ojos de mi compañera. A pesar de toda la fealdad de mi pasado, ella permanecía a mi lado, me apoyaba, sostenía mi mano y me respaldaba. Decir que la amaba no era suficiente. Ella nunca tendría idea de cuánto significaba para mí.

Pero podía intentar demostrárselo.

Rocé mis labios con los suyos. —¿Por qué hablar siquiera?

—Keeran... —Luana se echó hacia atrás, pero cuando la atraje de vuelta hacia mí, no se resistió. Me sumergí en su cuello y le llené la garganta de besos—. Por la luna —susurró, echando la cabeza hacia atrás, dándome más acceso a su deliciosa piel.

Le lamí la barbilla y le mordí el labio inferior. Era tan condenadamente dulce. Sin poder

controlarme más, presioné mi boca contra la suya, besándola dura y profundamente. Sin romper el beso, la empujé hacia atrás hasta que chocamos con el sofá.

Me soltó mientras se quitaba la camiseta por encima del pecho, revelando el sujetador de encaje negro que cubría sus pechos llenos, su piel bronceada y sus músculos tonificados. Me incliné sobre ella y pasé mis labios por su estómago, subiendo por su pecho, alrededor de la curva superior de sus senos, a través de su clavícula.

Me presioné contra ella, pero Luana puso sus manos en mis hombros, deteniéndome.

—¿Qué pasa? —pregunté, sobresaltado. ¿La había lastimado?

Luana alcanzó detrás de mi cuello y me quitó el collar por la cabeza. —Esto. —Colocó el amuleto en la mesa de café a nuestro lado—. Ahora está todo bien. —Tiró de mis hombros hacia abajo, haciéndome caer sobre ella—. Ahora es perfecto.

Una sonrisa se extendió por mis labios. —Solo va a mejorar.

Me hundí en ella, feliz de poder perderme en su ser. Porque nunca me había sentido tan feliz, satisfecho y completo en mi vida, y no podía pensar en nada mejor.

3

LUANA



A PESAR DE NUESTRA GRAN NOCHE, KEERAN SE DESPERTÓ DE MAL HUMOR. LA SITUACIÓN empeoró aún más cuando le informé que había acordado desayunar con Almae esta mañana.

—Puede que me haya dado a luz, pero no es mi madre —espetó.

Miré fijamente el maldito amuleto alrededor de su cuello. Si pudiera, se lo arrancaría y lo destruiría, pero no estaba segura de cuáles serían los efectos. Sin embargo, deseaba que desapareciera. Desde que había encarcelado a su padre dentro de esa cosa, Keeran había estado irritable, respondiendo con brusquedad con más frecuencia, de mal humor en general y actuando como un adolescente temperamental. Realmente esperaba que aprendiera a controlar lo que fuera que le estaba afectando, o tendríamos problemas.

A pesar de sus protestas, salí de nuestra cabaña y me dirigí hacia la casa de Almae. Al principio, Keeran no se movió y pensé que lo saltaría, pero me alcanzó. Frunció el ceño y se cruzó de brazos mientras yo llamaba a la puerta de Almae.

Con una gran sonrisa, Almae abrió la puerta y nos hizo pasar.

—Justo a tiempo. Acabo de terminar de preparar el desayuno.

Saludé a Almae con un abrazo, pero Keeran solo asintió con la cabeza y luego tomó su lugar en la mesa. Después de ayudar a Almae a traer la comida y las bebidas a la mesa, me senté al lado de Keeran.

Tomé un pequeño bocado de un pastelillo de nueces.

—Mmm, está delicioso.

—Gracias —Almae miró a su hijo—. ¿Dormiste bien?

—Bien —dijo él, con tono cortante. Con movimientos bruscos, Keeran alcanzó la leche y el café, y un bagel con queso crema.

La sonrisa de Almae flaqueó.

Tratando de ser lo más diplomática posible, le pregunté a Almae sobre las personas que había conocido la última vez que estuve aquí. Me contó sobre sus vidas diarias, cómo el mercado seguía siendo el lugar más popular de la ciudad y cómo el lago se estaba volviendo menos concurrido ahora que el verano había terminado.

Esperé hasta que terminamos el desayuno —y Keeran finalmente había comido algo, ya que anoche se había saltado la cena— para sacar el tema que me moría por preguntar.

Recogí mis platos y los llevé al fregadero, donde Almae los estaba lavando.

—Sobre la pelea...

Almae negó con la cabeza, su larga trenza apenas moviéndose en su espalda.

—Sé lo que vas a preguntar.

Arqueé una ceja. ¿Por qué no me sorprendía?

—¿No nos ayudarás, entonces?

—Estoy de acuerdo en que hay que derrocar a Isalia, pero sabes que no puedo exponer a Unity. Luchar contra esa loba haría precisamente eso.

Tomé un paño de cocina y cogí un plato limpio de ella.

—Entiendo eso, pero ¿y si nos prestas algunos soldados? Isalia y los demás nunca sabrán de dónde vinieron.

La mano de Almae se detuvo.

—Es demasiado arriesgado —Con un suspiro, me miró—. Solo tengo unos pocos luchadores, y no están entrenados como expertos. Además, he trabajado demasiado duro para construir este lugar. No dejaré que nada ni nadie lo destruya.

Detrás de nosotros, Keeran resopló.

Ignoré su actitud, pero aparentemente, él no quería ser ignorado.

—Típico —murmuró.

Los hombros de Almae se hundieron. Terminó de lavar el plato que tenía en las manos, me lo pasó y luego se volvió para enfrentar a su hijo.

—Eso no es justo. Puede que creas que he sido arrogante todos estos años, pero no fue así. Yo también pasé por muchas dificultades para llegar a donde estoy ahora. Tuve que superar demasiados obstáculos para construir este lugar, para mantenerlo oculto.

Las manos de Keeran se cerraron en puños.

—¿Así que vas a seguir escondida en tu paraíso mientras el mundo a tu alrededor arde?

—Aunque no involucraré a Unity, sí ayudé a crear este desastre —dijo Almae, con la voz tensa. Por el temblor en su pecho, supe que estaba conteniendo las lágrimas—. Así que te ayudaré a limpiarlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Tú y tus amigos pueden quedarse aquí hasta que Isalia dé a luz a su cachorro —dijo Almae —. Mientras tanto, prestaré cualquier servicio que pueda a vuestra causa. Si quieres, puedo enseñarte, Keeran, a ser un brujo más fuerte.

—Quién dice...

—Eso suena bien —dije, interrumpiendo a Keeran antes de que dijera algo de lo que se arrepentiría después—. De hecho, suena genial.

Keeran me lanzó una mirada furiosa, pero afortunadamente, permaneció en silencio. Solo murmuró algo sobre ir a dar un paseo, luego salió de la casa.

—Me odia. Siempre me odiará —Una lágrima finalmente rodó por la mejilla de Almae—. No puedo culparlo. Probablemente yo también me odiaría.

Me acerqué a ella y tomé sus manos entre las mías.

—Dale tiempo. Estoy segura de que cambiará de opinión.

Parecía tan extraño. Al principio, Keeran había estado muy emocionado por encontrar a su madre. Quizás porque pensaba que era una tarea imposible. Porque pensaba que no lo lograría. Pero una vez que se dio cuenta de que estaba viva y bien, su mente comenzó a dar vueltas y a considerar todo lo que podría haber pasado. ¿Por qué lo había abandonado? ¿Por qué nunca había vuelto por él? Debido a esas preguntas sin respuesta, la resentía, y su resentimiento solo crecía con cada nuevo detalle que aprendía sobre ella.

Si tan solo pudiera hacer algo para ayudarlos, para cerrar la brecha entre ellos.

Lo primero que se me ocurrió fue deshacernos de ese maldito amuleto. Esa cosa ciertamente había afectado el humor de Keeran. Apuesto a que si no lo llevara puesto, habría recibido a su madre con los brazos abiertos. Por supuesto, también habría querido respuestas, pero no habría

sido grosero con ella en su cara.

—No estoy tan segura —dijo Almae—. Desde su punto de vista, soy una madre terrible. Tal vez realmente lo sea.

No podía imaginar el valor que debió haber necesitado, y el dolor que debió haber soportado, para dejar atrás a su hijo. Me gustaba pensar que yo nunca haría algo así, pero no podía estar segura. Si estuviera huyendo por mi vida y pusiera en riesgo la vida de mi hijo, probablemente intentaría encontrar un lugar menos peligroso para él. Al final, ninguna de las opciones era buena, lo que lo convertía en una decisión imposible.

Me dolía el corazón por ellos.

—No, no lo eres —le apreté las manos—. Solo... está ahí para él ahora. El resto caerá en su lugar.

Me ofreció una pequeña sonrisa. —¿Cuándo te volviste tan sabia?

Resoplé. —No te dejes engañar por unas cuantas palabras bonitas. Sigo siendo bastante impulsiva y loca la mayor parte del tiempo.

Almae dejó escapar una suave risa.

Al menos ella todavía podía sonreír.

Ahora, tenía que averiguar cómo hacer lo mismo por mi compañero.

KEERAN



Quería resistirme, pero no tardó mucho para que Luana me convenciera de entrenar con mi madre. Hizo algunos buenos argumentos, como el hecho de que mi maldita magia aún era inestable. Pronto, nos enfrentaríamos a Isalia y sus secuaces. Mientras Luana desafiaba a Isalia, Farrah, Wyatt y yo nos quedaríamos para lidiar con el resto de los hombres lobo y los brujos. No sería una pelea justa, y necesitaba tener más control sobre mi magia, volverme más fuerte, mejor.

Además, no había nada más que hacer en este lugar maldito.

Mi otra opción era irme, pero Luana insistía en que no era la mejor elección.

Por eso, me encontré arrastrando los pies hacia un claro detrás de la casa de Acalla, donde nadie podría salir herido si algo salía mal. Al parecer, había un edificio en la calle principal donde se reunían y entrenaban los pocos soldados que tenían, pero a esta hora del día, una multitud de seres sobrenaturales rondaba por el lugar. No quería lastimar a nadie, pero tampoco quería que otros me espiaran mientras intentaba dominar mi magia.

Bajo el cálido sol y rodeada por el aroma de dulces flores, Acalla me esperaba en el claro. Cuando me vio llegar, sus hombros se relajaron, y pude ver las comisuras de sus labios formando una sonrisa. Pero se contuvo y me miró fijamente.

Juntó las manos. —Me alegro de que hayas aceptado esto.

Frases como "¿a quién le importa?" o "yo no" o "terminemos con esto de una vez" se agolparon en mi boca, pero me mordí la lengua. Si le respondía bruscamente, discutiríamos y no lograría ningún entrenamiento.

Me detuve a unos pasos de ella. —Entonces, ¿por dónde empezamos?

Sus ojos se suavizaron, como si ella también hubiera esperado palabras duras de mi parte. —Primero, quiero ver qué puedes hacer, luego puedo determinar en qué ayudarte.

Comenzamos con hechizos pequeños: producir un rayo, invocar una llama, apagarla, hacer malabares con el rayo entre las manos, hacerlo aparecer y desaparecer rápidamente, crear un escudo, reforzarlo; luego pasamos a algunos un poco más avanzados: lanzar el rayo a un objetivo, hacer que las llamas aparecieran a distancia y controlar su dirección, desviar un rayo que venía hacia mí.

Todas estas eran cosas que había hecho docenas de veces antes durante las batallas. ¿Realmente tenía que fingir que era un niño aprendiendo a andar en bicicleta?

Acalla me lanzó un gran rayo blanco. Levanté las manos y dividí el rayo, pero en lugar de dejar que la magia se dispersara a los lados, la atrapé, manteniéndola cautiva en mis palmas. Cerré los puños y los rayos se disiparon.

Una suave sonrisa adornó sus labios. —Eso estuvo muy bien.

Ahora, lo único que me faltaba era el maldito chupetín después de clase.

La irritación me invadió en oleadas. No pude evitar echar más leña al fuego. —Vencí a mi padre, pero no me volví malvado. ¿Así era como se suponía que debía resultar tu profecía? —La sonrisa desapareció de sus labios—. ¿Qué hay de la otra profecía sobre Isalia atacando aquí? Por eso quieres que nos vayamos, ¿no es así?

Su rostro palideció. —Si fuera por mí, tú y tus amigos nunca se irían.

—Y sin embargo, nos echarás cuando llegue el momento.

—Tienes que entender. Como líder, tengo el deber de proteger a mi gente y...

—¡Ese no es mi problema! —¿En serio me estaba diciendo eso? ¿Su gente? ¿*Su* gente? ¡Yo era su gente y no me había protegido!

—Keeran...

Di un paso atrás. —Fue un error venir aquí.

Tragó saliva. —¿A entrenar o a Unity?

—Ambos. —Me di la vuelta y me marché.

Escuché su largo suspiro antes de sus palabras. —Sé que aún no eres un verdadero señor brujo —dijo, su voz desprovista de toda emoción. Me detuve en seco—. Puedes tomar el título por la fuerza, pero nunca serás el señor brujo, a menos que mates a tu padre.

La miré por encima del hombro. —Es demasiado fuerte para mí —admití, sorprendiéndome a mí mismo. No había tenido la intención de decir nada. Sin embargo, más palabras salieron de mi boca—. Lo he intentado, pero no puedo matarlo. —Acalla desvió la mirada. ¿Qué...? Aspiré bruscamente al darme cuenta de algo—. Sabes algo. ¿Hay alguna forma de que me convierta en el señor brujo sin matarlo?

Sus ojos volvieron a los míos. —Podría haberla, pero es demasiado arriesgado. Además, el problema ahora no es cómo matar o derrotar a tu padre.

—¿De qué demonios estás hablando?

Señaló mi cuello. —Estoy hablando del amuleto que tienes bajo tu camisa.

Presioné una mano contra mi camisa, sintiendo el amuleto debajo. —¿Puedes sentirlo?

Asintió. —Puedo. También puedo sentir lo fuerte que es, cómo es más fuerte que tú. —Hizo una pausa, apretando los labios—. Me temo que debo decir que está ganando.

Cerré las manos en puños. —¡No lo está! No lo permitiré. Metí a mi padre aquí; puedo mantenerlo aquí dentro.

—No podrás. Lo siento, pero no serás capaz de contener los poderes de Soren para siempre. Eventualmente, se liberará, y cuando eso suceda, tendrás que enfrentarte a él de nuevo.

La miré fijamente. —¿Eso fue una visión?

—No necesito profecías para ver lo que está frente a mí.

Un gruñido empezó a formarse en lo profundo de mi ser. —No sabes nada.

Me di la vuelta y me alejé pisando fuerte antes de que pudiera decir algo más. Con cada paso que daba, sentía el amuleto pulsando con más fuerza, su magia llamándome.

No importaba lo que dijeran —Luana y Acalla—, el amuleto me estaba ayudando. Me estaba haciendo más fuerte, más intrépido, más rápido. Necesitaba ser todo eso y más si queríamos derrotar a Isalia y su ejército.

Necesitaba el amuleto y su magia.

5

LUANA



DESDE QUE LLEGUÉ A UNITY HACE CASI UN MES, HABÍA PASADO MIS MAÑANAS EN EL MERCADO. Al principio, hablaba con todos y hacía más amigos que la primera vez que estuve aquí. Pero durante la última semana, había estado dirigiendo la conversación hacia la próxima guerra. Almae dijo que no permitiría que Unity se involucrara directamente en ella, pero me había dado luz verde para hablar con los otros seres sobrenaturales e intentar reclutarlos. Les permitiría unirse a mí, si así lo deseaban.

Sin embargo, nadie quería.

O habían olvidado lo injusto que era el mundo fuera de estos muros, o simplemente no les importaba. Estaban perfectamente seguros aquí, ¿no es así?

Deseaba poder enojarme con ellos por eso, pero para ser honesta, entendía de dónde venían. Quizás si hubiera vivido en paz, no consideraría unirme a una lucha solo porque algunos desconocidos estuvieran en peligro.

A pesar de conocer mi nombre y un poco de mi historia, seguía siendo una extraña para ellos. Alguien que tenía flechas apuntando a su cabeza. Alguien destinada a traer peligro a Unity si no me iba pronto.

Dos meses. Ese era el tiempo que teníamos antes de que naciera el cachorro de Isalia, pero no podía quedarme en Unity tanto tiempo. Para garantizar la seguridad de este lugar, mis amigos y yo tendríamos que irnos un poco antes de eso.

Y a este ritmo, nos iríamos sin aliados.

Por la luna, era tonto de mi parte pensar que alguien nos ayudaría.

Caminé por el mercado, pero a estas alturas, la gente ya sabía lo que iba a decir. Después de un par de rechazos rápidos más, me di por vencida por el día.

Derrotada, arrastré los pies lejos del mercado.

Mis pensamientos corrían desenfrenados mientras me dirigía colina arriba hacia mi cabaña. Pensé en Keeran, que había estado entrenando con su madre casi todos los días desde que llegamos. A menudo se quejaba y amenazaba con rendirse, pero siempre volvía al día siguiente. La perspectiva de tener más control sobre su magia era demasiado tentadora.

Sin embargo, su estado de ánimo se deterioraba rápidamente. Volvía a casa todas las tardes tenso y molesto. No estaba segura si era el amuleto o las sesiones con su madre. A pesar de pasar la mayor parte del día con Almae, Keeran todavía la resentía. Le contestaba bruscamente constantemente, y cuando se presentaba la oportunidad, era simplemente grosero.

Lo cual era tan impropio de él.

—Ahí estás.

Miré por encima de mi hombro. Farrah subió corriendo la colina y me alcanzó.

—Hola —dije mientras caminaba a mi lado.

—¿Cómo va todo?

Suspiré. —No muy bien. Nadie quiere luchar con nosotros.

—No los culpo.

—Yo tampoco —confesé—. Pero aún deseo que pudiéramos encontrar aliados. ¿Nosotros cuatro contra Isalia y su ejército? Eso es un suicidio.

—Estoy de acuerdo. —Hizo una pausa, pero pude notar que tenía más que decir. Farrah nunca compartía mucho sobre su vida, ni iniciaba muchas conversaciones, y cada vez que intentaba forzarla, se retraía. Era mejor esperar. Afortunadamente, esta vez se sentía más comunicativa de lo habitual—. ¿Cómo está Keeran?

—Igual. Entrena con su madre, es malo con ella, vuelve a la cabaña, es grosero conmigo. Y se repite el ciclo.

Farrah frunció el ceño. —¿No te parece un poco extraña su grosería?

—Sí, me lo parece.

—Creo... creo que el amuleto lo está influenciando. Él puede pensar que no se volverá malvado si no mata a su padre, pero creo que eso no es cierto. Creo que si sigue usando ese maldito amuleto, toda su oscuridad se filtrará en él, volviéndolo malvado.

No quería admitirlo ni siquiera a mí misma, mucho menos a alguien más, pero Farrah tenía razón. Ese pensamiento había cruzado por mi mente cientos de veces. Solo me estaba engañando al ignorarlo, deseando que desapareciera.

No podíamos fingir no saber qué le pasaba a Keeran.

—No sé qué hacer, sin embargo —murmuré—. Tiene que usar esa maldita cosa para mantener a su padre encerrado. Si deja de usarlo, su padre escapará. Y si escapa, Keeran tendrá que matarlo. De cualquier manera, termina volviéndose malvado.

Farrah asintió. —Soren está volviendo loco a su hijo lentamente desde adentro. Creo que preferiría que pelearan y acabaran con esto de una vez.

—Keeran no quiere eso, no si no podemos encontrar una manera de evitar que se vuelva malvado después. —¿Todavía le importaba eso? Tal vez el amuleto ya lo había corrompido tanto que ya no le importaba volverse malvado.

Por la luna, rogué que aún le importara.

—Podemos investigar eso —sugirió Farrah—. Estoy segura de que Almae estaría dispuesta a ayudar. Ya sea con una forma de destruir el amuleto y a Soren con él, o una manera para que Keeran mate a su padre sin volverse malvado.

—Me gusta esa idea —dije mientras nos deteníamos frente a su cabaña. Ella sostenía una pequeña bolsa roja en sus manos—. ¿Qué es eso?

—Una mezcla de hierbas especiales que vende Finch en el mercado —dijo Farrah. Finch era un brujo gruñón de unos cincuenta años con un don para las pociones. Almae juraba que sus tés funcionaban de maravilla—. Se supone que te relaja y te trae claridad.

Sabía exactamente para quién era esto. Miré fijamente la puerta cerrada detrás de ella. —Wyatt.

—No sé qué más hacer —susurró ella. Con su oído de lobo, Wyatt podía escucharla, incluso si susurraba—. Desde que llegamos, pasa el día encerrado en esta maldita cabaña, sin hacer nada. Intenté arrastrarlo al bosque para que corriera un poco, pero se encerró en su habitación. Ya le he dicho todo lo que se me ocurre, más de una o dos veces, pero sin efecto. —Sus ojos azules brillaban con lágrimas contenidas—. Estoy preocupada por él.

Yo también lo estaba. Había estado dentro de su cabaña varias veces e intenté sacarlo yo

misma, pero solo me gruñó, muy parecido a lo que Keeran había estado haciendo. ¿Wyatt también se estaba volviendo malvado? No, no era eso. Por lo que Farrah me contó, Wyatt apenas dormía porque tenía miedo. Cada vez que cerraba los ojos, veía los rostros de los seres sobrenaturales inocentes que había matado. Cada vez que se dormía, tenía pesadillas. Esos recuerdos lo estaban volviendo loco.

Mis fosas nasales se dilataron mientras dejaba escapar un largo y decidido suspiro. Eso era. Le patearía el trasero para que volviera a la acción, incluso si tenía que retarlo a un duelo. Si yo ganaba, tendría que hacer lo que yo quisiera. Si él ganaba, entonces lo dejaría pudrirse en su autocompasión para siempre. Ni siquiera contaría con él para la próxima pelea contra Isalia.

Entré decidida en su cabaña. Como era de esperar, Wyatt estaba sentado en un sillón en la sala de estar, mirando fijamente la pared lisa frente a él. Llevaba un pantalón de chándal holgado y una simple camiseta blanca. Su pelo era un desastre largo y su cara estaba cubierta por una barba corta.

Por la luna, se veía terrible.

—Wyatt —lo llamé.

Sin respuesta.

Farrah dejó la bolsa roja en la mesa lateral y se acercó a él.

—Wyatt, Luana está aquí. Quiere hablar contigo.

Sin respuesta.

Farrah me dirigió una mirada angustiada.

Me planté frente a él, le agarré la oreja y tiré con fuerza.

—Despierta, cachorro. ¡Es una orden!

Se puso de pie con mi agarre, un gruñido comenzando en lo profundo de su pecho.

—¿Qué? —ladró, sus dientes alargándose en colmillos.

Solté su oreja, pero solo porque ya tenía su atención.

—¿De verdad me estás hablando así?

Bajó la mirada. Sus dientes retrocedieron, pero su postura seguía siendo firme. Desafiante.

—¿Qué quieres?

—Primero, será mejor que me muestres algo de respeto —dije con voz firme—. Puede que ya no sea la alfa, pero soy mayor que tú. Segundo, vas a ir de caza conmigo.

Cruzó los brazos.

—No quiero.

—No lo entiendes. No te estoy dando una opción. Vas a venir conmigo y es definitivo. —Me dirigí a la puerta—. Encuéntrame en la parte de atrás en cinco minutos. Si no lo haces, entraré aquí como lobo y te desollaré vivo. ¿Entendido? —No respondió. Levanté la voz y pregunté de nuevo—: ¿Entendido?

—Sí —murmuró.

Salí y cerré la puerta de golpe detrás de mí.

¿Qué pasaba con los hombres de mi vida? Keeran estaba siendo consumido por el poder del amuleto, y Wyatt estaba tan deprimido que se comportaba como un imbécil y me hablaba como si fuera una rata.

Las cabañas más pequeñas no tenían un patio trasero propiamente dicho, solo un pequeño parche de césped antes de que comenzara el bosque, pero era espacio suficiente para que me quitara la ropa y me transformara en mi forma de lobo.

Escuché los gruñidos de Wyatt mientras se movía pesadamente por la cabaña, preparándose a regañadientes para la cacería. Salió por la puerta ya como lobo y se unió a mí en la parte trasera

un momento después.

Bien, le dije en su mente. *Empezaba a pensar que realmente querías que te pateara el trasero.*

Resopló. *Como si pudieras vencerme.*

¿Qué? ¿Quieres intentarlo?

Gruñó. *No, gracias. Solo quiero terminar con esto para que me dejes en paz de nuevo.*

Negué con la cabeza. No lo dejaría en paz después de la cacería. Si volvía aún deprimido, realmente lo golpearía.

Me volví hacia el bosque, pero algo me tiraba. Me arrastré hasta mi ropa doblada sobre la hierba y, con los dientes, saqué la rosa de cristal de mi bolsillo. Me estaba acostumbrando a caminar con ella, a tenerla cerca, y la idea de dejarla atrás no me sentaba bien.

Pero en forma de lobo, no tenía ningún lugar para guardarla, aparte de sostener el tallo entre mis dientes. La dejé caer.

Un segundo después, la recogí de nuevo. Con la rosa de cristal asegurada entre mis colmillos, me adentré en el bosque.

Wyatt me siguió.

DESPUÉS DE QUINCE minutos corriendo tan rápido como podíamos, sentí un cambio en Wyatt. Era como si sus músculos se relajaran, aunque estaban trabajando duro, y su mente se aclarara un poco.

Sabía que una maldita cacería haría maravillas por él, aunque fuera solo por un rato.

Encontramos un ciervo y lo perseguimos. El pobre animal probablemente huía de nosotros, temiendo por su vida, cuando todo lo que Wyatt y yo queríamos era la emoción de la cacería. Teníamos suficiente comida y carne en Unity. No necesitábamos matar un ciervo.

Pero nada hacía que nuestros corazones latieran con fuerza como perseguir a un animal.

Wyatt y yo pronto nos cansamos de asustar a los pobres ciervos, así que emprendimos otra carrera sin rumbo. Serpenteamos entre los árboles, saltamos sobre raíces, bajamos a toda prisa por valles y trepamos colinas, manteniendo siempre una distancia segura de Unity.

¿Qué es eso? preguntó Wyatt en mi mente.

Disminuí la velocidad y seguí su línea de visión.

Una larga hilera de árboles retorcidos terminaba en un grueso tronco con raíces elevadas, raíces que formaban lo que parecía un arco.

No lo sé, respondí.

¿Deberíamos investigarlo?

Como si hubiera estado esperando la pregunta de Wyatt, la rosa en mi boca brilló.

¿Qué está pasando?

Iba a preguntarte lo mismo, dijo Wyatt.

Le expliqué que Keeran me había dado la rosa y que estaba imbuida con su magia. Aunque no había sido la intención consciente de Keeran, la magia en la rosa debía ayudarme cuando más lo necesitara.

Para probar la rosa, di un par de pasos hacia atrás. Su brillo disminuyó.

Luego, di unos pasos hacia adelante, en dirección al arco, y el brillo se intensificó.

Creo... creo que la rosa está tratando de mostrarme algo, dije.

Déjame adivinar. ¿Quieres atravesar ese arco?

Adivinaste.

Sujetando con fuerza la rosa de cristal, me dirigí al arco. Marcaba la entrada de una cueva oscura, pero al entrar, el resplandor rojo de la rosa iluminaba lo suficiente.

La cueva no era grande, pero conducía a otro arco y un túnel.

Dudé por un segundo. El brillo de la rosa se intensificó, casi cegándome.

Vale, vale, pensé para mí misma mientras entraba en el túnel.

Oscuro, estrecho, largo, sinuoso y con un olor cargado y a moho.

No me gusta esto, dijo Wyatt.

A mí tampoco, admití.

Me sentí aliviada cuando el túnel finalmente terminó, revelando un delgado borde de piedra y un espacio profundo y vasto a nuestro alrededor.

¿Qué se supone que es esto? preguntó Wyatt.

No lo sabía.

Estaba a punto de especular cuando un tenue resplandor azul oscuro comenzó en el fondo de la cueva, varios metros por debajo de nuestro nivel.

¿Qué es eso? me pregunté.

El resplandor azul oscuro brilló cada vez más, luego se extendió, como si se hubiera prendido fuego. Pero pronto pude distinguir lo que estaba sucediendo. Había otros túneles en el fondo de la cueva, y lo que fuera que estuviera produciendo ese resplandor venía a través de los túneles.

¿Podría ser una cosa grande que abarcara toda la red de cuevas? ¿O varias cosas pequeñas?

Mi pregunta fue respondida momentos después cuando criaturas que brillaban en azul oscuro salieron de los túneles, bañando la cueva con su luz, y me miraron.

Criaturas que parecían lobos mágicos.

—Hola, Luana —resonó una voz.

6

KEERAN



La magia corría por mis venas, tan familiar como mi propia sangre. Durante el último mes, había entrenado con mi madre casi todos los días y, a pesar de nuestras constantes discusiones, había aprendido muchos trucos nuevos.

No podía decir que fuera poderoso, pero sí tenía más control sobre mi magia.

En esta sesión en particular, mi madre había creado enemigos de sombra para que los derrotara. Se habían dispersado por el claro y se movían demasiado rápido para que pudiera seguirlos.

Pero si me concentraba en mi magia, en agudizar mis sentidos, podía aclarar mi visión y ver el desenfoque alrededor de sus bordes antes y después de que se movieran. Incluso podía ver en qué dirección iban.

Anticipando el movimiento, envié un rayo rojo a mi derecha. Ni siquiera vi ningún detalle, hasta que el rayo explotó contra el pecho de la sombra. Estalló en miles de brasas negras.

—Seis menos, quedan cuatro —anuncié, como si mi madre no estuviera llevando la cuenta al borde del claro. Simplemente me gustaba alardear. No era frecuente que pudiera hacerlo.

La séptima sombra no se movía como las anteriores. En lugar de prácticamente aparecer y desaparecer, esta se deslizaba hacia mí como un tornado.

Levanté un escudo para retrasarla, pero la sombra lo atravesó como si fuera una pared de mantequilla.

Invocando un rayo rojo, di unos pasos atrás.

Directamente hacia las garras de otra sombra.

Estaba atrapado entre las dos criaturas de sombra. La que estaba detrás de mí me sujetaba, mientras la primera sombra se cernía sobre mí.

La oscuridad cayó sobre el claro.

Sentí como si estuviera cayendo en un pozo. Ahogándome en un océano oscuro. Perdido en un abismo sin fin.

Una garra se extendió, atravesando mi pecho.

Jadeé, por un momento entrando en pánico y pensando que esto era real. Luego, la rabia reemplazó el shock que llenaba mi pecho. Apretando los puños, hice estallar las sombras, las cuatro que quedaban.

Ya no había oscuridad.

Solo rojo.

Odio rojo, ira roja, furia roja.

Quería encontrar todas las sombras del mundo y hacerlas estallar en pedazos diminutos. Quería...

—Keeran.

...apretar el cuello de todas las brujas que se habían atrevido a tocarme contra mi voluntad. Quería...

—¡Keeran!

...quemar el mundo a mi alrededor y limpiarlo de sus impurezas. Quería...

—¡KEERAN!

Unas manos frías agarraron mis hombros.

Parpadeé. La furia roja y ardiente se desvaneció de mis venas. Mi vista se aclaró y reconocí a mi madre. Estaba a unos centímetros de mí, sus manos firmemente sobre mis hombros y sus ojos marrones fijos en mi rostro, con preocupación y miedo grabados en ellos.

Un dolor tan repentino y profundo atravesó mi pecho. Jadeé de nuevo y caí de rodillas.

—Keeran, háblame —dijo mi madre mientras se arrodillaba frente a mí—. ¿Qué estás sintiendo? ¿Qué está pasando?

Respiré profundamente, tratando de calmarme. —Estoy bien —susurré.

—Una mierda estás bien —espetó mi madre—. Puede que puedas ocultárselo a Luana y a tus amigos, pero a mí no. Puedo sentirlo.

—Es solo agotamiento —mentí entre dientes—. Hemos estado practicando mucho.

—No, no lo es. —Señaló mi pecho—. Es ese maldito amuleto. Su oscuridad y poder se están filtrando en ti. Te está haciendo daño. —Extendió la mano hacia mí, pero me puse de pie.

—Estoy bien —espeté.

Mi madre se puso de pie y me miró con los ojos entrecerrados. —No, no lo estás. No estarás bien hasta que ese amuleto desaparezca. Por favor, Keeran, dame el amuleto. Encontraré la manera de destruirlo.

Destruir el amuleto significaba matar a mi padre con él. Estaba harto de matar. Había matado a tanta gente en los últimos años. No podía soportar hacerlo de nuevo. Especialmente no a mi padre.

Aunque el hombre fuera un maldito malvado que no merecía permanecer en esta Tierra.

Por eso había creado el amuleto. Para encarcelarlo y contenerlo sin necesidad de matar.

Pero podía sentirlo. El poder de mi padre, su oscuridad, fluyendo del amuleto hacia mí. Por el momento estaba bien, pero había veces... había veces en que perdía el control. Cuando la oscuridad se apoderaba de mí y solo veía rojo.

Solo veía oscuridad.

—¿Hay otra manera de inmovilizar a Soren sin matarlo? —pregunté, con la voz áspera.

Mi madre negó con la cabeza. —Es un brujo poderoso. Es casi imposible derrotarlo sin asestarle un golpe mortal.

—Dijiste casi. —No era la primera vez que se le escapaba algo así. Una vez, cuando le pregunté si había otra manera de derrotarlo, mencionó que podría haberla, pero no entró en detalles—. Dijiste casi imposible, lo que significa que no lo es.

Dudó. Pensé que tendría que preguntarle de nuevo. Que tendría que suplicarle que me lo dijera. En cambio, soltó un largo suspiro. —Hay un hechizo, pero es un destino peor que la muerte.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Podrías ser capaz de robar la magia de Soren.

La miré fijamente. —¿Robar su magia? —Sonaba tan simple—. Si es solo eso, ¿por qué no lo han hecho otros? ¿Por qué no lo has hecho tú?

—Porque es un hechizo poderoso —dijo—. Aunque sé cómo funciona, no puedo realizarlo.

De hecho, hasta donde yo sé, no hay bruja que pueda hacerlo.

—¿Ni siquiera la Reina de Todas las Brujas?

—Aurora podría ser capaz de hacer una versión temporal del hechizo cuando sea mayor y tenga más experiencia, pero el hechizo está destinado a ser lanzado por un verdadero señor brujo. Tu padre fue quien creó el hechizo hace mucho tiempo, y es el único que ha podido realizarlo con éxito.

Con éxito. Mi padre había robado la magia de otros. ¿Era por eso que era tan condenadamente poderoso?

—¿Por qué crees que yo podría hacerlo?

—Porque... eres el verdadero señor brujo. O lo serás una vez que tu padre ya no esté. —Extendió la mano y la presionó contra mi pecho—. Puedo sentirlo. La magia, el poder. Eres fuerte, casi tan fuerte como lo fue Soren alguna vez.

—Pensé que la profecía decía que tenía que matarlo para convertirme en el señor brujo.

Mi madre negó con la cabeza. —Una vez que su magia desaparezca, Soren se convertirá en un cascarón, una sombra de sí mismo. No será nada.

—¿Qué hay de la oscuridad?

—No lo habrás matado, así que, con suerte, no te volverás malvado y podrás mantener tu cordura.

Con suerte.

Era mejor que pensar que me volvería loco y oscuro en cualquier momento.

Saqué pecho. —Enséñame cómo hacerlo.

Las cejas de mi madre se fruncieron. —¿Estás seguro de que quieres aprender esto, Keeran? Es un hechizo peligroso.

—Si te preocupa que abuse de él, no lo hagas. Si al final puedo quitarme este amuleto y no me volveré malvado por matar a mi padre, no tendré razón para abusar de él. Seré solo un brujo normal. Eso es todo lo que quiero.

—Nunca serás normal —susurró. Esperé a que argumentara, pero en su lugar, asintió—. La teoría del hechizo es fácil, el problema es tener realmente el poder para hacerlo. —Dio varios pasos hacia atrás—. Todo lo que tienes que hacer es concentrarte. Envía tu magia hacia mí, hacia mi corazón, busca dónde se almacena mi magia y...

—Espera. —Entrecerré los ojos mirándola—. ¿Quieres que lo intente contigo? ¿Y si te hago daño?

—No lo harás. Esta será tu primera vez haciéndolo. No serás capaz de sostenerlo y estaré bien.

No me gustaba. ¿Y si, por algún milagro, lo lograba? ¿Y si perdía el control de nuevo y robaba toda su magia? ¿Y si la lastimaba?

—No me gusta esto.

Los labios de mi madre se curvaron en una suave sonrisa. —Es reconfortante verte preocupado por mí, pero te aseguro que estaré bien. —Me hizo un gesto con la mano—. Ahora concéntrate. Encuentra dónde se almacena mi magia dentro de mí y agárrala. Ata una cuerda alrededor y tira. Eso es todo lo que tienes que hacer.

A pesar de las alarmas en mi mente que decían que no solo podría perder el control de mi magia, sino de mí mismo, de la oscuridad que se gestaba dentro de mí debido al amuleto, elegí confiar en mi madre.

Cerré los ojos, invoqué mi poder y me concentré. Como un rayo invisible, mi magia viajó hacia mi madre. Dudé por medio segundo antes de enviarla dentro de ella.

Su magia era inmensa y estaba en todas partes. Ella vivía y respiraba magia. Si tuviera que adivinar, diría que mi madre era similar a Thea en poder, como una reina bruja. Tal vez eso era lo que ella era. Acalla era la reina bruja de Unity y su poder era testimonio de ello.

Sin embargo, debido a su vasta magia, era difícil encontrar dónde comenzaba todo. Pero ella me había dado una pista. Su pecho. Su magia probablemente provenía de su corazón.

Una vez que supe dónde buscar, fue fácil. La magia de mi madre era un pozo sin fondo dentro de su corazón.

Tal como me indicó, até una cuerda invisible alrededor y tiré.

Mi madre jadeó.

Aflojé la cuerda. —¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

—No, estoy bien. Continúa.

Frunciendo el ceño, tiré de la cuerda otra vez. El pozo no se movió, pero pude sentir un atisbo de la magia de mi madre filtrándose en la cuerda. La llamé como un niño llamaría a un cachorro asustado. Lentamente, el hilo de magia se abrió paso a través de la cuerda.

Y directamente a mis manos.

Mi madre cayó de rodillas.

—¡Mamá! —Solté su magia, y la mía también, y corrí hacia ella. La sostuve por los hombros antes de que cayera completamente al suelo—. ¿Qué pasa? ¡Háblame!

Me miró, pero su visión parecía desenfocada.

—Estoy... bien. Estaré bien —Extendió la mano y me acarició la mejilla—. Eres más fuerte de lo que pensaba. Pudiste robar un poco de mi magia en tu primer intento. Es increíble.

La examiné. Aparte de estar exhausta, no parecía estar herida.

—Lo siento —No había querido robar su magia. Realmente pensé que no podría hacerlo tan fácilmente—. No lo entiendo. ¿Cómo pude hacerlo tan rápido? ¿Y por qué estás tan cansada?

—No estaba resistiéndome porque pensé que necesitarías varios intentos para lograrlo —dijo. Eso explicaba lo fácil que había sido—. En cuanto a mí, estoy cansada porque soy vieja. Mi magia es parte de mí. Que me la quiten me hace sentir como si hubiera luchado una batalla de un mes.

Maldije por lo bajo.

—No vamos a practicar más este maldito hechizo.

Ella se rio entre dientes.

—Estoy bien, Keeran. Solo necesito un poco de descanso —Me extendió la mano—. Ayúdame a levantarme, por favor.

Sosteniendo su mano, me puse de pie y tiré de ella. Se tambaleó en el sitio, y la rodeé con mi brazo por los hombros.

—Vamos, te llevaré a casa para que descanses.

Mi madre me ofreció una pequeña sonrisa, pero no se resistió. Prácticamente la cargué hasta su casa y la ayudé a acostarse en su cama. La arropé y le traje un poco de agua.

—Solo voy a cerrar los ojos un minuto —susurró.

Un momento después, estaba profundamente dormida.

Acerqué una silla al lado de su cama y me senté. Como un acosador, la observé dormir, un poco preocupado de haber tomado más de lo que me había dicho y que no despertara.

Pero a medida que su respiración continuaba fuerte mientras dormía, me relajé.

La realización de que estaba genuinamente preocupado por ella me golpeó con fuerza, dejándome un poco sin aliento. Aquí estaba yo, cuidando de mi madre. Nunca en un millón de años habría pensado que este escenario fuera posible. Primero, porque nunca pensé que la

conocería, y luego, porque la odiaba por abandonarme.

Pasar tiempo con ella este último mes en Unity había cambiado las cosas. Ver cómo se desplomaba por mi maldito hechizo había sido demasiado duro.

Puse mi mano en su cama, justo al lado de la suya, y me pregunté si ella y yo podríamos estar cerca después de todo.

LUANA



COMO POR ARTE DE MAGIA, PEQUEÑAS LÁMPARAS REDONDAS SE ENCENDIERON ALREDEDOR DE LA cueva. El resplandor de los lobos disminuyó, y pudimos ver el fondo plano y liso de roca.

Un lobo azul medianoche, más grande que la mayoría, se transformó en un humano negro alto y corpulento. Tenía el pelo corto y negro y parecía mayor, de unos cuarenta y tantos años. Pero lo más sorprendente era que: ¡Llevaba ropa! Pantalones marrones, una túnica blanca y botas. ¿Cómo era eso posible?

—Soy Romulus, el líder de la manada Luz Estelar —dijo, su voz resonando en las paredes de la cueva.

¿Líder? le pregunté a Wyatt. ¿Por qué líder? ¿Por qué no alfa?

Eso no tiene sentido, dijo Wyatt.

—Seguro que tenéis muchas preguntas. Por favor, bajad, y os lo explicaré —Romulus señaló hacia nuestro lado, y efectivamente, una estrecha escalera descendía unos pocos escalones a nuestro lado y se pegaba a la pared hasta llegar al fondo.

¿Vas a confiar en ellos? preguntó Wyatt en mi mente. *¿Y si bajamos y nos atacan? Deberíamos irnos.*

Sin embargo, no creía que pudiera irme. Acabábamos de encontrar hombres lobo que parecían estar hechos de magia pura. Incluso si fueran malvados de alguna manera, tenía que saber quiénes eran, cómo podían existir.

Más que eso, un tirón me atraía hacia ellos, y elegí pensar que este tirón me decía que podrían ser los aliados que necesitábamos. Si estos hombres lobo se unieran a nosotros en nuestra lucha contra Isalia, entonces tal vez, solo tal vez, tendríamos una oportunidad contra ella y su ejército.

Necesito saber, le dije a Wyatt.

Lentamente, descendí por las suaves escaleras. Como buen amigo, Wyatt no dudó y bajó conmigo.

En la parte inferior, los hombres lobo se hicieron a un lado para que pudiéramos pasar. Justo en el centro, Romulus nos esperaba. Cuando nos acercamos, una mujer en forma humana se adelantó y nos ofreció dos chaquetas largas en sus manos.

Ella y Romulus desviaron la mirada. A nuestro alrededor, todos los lobos bajaron la cabeza.

Sintiéndome más cohibida de lo habitual, me transformé en mi piel humana y me puse la chaqueta. A mi lado, Wyatt hizo lo mismo.

—Gracias por las chaquetas —dije. Sujeté con fuerza la rosa de cristal en mi mano.

—De nada —dijo la mujer, mirándome. Tenía el pelo corto y castaño, ojos grises profundos, piel clara y suave, y una sonrisa fácil—. Soy Meira, la compañera de Romulus y vice-líder de la

manada Luz Estelar.

Como por arte de magia, todos los demás hombres lobo se transformaron en sus formas humanas, todos ellos completamente vestidos.

No pude evitar mirarlos boquiabierta.

—Seguro que tenéis muchas preguntas —repitió Romulus, su voz calmada, pero no amable.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —susurré mientras mi mente daba vueltas.

—Yo sí —dijo Wyatt. Su cuerpo estaba tenso a mi lado, como si estuviera listo para pelear —. ¿Por qué te llamas líder y no alfa?

—Porque no soy el verdadero alfa de esta manada —dijo Romulus, sin inmutarse. Tuve la impresión de que respondería a todas nuestras preguntas, incluso las más absurdas, con fuerza y gracia—. Solo la estoy liderando hasta que nuestro legítimo alfa vuelva a nosotros.

Fruncí el ceño.

—Pero... eso no tiene sentido. Un alfa es un lobo que o bien gana un desafío al alfa anterior, o toma el mando después de que el alfa muera.

—No en la manada Luz Estelar —dijo Meira—. Como podéis ver, somos un poco diferentes de una manada normal de hombres lobo.

—Nuestro alfa es descendiente directo de los dioses lobo —explicó Romulus—. Debido a eso, el manto de alfa se transmite por sangre, no por fuerza.

—El alfa comparte su magia con el resto de la manada —continuó Meira—. Otorgándonos así habilidades únicas.

—Como brillar en la oscuridad —murmuré.

Ella se rió entre dientes.

—Entre muchas otras cosas.

—Esperad —Wyatt levantó su dedo índice—. Si no tenéis un alfa, ¿cómo es que seguís teniendo magia?

—La magia es otorgada al lobo por el alfa justo después del nacimiento —dijo Romulus—. La mayoría de los lobos que veis aquí obtuvieron su magia de nuestro difunto alfa.

—Los que nacieron desde entonces son mayormente como hombres lobo normales —dijo Meira, con un tono de tristeza en su voz. Miré alrededor—. No los veréis ahora. Son más jóvenes y menos poderosos. Siempre que tenemos un extraño entrando en nuestra cueva, algo que rara vez ocurre, se mantienen fuera de la vista.

Eso tenía sentido, aunque no podía imaginar cómo se sentirían los lobos más jóvenes al ser diferentes de sus padres y amigos.

—Supongo que Almae sabe que estáis en el territorio de Unity —pregunté.

Romulus asintió.

—Después de que nuestro alfa y su familia fueran asesinados, nuestra manada rota y nuestro territorio perdido, Almae nos encontró vagando y escondiéndonos en el bosque poco después de fundar Unity —Abrió los brazos—. Creamos estos túneles con su ayuda.

Escondiéndose. Habían estado escondiéndose durante años. Dudaba que pudiera reclutarlos para que se unieran a mí en la guerra contra Isalia.

—Llamaste a Luana por su nombre —dijo Wyatt de repente.

Había estado tan absorta en su magia que lo había olvidado. —Es cierto. ¿Cómo saben mi nombre?

—Porque Almae hizo una profecía hace unos años —dijo Meira.

—En su profecía, Almae previó que la hija de nuestro anterior alfa no había sido asesinada como pensábamos al principio —explicó Romulus—. Simplemente se había perdido y estaba

desorientada. Con el tiempo, volvería a nosotros, pero su magia habría desaparecido y no se parecería a nosotros.

Incliné la cabeza. —¿Quién...?

Jadeé.

Mi padre había sido el alfa de una manada olvidada. Él y mi madre habían sido asesinados por Isalia. Ella me habría matado a mí también si no me hubieran llevado lejos. Lo había olvidado todo hasta hace poco.

—Eres tú, Luana. —Los ojos de Romulus estaban fijos en los míos, pero a pesar de todo lo que me había dicho, no parecía feliz de haber encontrado a la heredera perdida de su alfa—. Puedo sentir nuestra magia en ti, encerrada. En el momento en que cruzaste el arco fuera de la cueva, estuve seguro de que eras nuestra legítima alfa.

Yo era su alfa.

Por la luna, ¿podría ser tan sencillo? ¿Yo, la alfa de una poderosa manada de lobos mágicos? Con ellos a mi lado, podría derrotar fácilmente a Isalia y su ejército.

Temblé de anticipación y emoción.

Pero algo no estaba bien.

—Si... si soy vuestra legítima alfa, ¿por qué no siento nada? —Miré mis manos—. ¿Por qué no siento la magia del alfa en acción? ¿Por qué no puedo transformarme en un lobo brillante como vosotros?

Romulus negó con la cabeza. —No lo sé.

—Nuestra suposición es que o bien tus padres adoptivos encontraron una forma de bloquear la magia dentro de ti, o el trauma que viviste la bloqueó —dijo Meira—. De cualquier manera, para convertirte en la alfa de la manada Starlight y tener un vínculo con nosotros, tienes que ser capaz de acceder a tu magia.

Los miré fijamente. —¿Cómo hago eso?

Romulus y Meira compartieron una mirada de complicidad.

—Hay una manera —comenzó Meira.

—Pero no será fácil —añadió Romulus.

—Dígannos cuál es —intervino Wyatt. Sonaba tan ansioso como yo me sentía—. Si hay una forma, estoy seguro de que Luana puede hacerlo, sin importar qué.

Su fe en mí era tan reconfortante que me provocó una pequeña sonrisa.

—Debes encontrar tres objetos —dijo Romulus—. El espejo de la omnivisión, la daga de toda caza y la corona de todas las ramas.

—Estos tres objetos pueden aprovechar la magia de la manada, ya que una vez nos fueron regalados por los propios dioses lobos —explicó Meira—. Desafortunadamente, se perdieron hace mucho tiempo.

—¿Dónde los encuentro? —pregunté.

—No lo sabemos —respondió Meira—. Si lo supiéramos, ya tendríamos estos objetos con nosotros.

Me estaban enviando a buscar una semilla específica en todo el bosque. Eso no ayudaba en absoluto.

Wyatt frunció el ceño. —Tengo otra pregunta. ¿Por qué están haciendo esto? ¿Por qué no continuar como líderes de la manada? ¿Por qué la necesidad de encontrar a su alfa?

—¡Wyatt! —Me sentí avergonzada por su tono áspero. Era como si los estuviera acusando de un crimen.

—Hablo en serio —continuó Wyatt—. ¿Han visto alguna vez a un líder que quisiera

renunciar a su poder? Hemos conocido a varios gobernantes y ninguno de ellos quería ceder su trono.

—Es una buena pregunta —dijo Romulus—. Quizás otras razas no sean como nosotros, pero los lobos Starlight son leales a su manada, especialmente a su alfa y a la familia del alfa. Tal vez sea la magia en nuestras venas, o que fuimos bendecidos por los dioses lobos, pero sentimos el honor y la lealtad de manera diferente a la mayoría. Somos más leales que la mayoría.

—Cuando Almae nos dijo que estabas viva y bien... —Los ojos de Meira se llenaron de lágrimas contenidas—. No podíamos creerlo. Estábamos tan felices que queríamos ir tras de ti en ese momento.

Fruncí el ceño. No había pensado en eso. —¿Por qué no lo hicieron?

—Porque la profecía de Almae no era específica —dijo Romulus—. No sabíamos dónde estabas, qué edad tenías entonces, ni siquiera tu nombre. Fue hace solo unas semanas, cuando visitaste Unity por primera vez, que los rumores de una nueva loba llegaron a nuestros oídos. Entonces supimos tu nombre.

—Pero te fuiste —explicó Meira—. Así que pensamos que no eras tú después de todo.

—Hasta que entraste en esta cueva y todos lo sentimos. —Romulus se llevó una mano al corazón—. Es una sensación débil, debido a tu magia bloqueada, pero está ahí de todos modos.

—Todo lo que necesitas hacer ahora es encontrar los objetos y volver a nosotros —dijo Meira.

Tragué saliva, decidiendo que no podía guardármelo todo para mí. —¿Saben sobre mi lucha contra Isalia, la loba que mató a mis padres?

Romulus asintió. —Nos enteramos de que fue ella quien asesinó a tus padres y destruyó nuestro territorio hace solo unas semanas, pero sí, ahora lo sabemos.

Contuve la respiración. —Una vez que recupere los objetos y me convierta en vuestra alfa, ¿me ayudarán a derrotarla?

Romulus levantó el dedo hacia su rostro y trazó la forma de una luna creciente en su frente. La forma de la luna brilló en azul oscuro por un momento y luego desapareció.

—Lo haré —dijo, con una leve sonrisa—. Es una promesa.

Meira llevó su dedo a la frente y repitió el gesto. Luego, los otros lobos hicieron lo mismo. El brillo en sus frentes era prueba de su lealtad. Me llenó el corazón de calidez.

—Gracias —susurré.

8

KEERAN



Después de dormir solo un par de horas, Acalla se levantó de la cama diciendo que tenía cosas que hacer y problemas que resolver. Aún se veía pálida y frágil, lo cual era evidente cuando alcanzaba el pomo de la puerta con manos temblorosas, o cuando intentaba caminar por el pasillo y se tambaleaba.

Insistí en que debería volver a la cama.

—Estoy bien —insistió.

Cedí, pero solo un poco. Podía levantarse de la cama, pero tenía que quedarse sentada en la sala, leyendo un libro, pintando, jugando un juego... siempre y cuando se relajara y descansara un poco.

Intentó discutir sobre eso también, pero no se lo permití.

En algún momento, se dio cuenta de que hablaba en serio y se quedó quieta. Se sentó en el sofá con los pies sobre la mesa de café, tomó un libro de la mesita auxiliar y lo abrió.

Para pasar el tiempo, le preparé un té.

Pero pronto, volví a aburrirme. El ambiente solo se volvía más incómodo cuando intentábamos llenarlo con charla casual.

Cuando finalmente se quedó dormida en su cama, pensé que mi madre y yo por fin estábamos cruzando el puente más largo hacia la reparación de nuestra relación.

Ahora que parecía que no podía quedarme sentado a su lado, ya no estaba tan seguro.

En algún momento de la tarde, fui a ver cómo estaban Farrah y Wyatt. Esos dos habían estado más callados que ratones desde que llegamos, pero no podía culparlos. Wyatt aún estaba lidiando con el trauma de todo lo que había hecho mientras estaba bajo el hechizo de mi padre, y Farrah lo cuidaba.

Para mi sorpresa, Farrah estaba sola en la cabaña.

—Gracias a la nieve, Luana pudo llevar a Wyatt a correr —dijo—. Espero que eso ayude a despejar un poco su mente.

Yo también lo esperaba. Me quedé con Farrah unos minutos, pero ella se estaba preparando para ayudar en la enfermería. Según Acalla, no mucha gente se enfermaba o se lastimaba en Unity, y la mayoría de los sobrenaturales tenían una curación rápida como uno de sus poderes, pero cuando alguien se enfermaba, significaba problemas. Afortunadamente, nadie estaba enfermo esta vez, pero Farrah estaba tratando de aprender todo lo que podía de los sanadores, para poder ser útil, por si acaso.

Sin mucho que hacer, y ya un poco preocupado por ella, volví a la casa de mi madre.

La encontré en el mismo lugar, con un libro en su regazo, pero esta vez, su cabeza estaba apoyada en el respaldo del sofá y sus ojos estaban cerrados. El lento subir y bajar de su pecho

confirmaba que solo estaba durmiendo.

Me senté en el sillón frente a la mesa de café y la observé.

Se veía vieja y frágil así. Un instinto de protegerla surgió en mí, y no sabía qué hacer con él.

¿Por qué protegería a la mujer que me había abandonado? Que sabía que estaba vivo, en medio de brujas malvadas, que había creado un paraíso y nunca volvió por mí. Ella tenía la vida perfecta aquí, y aparentemente, no había querido que su hijo la arruinara.

Ahora, yo estaba aquí, aguándole la fiesta. Debe odiarme aún más ahora que cuando me abandonó por primera vez.

Una pizca de rabia se agitó en mi pecho. Pronto, la oscuridad siguió. Podía sentirla, pero no podía luchar contra ella. La oscuridad era más fuerte que yo, y una vez que clavaba sus garras en mí, no había mucho que pudiera hacer.

Antes de lanzar un rayo de magia a mi madre dormida, me levanté del sillón y marché hacia el patio trasero.

Inhalé una bocanada de aire fresco, pero no fue suficiente para aplacar mi ira y la oscuridad dentro de mí. Estaba cayendo en su pozo sin fondo, y uno de estos días, no sería capaz de salir de él.

Dos lobos irrumpieron a través del bosque, y convoqué mi magia.

—Oye, somos nosotros —dijo Wyatt, después de cambiar a su forma humana.

Retiré mi poder, pero ser sorprendido así solo aumentó mi irritación.

A su lado, Luana también cambió. Me sonrió. —No vas a creer lo que acaba de pasar.

Entendía todo eso de sentirse bien con la desnudez, pero realmente no me gustaba tener a mi compañera desnuda al lado de otro hombre, especialmente cuando él también estaba desnudo.

—Un segundo —murmuré, antes de entrar en la cabaña de mi madre. Con cuidado de no hacer ruido, agarré dos mantas de la sala. De vuelta afuera, se las lancé a Luana y Wyatt—. Aquí tienen.

—Gracias. —Luana se envolvió con la manta.

—Luana, díselo antes de que lo haga yo —dijo Wyatt mientras se enrollaba la manta alrededor de la cintura. Era mejor, pero no por mucho.

Gruñí. —¿Qué pasa?

La sonrisa de Luana vaciló. —Yo... ¿Estás bien?

Crucé los brazos. —Estoy perfecto.

Ella entornó los ojos hacia mí. Aunque intentara ocultar mi ira e irritación, podía escuchar el latido acelerado de mi corazón y mis exhalaciones bruscas.

—¿Qué pasó?

—Voy a ver cómo está Farrah —murmuró Wyatt antes de alejarse.

Miré fijamente a Luana, como si la desafiara por... ¿qué?

—Keeran, dime qué pasó, por favor —su voz era tranquila y estable. Tan diferente a la loba impulsiva que era.

—Nada —levanté el mentón hacia ella—. Pero algo te pasó a ti y querías contármelo.

—Bueno, sí, pero si no quieres hablar ahora, puede esperar.

—Podemos hablar ahora.

Luana ladeó la cabeza. Me miró fijamente, probablemente considerando qué era lo mejor. Contarme aunque no me importara, o no decirme nada y hacerme irritar más al ocultarme algo.

Era una maldita elección imposible.

Luana exhaló un largo suspiro.

—Encontré un grupo de lobos mágicos escondidos en el bosque de Unity. Se llaman la

manada Starlight, y brillan en azul oscuro en la oscuridad. Me dijeron que mi padre era su alfa.

Más sobrenaturales escondidos en Unity, y esta vez, eran los lobos de la manada de Luana. La traición de mi madre parecía no tener fin.

—¿Y?

Ella se encogió.

—¿No te alegra que haya encontrado a mi manada?

Me encogí de hombros. No me importaba si era la alfa de la manada roja, azul o verde, mientras encontráramos más aliados.

—¿Nos ayudarán contra Isalia?

—Ese es el problema —dijo. Ni siquiera sabía que había un problema—. De alguna manera, perdí mi magia y solo puedo ser su alfa si la recupero.

Fruncí el ceño. Lobos con magia. No estaba seguro de cómo me sentía al respecto. Solo hacía dos años que había descubierto que tenía magia, y todavía me estaba acostumbrando. ¿Ahora mi pareja, que se suponía que era una maldita mujer loba, me decía que tenía magia?

Los celos se unieron a la ira y la irritación que se arremolinaban dentro de mí.

—Recupera tu magia —murmuré, esforzándome por no estallar contra ella—. ¿Cómo haces eso?

—Necesito encontrar tres objetos —dijo, con entusiasmo apoderándose de su voz—. El espejo de la omnivisión, la daga de toda cacería y la corona de todas las ramas. Fueron regalos de los dioses, transmitidos por mi linaje, pero de alguna manera se han perdido.

—¿El espejo de qué? —Mi irritación estaba a punto de estallar—. Esos nombres son ridículos. ¿Cómo sabes que estos lobos brillantes no están jugando contigo?

Sus cejas se fruncieron.

—No...

La puerta trasera se abrió y mi madre salió.

—No están jugando con Luana. Han estado esperando a su legítima alfa durante muchos años.

Todavía estaba pálida, pero eso no importaba cuando se entrometía en mi conversación con mi pareja.

—¿Sabías quiénes eran y los mantuviste ocultos todos estos años? —espeté—. ¿Por qué demonios no le dijiste a Luana? Ah, espera, ya sé. Mantener oculto Unity es más importante.

Sorprendida, mi madre me miró fijamente antes de continuar.

—No sabía quién era su alfa, ni dónde estaba. Solo querían un lugar para quedarse mientras se reagrupaban y esperaban. Viendo que su intención era pacífica, les ofrecí un lugar para quedarse. Eso fue todo.

¿Debería creerle? Había mentido sobre tantas cosas. No sabía si alguna palabra que saliera de su boca podría ser verdad alguna vez.

—Almae, ¿has oído hablar alguna vez del espejo de la omnivisión, la daga de toda cacería y la corona de todas las ramas? —preguntó Luana, ignorando mi rostro furioso.

—Se rumoreaba que tu padre tenía uno de esos objetos —dijo mi madre—. El espejo de la omnivisión.

—¿En serio? —Las cejas de Luana se arquearon—. ¿Dónde podría estar?

—Los rumores hablaban de una cueva de cristal fuera del territorio de la manada Starlight, a medio día de caminata desde aquí, y que tu padre tenía el espejo escondido allí.

—Acabas de decir que eran rumores —espeté.

Mi madre me lanzó una mirada fría.

—Todos los rumores tienen un atisbo de verdad.

—Solo hay una forma de averiguarlo —Luana se ajustó la manta alrededor de sí misma—. Partiré hacia la cueva mañana al amanecer.

Resoplé.

—Luana, piénsalo. Acalla dijo que era un rumor. ¿Vas a perder un día entero caminando, tratando de encontrar una maldita cueva?

Luana apretó los dientes.

—¿Tienes una mejor idea?

—Sí —escupí—. Investiga un poco antes de lanzarte a una búsqueda sin sentido.

—Keeran, no digas eso —dijo mi madre—. Esto es importante para Luana.

Señalé con un dedo a mi madre.

—¡Tú mantente al margen de esto!

Se estremeció antes de susurrar: —Me rindo. —Después de lanzar una mirada afligida a Luana, Acalla volvió a entrar en su casa.

—Keeran, tu madre quiere ayudar —dijo Luana—. No seas malo con ella.

¿Qué demonios? ¿Ahora ella también me trataba con condescendencia? —Se lo merece.

—Ese maldito amuleto. Te está envenenando. Por favor, quítatelo para que podamos hablar.

Alcancé el amuleto, acunándolo en mi mano. —Sabes que no puedo quitármelo. —A pesar de eso, no *quería* quitármelo—. Estoy bien.

Luana negó con la cabeza, sus ojos llenos de angustia. —No puedo hablar contigo así.

Giró sobre sus talones y se alejó pisando fuerte.

—¿Adónde demonios crees que vas? —le grité.

Pero Luana no aminoró el paso. Ni siquiera me miró mientras se alejaba.

De mí.

Me golpeé el pecho con el puño cerrado. Demasiado se acumulaba en mi interior —ira, irritación, celos y ahora decepción— amenazando con explotar.

Al compás de mi temperamento, mi magia se calentaba en mis venas, pidiendo ser liberada.

Consideré correr al bosque para hacer estallar arbustos o árboles para liberar parte de esta energía contenida, pero decidí tomar otra ruta. Cerré los ojos y me concentré. Calmé mi respiración, contuve mi magia y reprimí mi temperamento.

Me llevó un tiempo, pero gané esta ronda.

Un largo y lento suspiro escapó de mis labios, y abrí los ojos.

¿Qué demonios había hecho?

9

LUANA



Lo peor de tener una pelea con Keeran por la noche era ir a la cama sola y preocuparme por él durante toda la noche. Me revolví en la cama, inquieta por lo que pudiera estar haciendo.

Finalmente, alrededor de las tres de la madrugada, lo escuché entrar de puntillas en la cabaña —con el latido del corazón y la respiración casi normales— y acostarse en el sofá de la sala de estar.

Al menos tuvo la decencia de no tentar a la suerte intentando venir a la cama.

A pesar de tenerlo de vuelta, no me relajé. Lo poco que dormí fue un sueño ligero e inquieto. Pero decidida a seguir adelante con mi nueva misión, me levanté al amanecer y me vestí.

Anoche, Almae me había traído un mapa detallado de Unity y sus alrededores. No sabía hasta dónde tendría que ir para encontrar la cueva de cristal, pero estaba segura de que podría ver todas las cuevas del mapa en una caminata de medio día.

También había hablado con Wyatt y Farrah anoche. De mucho mejor humor, Wyatt se había ofrecido a acompañarme en esta misión, pero como Farrah ya le había pedido que la ayudara con algunas cosas en el pueblo, le dije que se quedara. Quizás la emoción de ir tras el espejo lo mantendría de mejor humor, pero también sabía que Farrah era perfectamente capaz de lograrlo. Además, por lo que sabía, no habían pasado mucho tiempo de calidad juntos debido a la depresión de Wyatt. Ahora se sentía mejor, así que tenía que aprovechar y pasar sus buenos días con ella.

Puede que ellos no lo supieran, o al menos no lo admitieran, pero se gustaban, y para mí, no había nada más obvio que eso.

Como no sabía qué encontraría durante mi caminata, enrollé una camiseta larga alrededor de la rosa de cristal y preparé un cordón fino de cuero. Una vez que me transformara en lobo, le pediría a Almae que atara la camiseta y la rosa a mi pata, para poder llevarlas conmigo; al menos, sería más fácil que cargar ambos objetos entre los dientes.

Alcancé el pomo de la puerta y escuché a Keeran moverse en el sofá.

Mierda, había esperado escabullirme de la casa antes de que se despertara. La verdad es que sabía que él tampoco había dormido bien.

Suspiré y salí del dormitorio.

Keeran se levantó del sofá y se pasó las manos por su cabello despeinado.

—Estás despierta. Buenos días.

—Buenos días —apenas lo miré mientras rodeaba la alta encimera de la cocina. No estaba de humor para un gran desayuno. Simplemente tomaría algo, me lo metería en la boca y listo.

—Luana —Keeran me siguió a la cocina—. Quiero disculparme por lo de ayer. No sé qué me

pasó y fui...

Me di la vuelta y lo fulminé con la mirada.

—¿No sabes qué te pasó? Yo sí lo sé —señalé su pecho, donde podía ver el pequeño bulto del amuleto bajo su camisa negra—. Esto te pasó.

Apretó los puños y me preparé, segura de que me atacaría verbalmente de nuevo.

—¿Podemos no hablar del amuleto ahora? Estoy tratando de disculparme.

—No lo estás haciendo muy bien —me giré y alcancé la cesta de mimbre llena de bagels.

Keeran me agarró la muñeca y me tiró suavemente hacia atrás.

—Luana, por favor. Lo siento. De verdad, lo siento. No quiero pelear más.

Liberé mi mano de su agarre y me crucé de brazos.

—¿Qué quieres hacer, entonces?

—Quiero ayudarte —dijo simplemente—. Quiero ir a esa cueva de cristal contigo y buscar el espejo —parpadeé, segura de que no lo estaba oyendo bien—. Si este espejo es importante para ti, entonces también lo es para mí.

Mis hombros se desplomaron y la pelea me abandonó.

—¿Estás seguro? ¿No me molestarás con eso todo el camino, ni te quejarás de que es una búsqueda tonta?

Con los ojos fijos en los míos, Keeran se acercó a mí y me tomó el rostro entre sus manos.

—De verdad lo siento por haber sido un idiota ayer. Te amo, Luana, y quiero ayudarte.

La comisura de mis labios se curvó hacia arriba, pero antes de que pudiera sonreír por completo, la boca de Keeran se estrelló contra la mía.

Ni siquiera intenté aferrarme a mi decepción y enojo. No había necesidad. En el fondo, sabía que no había sido él. Keeran era un buen hombre de principio a fin. Nunca me haría daño intencionalmente. Alegre de que hubiera recuperado el sentido, dejé ir todo el dolor y me derretí en su beso. Rodeé su cuerpo con mis brazos y lo apreté fuertemente contra mí.

—Esto está mucho mejor —susurré contra sus labios.

—De acuerdo —murmuró antes de profundizar el beso. Me empujó hacia atrás, hasta que mi trasero chocó con la encimera. Rompió el beso y me miró—. Creo que llegaremos un poco tarde.

—Valdrá la pena —agarré su cuello y lo atraje de nuevo hacia mí.

MI MAÑANA no había comenzado como lo había planeado, pero tenía que admitir que había sido mucho mejor. Reconciliarme con Keeran y hacer el amor con él era mejor que cualquier otra cosa.

Pero al final, tuvimos que volver a la realidad y enfrentar el día. Comimos un desayuno ligero, empacamos para un viaje de un día y dejamos Unity con el sol ya a medio camino en el cielo.

Me había resistido a transformarme, pero Keeran me aseguró que su magia había crecido y que podía mantener un hechizo de carrera por más tiempo. Me transformé y corrí como una loba, mientras Keeran se deslizaba por el bosque a mi lado.

Cuando pensé que estábamos cerca del área que Almae me había mencionado, le pedí a Keeran que revisara el mapa. Seguimos el mapa hasta la cueva más cercana. Luego a la siguiente. La siguiente. Y la siguiente.

En dos horas, revisamos más de quince cuevas en la región, y ninguna de ellas era la cueva de cristal.

Cansada de buscar la aguja en el pajar, me transformé y me senté en el suelo cubierto de hierba junto a un fino arroyo que atravesaba el bosque. Actuando como un caballero, Keeran puso su capa sobre mis hombros y se sentó a mi lado.

El cuento de hadas duró poco.

Keeran gruñó.

—Sabía que esto era un error.

Lo miré de reojo, haciendo mi mejor esfuerzo por contener mi temperamento. Un brujo irritable y una loba de sangre caliente. Si terminábamos discutiendo de nuevo, no estaba segura de lo que podría pasar.

—Aún quedan muchas cuevas por revisar —dije mientras tomaba un puñado de agua del arroyo y bebía—. No podemos decir que es un error todavía.

—Luana, piénsalo. ¿Una cueva de cristal? Es ridículo.

—¿Alguna vez te has detenido a pensar en lo que los humanos piensan de nosotros? Cuando un humano menciona magia, o hombres lobo, o vampiros, creen que es fantasía. Todo ridículo. Sin embargo, aquí estamos —hice una pausa—. Hemos visto tanto; hemos hecho tanto. ¿Por qué una cueva de cristal sería ridícula en nuestro mundo?

—¡Porque! —Gruñó—. No lo sé... simplemente suena demasiado bueno para ser verdad. Encontramos una cueva de cristal, encontramos un espejo misterioso que estaba escondido allí, y de repente, ¿eres la alfa de una manada de hombres lobo mágicos?

—¡No es de repente! —Mi temperamento se encendió—. Es mi derecho de nacimiento. Nací en ese linaje mágico. De alguna manera, perdí mi magia, pero quiero recuperarla. Todo será mucho más fácil si puedo recuperarla —Ser poderosa, tener una manada, luchar contra Isalia junto a ellos. Pertenecer a algún lugar.

—Solo digo que no deberías hacerte ilusiones —Sus palabras pretendían ser tranquilas y reconfortantes, pero el filo en su voz me irritaba—. Por lo que sabemos, estos podrían ser solo rumores.

Me puse de pie de un salto.

—Bueno, voy a encontrarlo solo para demostrarte que no era un rumor.

Me alejé pisando fuerte antes de que nuestra discusión se convirtiera en una pelea real.

Después de gruñir de nuevo, Keeran me siguió.

Esta vez, permanecí en mi forma humana mientras revisaba las siguientes cuevas, todas normales, sin rastro de cristales.

Pasó otra hora. El sol había curvado la cima del cielo y había comenzado su lento descenso. Empezaba a preocuparme de que Keeran tuviera razón. ¿Y si la cueva de cristal fuera un rumor y nunca encontrara el espejo que todo lo ve?

Estábamos bordeando la base de una colina empinada cuando un resplandor rojo llamó mi atención. Me volví hacia Keeran y, efectivamente, la rosa, que asomaba por debajo de la solapa de la pequeña bolsa que llevaba, estaba brillando.

—Es aquí —Agarré la rosa—. Estamos cerca de la cueva de cristal.

Keeran miró el mapa.

—Pero no hay cuevas por aquí.

—Una cueva como esta no estaría en ningún mapa —dije, dándome cuenta de que habíamos estado equivocados todo el tiempo. Incluso en el mundo sobrenatural, ¿quién pondría un lugar que se supone que está oculto en un mapa?

—¿Quieres decir que hemos desperdiciado las últimas tres horas?

Ignoré su pregunta y su tono amargo. En su lugar, sostuve la rosa con fuerza en mi mano y

extendí el brazo. El brillo se hizo más intenso.

—Está por aquí —Usé la rosa como una brújula y la seguí mientras nos guiaba hacia una pared de tierra y roca en el costado de la colina. La rosa brilló más, y tuve que apartar la mirada debido a su intenso resplandor. Bajé la rosa y extendí la otra mano. Mi mano desapareció dentro de la pared de tierra. Por instinto, retiré la mano y jadeé—. Está aquí —Atravesé la pared.

—¡Luana!

Al principio estaba oscuro, como si hubiera cruzado a un agujero negro. Luego, los colores explotaron a través de la oscuridad, casi cegándome. Levanté una mano para proteger mis ojos, pero la adaptación fue rápida.

Parpadeé, tratando de asimilar lo hermosa y fantástica que era esta cueva.

Keeran atravesó el portal.

—¿Qué demonios...?

—Es increíble —susurré.

La cueva era como un enorme auditorio, ancho y alto en la parte trasera, estrechándose y bajando hacia el escenario, donde en este caso había un arco, con amplios escalones que conducían el camino. Pero la parte más magnífica eran los cristales que cubrían las paredes, el suelo y el techo. Azul, rosa, naranja, verde... tantos colores mezclados, como si un arcoíris hubiera salpicado todo este lugar.

Fascinada, bajé escalón por escalón, tomándome mi tiempo para observar y grabar las imágenes en mi memoria. Detrás de mí, Keeran parecía aburrido como el infierno.

Eché un último vistazo al lugar mágico antes de cruzar bajo el arco.

Atravesé y al instante los colores y las luces desaparecieron, reemplazados por la oscuridad. Una llama roja apareció a mi lado.

—Creo que necesitaremos esto —dijo Keeran, extendiendo su mano frente a nosotros para que la llama flotando en su palma iluminara el lugar.

Pero no había mucho que ver. Estábamos en un túnel oscuro, apenas un poco más alto que nosotros, y lo suficientemente ancho para que los dos pudiéramos estar de pie uno al lado del otro. Eso era todo.

—Supongo que tenemos que seguir el túnel —dije.

—No me gusta —murmuró Keeran.

¿Qué otra opción tenía? ¿Volver con las manos vacías? El simple hecho de que hubiéramos encontrado la cueva de cristal oculta era prueba de que estábamos destinados a estar aquí. Que yo estaba destinada a encontrar el espejo.

—Vamos —murmuré.

Di un paso adelante.

El suelo se desmoronó bajo mi pie. Salté hacia atrás mientras las paredes temblaban. Se abrió un foso, tragándose el suelo. Keeran me sujetó y me atrajo contra él.

Cuando las paredes dejaron de temblar y el foso dejó de expandirse, Keeran y yo nos enfrentamos al nuevo desafío: Había un enorme agujero en el suelo. Tenía más de diez metros de largo, lo que significaba que no podía transformarme en lobo y saltarlo. ¿Podría bajar y volver a subir? Con cuidado, me incliné sobre el borde del foso y miré hacia abajo.

No podía ver el fondo.

—Mira —dijo Keeran cogiendo una pequeña piedra del suelo y la impregnó con luz roja. Luego, la dejó caer en el foso.

La piedra bajó y bajó y bajó.

Y siguió bajando.

Dejamos de ver el brillo rojo de la piedra, pero nunca la oímos llegar al fondo.

—Bueno, trepar por el foso está descartado —dije.

Keeran frunció el ceño.

—Empiezo a pensar que este lugar está lleno de trampas.

Tenía razón.

—Es una prueba —murmuré—. Si puedes superar las trampas, entonces eres digno del espejo.

—Con mi magia, esto será fácil —caminó hasta el borde del foso—. Conjuraré un puente.

—No —dije—. Agradezco la oferta, pero esto fue hecho para un hombre lobo, probablemente sin magia. Como la verdadera alfa, debo llegar al espejo usando mis habilidades. Por favor, no interfieras.

—¿Disculpa? Vine todo este maldito camino para ayudarte, ¿y ahora me pides que me siente y me relaje mientras casi te matan las trampas?

Di un paso hacia él y puse mis manos sobre sus hombros.

—Realmente aprecio tu ayuda, pero más que tu ayuda, aprecio que estés aquí. Puedes hacerme compañía y animarme mientras paso por las trampas —solo la luna sabía cuántas habría —. Pero por favor, no interfieras.

—No me gusta esto.

—Está bien —me puse de puntillas y presioné mis labios contra los suyos en un rápido beso —. Será pan comido. Ya verás.

Me quité su capa y se la devolví. Luego, me transformé.

Tan rápido como pude, salté a la pared de la derecha, encajando mis patas en pequeñas hendiduras de la superficie, y avanzando hacia el otro lado. Pero mi centro de gravedad estaba inclinado, y sentía que mi peso me arrastraba hacia abajo. Cuando estaba a unos metros del otro lado, me impulsé con fuerza contra la pared y salté lo más lejos que pude. Mis patas delanteras aterrizaron bien, pero mis patas traseras se deslizaron por el saliente. La tierra se aflojó, dificultándome clavar las garras y ganar apoyo. Pero no dejé de luchar.

Me arrastré un poco más hacia abajo. Forcejeando, sentí una pequeña roca que sobresalía de la pared del acantilado. La usé para impulsarme hacia adelante. Empujé y salté.

Rodé por el suelo, tomando una profunda bocanada de aire.

Un momento después, Keeran estaba a mi lado.

—¿Estás bien? —El brillo rojo de su puente mágico brillaba detrás de él.

Presumido.

Me levanté sobre mis cuatro patas y asentí.

Con cuidado, avancé. Una púa surgió del suelo, y retrocedí de un salto, evitándola por centímetros. De repente, púas comenzaron a brotar del suelo en rápida sucesión.

Luego, desaparecieron.

Esperé, pero no volvieron.

Di un paso adelante de nuevo, y la primera púa salió. Luego las otras.

Intentando notar un patrón, hice eso un par de veces más. Las estacas estaban muy juntas y se movían demasiado rápido, pero había una forma, un espacio estrecho por donde podía zigzaguear entre ellas, justo lo suficiente para un lobo delgado.

Me preparé y me apoyé contra el suelo de nuevo. Las estacas aparecieron, y me apresuré a atravesarlas, apretando mi cuerpo por el camino. Casi había salido de ellas, cuando pisé una piedra suelta y perdí el equilibrio. Una púa me rozó la pata, y solté un aullido.

Me alejé pisando fuerte de las púas.

Una vez más, Keeran apareció a mi lado unos segundos después.

—Déjame ver —dijo, arrodillándose junto a mí.

No había sido mucho. Solo un feo arañazo y un poco de sangre. Lo ignoré y seguí adelante. Pero Keeran cerró su mano alrededor de mi pata y maldijo entre dientes.

—Dije que me dejes verla, maldita sea.

Sonaba enojado.

No me importaba. No había razón para detenerse y mirar un arañazo cuando estaba casi en el primer objeto que necesitaba de mi lista.

Con un poco de fuerza, me adentré más en el túnel. Keeran me soltó. Su exhalación exasperada llegó a mis oídos.

Si iba a ser tan ridículo, entonces no debería haber venido.

Seguí adelante, siempre alerta por más trampas.

Más adelante, el suelo y las paredes del túnel eran más anchos y lisos. Me detuve justo antes de este cambio. Aparecieron dos grandes lobos azul oscuro. Sus cuerpos brillaban como si estuvieran hechos de humo y magia.

Lo único que pude pensar fue que necesitaba luchar contra ellos.

Sin pensarlo, corrí hacia ellos. Los dos lobos se volvieron hacia mí y luchamos. Me golpearon con fuerza, pero cuando intenté golpearlos, mi pata atravesó sus cuerpos como si fueran fantasmas.

¿Qué demonios?

Me había hecho sudar esquivando sus ataques mientras pensaba cómo derrotarlos. Nada de lo que hacía, nada de lo que intentaba, funcionaba. Estaba perdida.

Entonces, cuando me giré y los tuve entre Keeran y yo, lo vi. Sus cuerpos brillaban con la luz que proyectaba la llama sobre la mano de Keeran.

Lo cual me dio una idea.

Esquivando a los dos lobos, corrí hacia Keeran.

—¿Qué pasa? —preguntó.

No tenía tiempo que perder convirtiéndome en humana y luego en loba otra vez. En su lugar, tiré de su manga y él bajó el brazo, volteando la mano.

—¿La luz? ¿Quieres que apague la luz?

Asentí.

Hizo lo que le pedí.

La luz se apagó y el túnel quedó en completa oscuridad. Avancé por el tramo liso de piedra, preparándome para que los lobos me atacaran, pero no pasó nada. Los lobos habían desaparecido. El suelo cambió bajo mis patas y solté un aullido. Keeran conjuró una llama de nuevo, iluminando el túnel.

—Buena idea —dijo, aunque no sonaba complacido.

Juntos, caminamos por el túnel.

Hasta que llegamos a un callejón sin salida.

Una pared de roca nos recibió. La desesperación corrió por mis venas. ¿Eso era todo? ¿Todas esas trampas para nada? ¿Era un truco?

Detrás de mí, Keeran murmuró su descontento, pero yo me concentré en la misión. Esto tenía que ser otro obstáculo, otra trampa.

¿Y si no lo era?

Di un paso adelante y apoyé la cabeza en la maldita pared.

Mi pata se hundió, como si hubiera presionado una baldosa rota.

Pero era mucho más que eso.

Empezando desde abajo, una luz azul cortó la pared, revelando una abertura. La pared se deslizó en dos paneles: una puerta oculta.

Conteniendo la respiración, entré en una gran cámara circular con aire pesado y rancio. Luces azules recorrían el perímetro de la habitación, iluminando el área.

El pequeño espejo en forma de pera con delicado marco plateado estaba sobre un soporte de madera en el centro de la habitación.

Me transformé en mi cuerpo humano y avancé hacia el soporte. Con manos temblorosas, alcancé el espejo.

Y lo levanté con facilidad.

—Lo tengo —susurré incrédula. Acunando el ligero espejo en mis manos, me volví hacia Keeran—. Lo tengo.

Keeran echó un vistazo a nuestro alrededor, esperando que otra trampa se activara.

—¿Es esto? ¿Has terminado?

—Eso creo —dije.

Se acercó y examinó el espejo.

—¿Esta cosita es el poderoso espejo que todo lo ve? —Arrugó la nariz—. Puedo sentir un poco de magia, pero no parece poderoso.

—No importa. Mientras me ayude a convertirme en la verdadera alfa de la manada Starlight y eventualmente derrotar a Isalia, es todo lo que importa.

La superficie del espejo brilló.

Lo bajé y miré su cara. Jadeé al ver el reflejo de Isalia, apoyada contra una gran silla de madera oscura en una habitación tenuemente iluminada.

Su vientre estaba redondo e hinchado.

Luego, la imagen desapareció y la luz se desvaneció.

—¿Qué pasó? —preguntó Keeran, mirando el espejo.

—No lo sé —Hice una pausa y pensé por un momento—. Mencionamos el nombre de Isalia. —El espejo que todo lo ve. Ver—. Creo que... este espejo puede mostrarnos a quien queramos.

—Inténtalo de nuevo —dijo Keeran.

—Isalia —dije. Esta vez, el espejo no funcionó—. Qué raro.

Keeran se burló.

—Vaya baratija inútil —Señaló con la cabeza hacia la entrada—. Vamos, regresemos. Estoy cansado.

Volvió al túnel.

Y yo me quedé en mi lugar por un momento, pensando en los terribles cambios de humor de Keeran y cuánto tiempo más podría soportarlos. Tenía que averiguar más sobre los poderes de este espejo.

Pero podía hacer eso en Unity.

Apresurando mis pasos, alcancé a Keeran y regresé con él.

KEERAN



A LA LUZ DE LA LUNA, LUANA Y YO NOS ESCABULLIMOS EN UNITY POR EL MISMO CAMINO POR EL que habíamos salido, pero mientras nos dirigíamos a nuestra cabaña, vimos a gente corriendo por las calles hacia el mercado.

Aún vistiendo solo mi capa, Luana detuvo a dos brujas.

—¿Qué está pasando?

La bruja mayor nos miró con ojos grandes.

—¿No os habéis enterado? Han encontrado a un extraño fuera de Unity. Un brujo.

—¿Qué? —pregunté, casi dejando caer el espejo.

—Estaba intentando entrar —dijo la más joven—. Pero Almae lo atrapó. Lo tiene retenido en la enfermería ahora mismo.

—Gracias —murmuré. Las mujeres se alejaron corriendo, y me volví hacia Luana—. Deberíamos ir a ver.

—Estoy de acuerdo, pero no con el espejo —tomó el espejo de mis manos—. Lo dejaré y me pondré algo de ropa. Ve a ayudar a tu madre. Estaré allí enseguida.

Asentí una vez y luego corrí por la calle hacia el mercado. El número de seres sobrenaturales que abarrotaban el camino aumentaba cuanto más me acercaba, pero había un verdadero mar de gente frente a la enfermería.

Como era de esperar, me reconocieron de inmediato y los seres sobrenaturales me dejaron pasar.

—Gracias —murmuré, antes de llegar a la puerta y abrirla.

Prácticamente salté dentro y cerré la puerta de nuevo.

La enfermería era un lugar sencillo: una gran sala con un escritorio y algunos sofás en la esquina, y varias camillas separadas por cortinas en el resto del espacio.

Esta vez, sin embargo, había una silla en el centro de la habitación, y un brujo estaba atado a ella.

—¡Habla! —gritó Acalla. De pie frente a la silla, extendió su mano hacia él—. Dime quién te envió aquí y por qué, o haré que desees estar muerto.

Una risa borboteó de la boca del brujo mientras se sacudía contra las cuerdas alrededor de su pecho, muñecas y tobillos.

—Nunca te diré nada. Mejor termina con esto y mátame.

Un rayo blanco apareció en la mano de Acalla.

—Madre —llamé.

El rayo se desvaneció y ella se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos.

—Keeran, estás aquí.

Me acerqué a ella.

—¿Qué ha pasado?

—Atrapé a este brujo intentando entrar en Unity hace aproximadamente una hora —dijo, con sus ojos oscuros fijos en el brujo—. ¿Lo conoces?

Había estado mirándolo fijamente desde que entré en la enfermería, pero no podía ubicarlo. Si hubiera sido uno de los brujos de Soren, habría sido uno callado, porque no lo recordaba.

Negué con la cabeza.

—Nunca lo había visto antes.

—Yo sí te he visto a ti —dijo el brujo, con una sonrisa astuta en los labios.

Me acerqué a él.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—No te molestes —dijo mi madre—. He estado haciendo preguntas durante una hora y no ha dicho una palabra.

—Simplemente no quería hablar contigo —dijo el brujo—. Pero podría hablar con el hijo de mi señor.

Así que era uno de los brujos de Soren.

Crucé los brazos.

—¿Cómo me conoces y qué estás haciendo aquí?

—Soren tiene muchos brujos, sirviendo como espías o haciendo otros trabajos extraños para nuestro señor, y todos nosotros sabemos quién es el hijo de nuestro señor —su mirada cayó sobre el amuleto que colgaba de mi pecho—. Todos sabemos que tienes a nuestro señor prisionero —sus ojos se oscurecieron—. He venido a liberarlo.

Resoplé. El brujo estaba atado con cuerdas imbuidas de magia, con Acalla y yo vigilándolo. Sin mencionar los muchos seres sobrenaturales esperando fuera de esta puerta. ¿Realmente pensaba que podría tocarme? ¿Conseguir el amuleto? ¿O incluso escapar de este lugar de una pieza?

No, no había venido para escapar. Había venido en una misión suicida. Sabía que esto era un intento único. Trataría de liberar a su señor, pero estaba seguro de que moriría en el proceso.

Mi madre me apartó unos pasos y susurró:

—No me gusta esto. Tenemos que hacer algo.

—¿Estás sugiriendo que lo matemos? —Esa palabra, ese acto, removió algo en mí. Algo profundo, algo oscuro. Estaba seguro de que muchos morirían durante nuestra lucha contra Isalia, pero no mataría gratuitamente a un hombre indefenso.

—Tengo una mejor idea —dijo Acalla, su voz desprovista de emoción—. Deberías robar su magia.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Q-qué?

—Es una forma de lidiar con él sin matarlo. Además, es una buena práctica para cuando necesites tomar la magia de Soren.

Negué con la cabeza.

—No me gusta.

—Keeran, hijo mío —suspiró ella—. No es como si tuviéramos muchas opciones aquí. No me arriesgaré a mantenerlo con vida. Si escapara, Unity estaría en peligro. —De nuevo, solo le preocupaba Unity—. O lo mato yo, o tú le robas su magia.

Odiaba esto. Odiaba tener que elegir entre el menor de dos males. Odiaba que la decisión recayera únicamente en mí.

Pero ella tenía razón. No podíamos mantenerlo con vida, pero ciertamente yo no quería matarlo.

No había elección aquí.

Gemí.

—Lo haré. Le robaré su magia.

Mi madre me dio una palmada en el hombro.

—Bien —Se retiró, dándome bastante espacio.

Respirando profundamente, me enfrenté al brujo y canalicé mi magia.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Qué estás haciendo?

No respondí. Me concentré en el hechizo. Como había hecho antes con Acalla, envié mi magia hacia él, pero a diferencia de ella, que me lo había facilitado, él tenía una gruesa barrera a su alrededor.

Empujé mi magia, sondeando y tanteando, tratando de encontrar una abertura. En cuestión de segundos, el sudor perló mi frente y mi respiración tembló por el esfuerzo.

—¡Detente! —gritó el brujo—. ¡Sea lo que sea que estés haciendo, detente!

No podía detenerme. Tenía que hacer esto.

Finalmente, mi magia atravesó la barrera y se sumergió en un mar de poder, de magia oscura. Este hombre era casi tan poderoso como mi madre, pero de una manera diferente. Donde el poder de mi madre era puro y luminoso, la energía de este hombre era pesada y maligna.

Como la de mi padre.

Gimiendo, guié mi magia a través de sus venas, sus músculos, su núcleo, buscando la fuente. Encontré la bola gruesa y pesada en su estómago. Envolví mi magia a su alrededor y tiré. El brujo luchó contra mí y, al principio, no se movió.

—¡Detente! —gritó el brujo.

Envié más de mi magia dentro de él y agarré la fuente con todo lo que tenía. El brujo gritó cuando la bola pasó por su estómago. Tiré de la bola hacia arriba por su pecho, a través de su garganta.

—¡No!

El brujo apretó su boca, como si el gesto fuera suficiente para contener el núcleo de su poder. En un último intento, invocó su magia, aferrándose con uñas y dientes. En el momento en que logró agarrar un fragmento, lo lanzó contra mí.

Sorprendido por la repentina energía, salté hacia atrás para evitar ser golpeado, soltando mi agarre mágico sobre él. El hechizo se había ido. Había fallado en robar su magia.

Con un rugido, el brujo rompió las cuerdas que lo ataban y envió una lluvia de ataques contra mi madre y yo. Mi madre creó un escudo frente a nosotros. Pero este brujo era más poderoso de lo que pensé inicialmente. Lanzó un poderoso ataque, rompiendo el escudo y enviándonos volando hacia atrás.

Golpeé la pared con fuerza y tuve que tomarme un segundo para recuperar el aliento.

A un par de metros a mi lado, mi madre estaba agachada en el suelo.

—¿Madre? —me acerqué a ella—. ¿Estás bien?

Levantó la cabeza, con los ojos desenfocados.

—¿Dónde está?

Miré hacia arriba. El brujo no se veía por ninguna parte.

Gritos resonaron desde afuera.

Salí corriendo.

La gente estaba dispersa, acurrucándose detrás de los puestos.

—¿Dónde está? —grité.

Una bruja dio un paso adelante y señaló en dirección al lago con una mano temblorosa.

—Se fue por allá.

Gruñendo, corrí tras él.

—Keeran, detente. —La voz de mi madre era clara y firme. Me di la vuelta y la encaré—. Deberías quedarte aquí. —Un grupo de vampiros, hombres lobo, brujos y hadas atravesó el mercado. Todos llevaban el mismo broche en sus camisas: los guardias oficiales de Unity—. Id tras él. Captúrenlo vivo, si pueden. Si no pueden atraparlo, mátenlo.

Los hombres asintieron una vez y luego se marcharon.

Me acerqué a mi madre.

—¡Voy a ir tras él!

—Keeran, todos están mirando —dijo en voz baja—. Hablemos de esto en otro lugar. —Se volvió hacia la multitud—. El resto de vosotros, id a vuestras casas. Quedaos allí hasta que escuchéis que es seguro salir.

Los susurros llenaron el aire.

—¿Qué va a pasar?

—¿Ya no es seguro Unity?

—¿Qué hacemos ahora?

—Si Unity no es seguro, deberíamos mudarnos.

Mi madre ignoró las duras palabras mientras la gente se dispersaba hacia sus casas, y me dijo:

—Vamos.

ACALLA CAMINABA de un lado a otro en la sala de estar. Sus manos temblaban y gemía cada dos segundos. Parecía confundida o enojada.

Pero no tan enojada como yo.

—¿Por qué no me dejaste ir tras él? —pregunté.

A mi lado, Luana me dio un fuerte codazo en las costillas. —Cállate.

Le lancé una mirada furiosa.

Después de que el brujo escapara, después de que los guardias de Unity, menos que excelentemente entrenados, lo persiguieran, y después de que la multitud se dispersara y se escondiera en sus casas, mi madre me guió colina arriba hasta su casa. En el camino, encontramos a Luana, que venía bajando a nuestro encuentro.

—¿Qué pasó? —preguntó, notando de inmediato la tensión entre nosotros.

Con un tono inexpresivo, mi madre le contó a Luana todo lo que había ocurrido: la invasión, haber capturado al brujo, el hechizo para robar magia, el contraataque, la huida del brujo, los guardias persiguiéndolo.

Luana no podía creer que eso acabara de suceder. Se ofreció a ayudar en lo que pudiera.

—Keeran ya ha hecho más que suficiente —fue la respuesta cortante de mi madre.

La ira brotó de mí, pero antes de que pudiera descargarla en ella, pasé de largo y entré en mi cabaña. Para mi consternación, ella siguió a Luana y a mí adentro, y comenzó a hacer un agujero en el suelo con tanto ir y venir.

Finalmente, mi madre dejó de caminar y volvió su mirada dura hacia mí. —¿En serio me

estás preguntando por qué no te dejé ir tras él?

Me encogí de hombros. —Creo que sé lo que significan mis malditas palabras.

Sus manos se cerraron en puños. Pensé que me gritaría. En cambio, dejó escapar un largo suspiro y relajó las manos. —Supongo que esperaba demasiado de ti. Te pedí que robaras su magia cuando sabía que apenas habías intentado este hechizo antes. Fue mi error. —Hizo una pausa—. Y por eso, se escapó.

—Tus guardias lo encontrarán —dijo Luana, con un tono comprensivo.

¿En serio estaba del lado de mi madre ahora?

—No creo que lo hagan. —Un sollozo subió a su garganta—. Está sucediendo. Mi profecía. Se cumplirá. Este brujo le contará a Isalia sobre Unity, y ella vendrá a destruirlo.

Mi rabia se disparó, convirtiendo mi sangre en fuego y tiñendo mi visión de rojo.

—Todo lo que te importa es este maldito lugar —grité—. Todo se trata de mantener Unity a salvo. Amas este lugar más de lo que amas a tu propio hijo.

—Keeran —espetó Luana.

—¿Sabes qué? —continué—. Si lo amas tanto, quédatelo para ti sola. Cásate con él. Ten una familia con el pueblo. Sé feliz. Porque a mí ya no me importa una mierda. —Me sacudí los brazos, como si me estuviera limpiando de ella y su pueblo.

—Por la luna —susurró Luana.

—Tú también. —Señalé con un dedo la cara de Luana—. Te encanta tanto estar aquí, siempre te pones del lado de esta bruja, ¿por qué no te quedas aquí? Estoy harto de este maldito juego.

Los ojos de Luana estaban enormes. —¿De qué demonios estás hablando? ¿Un juego? ¿Qué juego?

—Es el amuleto —dijo mi madre.

—¡No! ¡No lo es! —grité. ¿Cómo se atrevía a decir algo sobre él? El amuleto era lo más poderoso, lo más *importante* en este momento. Con este amuleto, con el poder que llevaba, derrotaría a Isalia y sus lobas y sus brujos. Despejaría el trono de Luana, para que ella pudiera tomarlo, y yo me convertiría en el señor brujo más poderoso de todos los tiempos. Mi magia ardió dentro de mí—. Ustedes dos...

Algo golpeó mi pecho y me robó el aire. De repente mareado, caí sentado en el sofá detrás de mí.

—¿Qué hiciste? —preguntó Luana. Se apresuró a mi lado.

Parpadeé, tratando de dar sentido a lo que estaba sucediendo, a mi entorno.

—Es solo un hechizo de aturdimiento débil —dijo mi madre, como si eso fuera lo más normal—. Estaba perdiendo el control. Tenía que hacer algo. Con suerte, recuperará algo de claridad hasta que el hechizo se desvanezca.

Lo que sentía era la vida y la energía escapándose de mí. Zarcillos de poder se aferraban a mí, tirando de mí hacia abajo, pero a estas alturas, no podía distinguir qué era real o qué era una alucinación, una visión inducida por el hechizo aturdidor.

—Solo respira. —Luana puso su mano en mi mejilla y susurró de nuevo—: Inhala y exhala. Solo respira.

No sé cuánto tiempo me concentré en ella, siguiendo su guía con inhalaciones y exhalaciones. Finalmente, mi ritmo cardíaco se ralentizó, mi magia y la magia del amuleto se desvanecieron de mis venas, y me di cuenta de que tenían razón. Había estado vulnerable al intentar el hechizo de robo de magia, luego me irrité cuando el brujo contraatacó, y me enfurecí cuando escapó; todos sentimientos negativos que permitieron al amuleto enviar su magia oscura

dentro de mí.

—Lo siento —murmuré.

Luana acarició suavemente mi mejilla y cuello. —Está bien. Ya estás a salvo.

Negué con la cabeza. —No estoy bien. El brujo escapó por mi culpa.

Los ojos de Luana se agrandaron. —¡El espejo! ¡Podemos encontrarlo con el espejo! —Corrió al dormitorio y regresó con el espejo en sus manos—. ¡Encontramos el espejo! —anunció a mi madre.

—Eso es... eso es bueno —dijo Acalla, claramente desanimada.

—No, no es bueno —dijo Luana. Puso el espejo en las manos de Acalla—. El espejo tiene una magia genial. Podemos usarlo para espiar a cualquiera. Pídele que te muestre al brujo.

Acalla frunció el ceño. —Muéstrame al brujo.

Me levanté y me puse a su lado. El espejo se escarchó y luego la superficie se arremolinó hacia el centro. Era como si la escarcha y el humo fueran tragados por un agujero en el medio. Cuando la escarcha y el humo desaparecieron, lo vimos. El brujo corría por el bosque, usando su magia para acelerar su paso.

—¿Dónde es esto? —preguntó Luana.

—No puedo decirlo —dijo Acalla—. Hay árboles y arbustos. Nada que reconozca. —Lo observamos un minuto más—. No sé dónde está. —Bajó el espejo—. Solo puedo esperar que mis guardias lo encuentren.

Le devolvió el espejo a Luana y salió arrastrando los pies de la cabaña.

Me desplomé en el sofá de nuevo.

¿Qué demonios había hecho?

LUANA



WYATT SE INCLINÓ SOBRE LA LISTA QUE YACÍA EN LA MESA DE CENTRO. —¿DÓNDE MÁS podríamos buscar?

Sentada a su lado, Farrah negó con la cabeza, haciendo que su largo cabello plateado se meciera de un lado a otro. —No lo sé.

Una fuerte sensación de déjà vu me invadía cada vez que Wyatt, Farrah y yo nos reuníamos para investigar.

Hace tiempo, Keeran, Drake y yo habíamos pasado horas, días, semanas leyendo cientos de libros, tratando de encontrar una manera de salvar a Thea de un destino horrible.

Ahora, necesitaba encontrar los otros dos objetos sobre los que me habían advertido los lobos de luz estelar: la daga de toda cacería y la corona de todas las ramas.

Había pasado un mes desde que el brujo había escapado de Unity, y a pesar de que todos estaban en alerta máxima, no había ocurrido nada. Había intentado usar el espejo para buscarlo, pero ya no lo mostraba. Era como si el espejo solo pudiera mostrar a una persona una vez, o tuviera que recargarse.

Keeran había estado callado y reservado desde entonces. Todavía se culpaba por haber dejado escapar al brujo y poner a Unity en peligro. No lo había mencionado, pero sabía que también estaba molesto por su último arrebato. Había sido el amuleto, no él, pero aun así lo perturbaba.

A pesar de sus sentimientos, seguía reuniéndose con su madre para las lecciones de magia. Al menos no estaba malhumorado todo el día.

Mientras tanto, Wyatt, Farrah y yo nos concentramos en encontrar los otros dos objetos. La daga y la corona tenían que estar en alguna parte, pero ¿dónde?

Wyatt movió el bolígrafo sobre la lista. —Revisamos los alrededores. Las cuevas, los arroyos, las colinas... a menos que tengas una mejor idea de dónde podrían estar la daga y la corona, no creo que debamos perder el tiempo buscando sin rumbo.

—¿Qué hay de los libros? —pregunté. Con la maldición de Thea, Drake había viajado por el país, buscando bibliotecas con secciones mágicas ocultas.

—Ya buscamos en la biblioteca de Unity —dijo Farrah.

—Y en la colección personal de Almae —añadió Wyatt—. Y también en algunos libros de los residentes.

—No encontramos nada sobre estos objetos, ni sobre hombres lobo mágicos, de hecho —dijo Farrah.

Miré la lista. Varios lugares, libros, personas conocedoras a quienes preguntar. No había mucho en nuestra lista, y honestamente no tenía idea de dónde buscar a continuación. Como dijo

Wyatt, no podíamos vagar por el bosque y esperar tropezarnos con ellos. Uno, no éramos tan afortunados. Dos, los objetos podrían estar a miles de kilómetros de distancia.

Nunca los encontraríamos si no podíamos reducir la búsqueda.

—Necesitamos más pistas —susurré.

—¿La daga y la corona pueden hacer algo especial? —preguntó Wyatt—. Quiero decir, como el espejo. Se puede usar para espiar a alguien. ¿Los otros objetos tienen características similares?

Hace un par de días, me había reunido de nuevo con Rómulo y Meira. Les había suplicado más información sobre los dos objetos restantes. Cualquier pista sobre dónde podrían estar, pero no lo sabían. Pero como mencioné que había descubierto lo que el espejo podía hacer, me contaron sobre uno más.

—No tengo idea de lo que hace la corona o cómo se ve, pero me dijeron que la daga es de plata con un mango largo y la cara y los cuernos de un ciervo grabados en el pomo.

Farrah se enderezó. —¿Qué hace?

—Se puede usar para marcar a un enemigo para la muerte —dije—. Una vez que usas la daga para marcar a alguien para la muerte, solo tienen un tiempo limitado hasta que la muerte los encuentre.

Farrah se puso de pie de un salto. —¡Sé dónde está esa daga!

Me levanté con ella. —¿Qué? ¿Dónde?

—Se llama de otra manera en mi reino, pero estoy segura de que he visto esta daga antes en una fortaleza de hadas a un par de días al sureste de aquí.

—¿Aquí? ¿En la Tierra? ¿No en el reino de las hadas? —Eso parecía demasiado bueno para ser verdad—. ¿Estás segura?

Farrah asintió vehementemente. —Sí.

—¿C-cómo llegamos allí?

—Es... no será fácil llegar a ella. —Farrah frunció el ceño—. Las hadas que habitan esa fortaleza son diferentes a mi hermano y a mí. No son hadas de la escarcha.

Wyatt se puso de pie para enfrentarnos. —Quieres decir que son tus enemigos.

Ella bajó la barbilla. —Sí, son mis enemigos.

—¡No, no digas eso! —Hace solo unos segundos, la daga había estado a mi alcance.

—Bueno, si realmente necesitas la daga, supongo que siempre podemos intentar irrumpir en la fortaleza y robarla —sugirió Farrah.

—¿Irrumpir? ¿Robarla? —Wyatt negó con la cabeza—. No estoy seguro de que me guste eso. Ya hemos pasado por mucho.

—Nadie dijo que reunir estos objetos sería fácil —dije—. Si lo fuera, entonces no seguirían desaparecidos. —Miré a Farrah—. Has estado en esta fortaleza, ¿verdad? ¿Puedes guiarnos allí? ¿Podrías guiarnos adentro?

Como un soldado listo para la batalla, Farrah asintió. —Sí, puedo.

Keeran entró en la cabaña, con la frente goteando de sudor. La lección de magia de hoy debió haber sido dura. —¿Qué puedes hacer? —preguntó.

—Están planeando cómo irrumpir en una fortaleza fae y robar la daga de toda caza —le informó Wyatt.

—Espera, ¿qué? —Keeran levantó un dedo—. ¿Encontraron la daga y está dentro de una fortaleza?

—Y planeamos entrar y robarla —dijo Farrah, sin un atisbo de miedo o preocupación en su voz.

—Un momento —dijo Keeran—. ¿Cómo saben que esta es la daga que están buscando?

—Farrah dijo que la ha visto antes —expliqué—. En esta fortaleza.

Keeran negó con la cabeza.

—Luana, ¿recuerdas la cueva de cristal? Era peligrosa y había trampas. Ahora estás hablando de irrumpir en una fortaleza. Eso significa que está fuertemente custodiada.

Su oposición me crispó los nervios. ¿Estaba el amuleto actuando de nuevo? Realmente no sabía cuánta paciencia me quedaba para sus arrebatos.

—Podemos hacerlo —dijo Farrah—. He estado allí varias veces antes. Conozco todos los entresijos. Estoy segura de que podemos lograrlo.

—Estás loca por alentar esto —le ladró Keeran.

Los brillantes ojos azules de Farrah se agrandaron.

Wyatt dio un paso adelante.

—Oye, no le hables así.

Las venas del cuello de Keeran se hincharon.

—¿Así cómo? ¿Como si los tres se hubieran vuelto locos por la pequeña búsqueda de Luana?

—¿Locos? —Farrah lo encaró. A pesar de ser mucho más baja que él, no parecía intimidada en lo más mínimo—. ¿Quieres hablar de locura? ¡Mírate en el espejo!

—Por qué tú...

Agarré el brazo de Keeran que se estaba levantando.

—Por la luna, ¿qué ibas a hacer? ¿Atacar a Farrah?

Miró su mano, con la muñeca sujeta por mi agarre, como si nunca la hubiera visto antes. ¿Estaba tan fuera de sí que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba a punto de lanzar su magia contra Farrah?

Keeran parpadeó.

—¿Qué demonios...? —Liberó su brazo de un tirón y salió pisando fuerte de la cabaña.

Dudé, pero luego lo seguí afuera.

—Si yo fuera tú, le daría unos minutos —dijo Wyatt.

Me di la vuelta.

—Viste cómo está. Parecía confundido por lo que acaba de pasar.

—Lo vi y está perdiendo el control —Wyatt se acercó a mí—. Sé que quieres ayudar, todos queremos, pero no hay mucho que podamos hacer si él no quiere ayuda.

—Dale algo de tiempo, Luana —dijo Farrah—. En su estado, podría terminar hiriéndote, y se arrepentirá de eso para siempre.

Sabía que tenían razón, pero dolía mucho. Odiaba ver a Keeran así. Odiaba no poder hacer mucho. ¿Qué podía hacer? Quitarle el amuleto. Pero si hacía eso, la magia se rompería y Soren podría escapar del amuleto.

La otra opción era el hechizo de robo de magia, pero ese ya había causado demasiados problemas. Además, Almae mencionó que Keeran tenía miedo de intentarlo de nuevo.

Después de encontrar la daga y la corona, después de convertirme en la alfa de la manada Starlight, después de derrotar a Isalia y traer paz a nuestro rincón del mundo, me centraría en ayudar a Keeran. Tenía que haber otra manera, y la encontraría.

—Muy bien —Decidida, tomé un mapa de la mesa de café—. Vamos a planear cómo irrumpir en la fortaleza.

KEERAN



MIS MANOS TEMBLABAN MIENTRAS CAMINABA DE UN LADO A OTRO POR EL CLARO.

Después de casi atacar a Farrah, había salido corriendo de la cabaña y me dirigí al primer lugar que se me vino a la mente: el claro donde entrenaba con mi madre. Como nuestra lección del día había terminado, sabía que estaría desierto y no lastimaría a nadie aquí.

Me detuve en el centro y miré mis manos.

¿Qué demonios estuve a punto de hacer? Estaba perdiendo el control y ni siquiera podía explicarlo. No podía entenderlo.

Deslicé mi mano hacia mi pecho, donde el amuleto descansaba contra mi piel debajo de mi camisa. Luana y mi madre seguían diciendo que el amuleto me estaba haciendo esto, pero no podía ser. El amuleto era bueno. Era poderoso. Me haría invencible. Nos ayudaría a ganar contra Isalia. Haría que Luana fuera la alfa más fuerte, y yo sería el señor brujo más poderoso.

—Keeran.

Me di la vuelta, con las manos levantadas, listo para defenderme.

O para atacar.

Al ver a mi madre parada en el borde del claro, bajé los brazos. —¿Qué quieres?

Con sus ojos gentiles fijos en los míos, mi madre caminó hacia mí. —¿Por qué no caminas un poco conmigo?

La miré con el ceño fruncido. —Estoy bien.

Enganchó su brazo con el mío y tiró. —Complace a una anciana, ¿quieres?

Gruñí, pero dejé que me llevara al bosque. En silencio, nos guió por un camino estrecho que bordeaba Unity. Acalla mantenía una pequeña esfera flotante de luz a nuestro lado para ahuyentar la oscuridad. El aire frío de la noche llenó mis pulmones, pero no hizo mucho para aclarar mi mente o aliviar mi tensión.

Finalmente, rompió el silencio. —Soren no siempre fue malvado, ¿sabes? Era un brujo con buen corazón y buenas intenciones. Pero el poder corrompe incluso los corazones más puros. El poder y la magia oscura lo cambiaron.

Fruncí el ceño, sin esperar este tema. —¿Alguna vez lo amaste?

—Era una relación complicada —dijo, con voz baja—. Cuando lo conocí, ya estaba consumido por el poder, pero podía ver destellos del hombre que solía ser. Era difícil resistirse a él cuando me trataba tan bien.

—¿Crees que te amaba?

Ella asintió. —A su manera retorcida, sí. Eso creo.

—¿Por qué no luchaste por él? ¿Por qué no lo ayudaste?

—Era una sola bruja contra el brujo más poderoso que existía. No había mucho que pudiera

hacer. —Hizo una pausa—. Pero la verdad es que él no quería cambiar. Amaba el poder y la magia. Le encantaba tener el control de todo y de todos.

—Entonces, ¿por qué no lo dejaste antes?

—Estaba planeando hacerlo, pero entonces me dio a ti. —Me dirigió una suave sonrisa—. No podía soportar la idea de huir contigo y que crecieras sin padre. —Dejó escapar un largo suspiro—. No es que ayudara mucho. Terminaste creciendo sin ambos padres.

—¿Por la profecía?

Asintió. —Por la profecía.

—Si sabías que era malo, ¿por qué se lo dijiste?

—No tuve elección —susurró.

—¿Qué quieres decir?

—Juré nunca decírselo, pero me torturó. —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. Intenté resistir, intenté soportarlo, pero no pude. Le conté todo. —Se secó los ojos—. Por eso huí contigo, y por eso te escondí de él.

Mi estómago se retorció de rabia y dolor. —Solo más evidencia de que Soren era realmente malvado.

—Cierto —dijo mi madre—. Un mal así debe ser detenido a toda costa.

Toqué el amuleto en mi pecho. —Él ya está controlado.

—Keeran. —Mi madre se detuvo—. Lo siento mucho, pero debo hacer esto.

—¿Qué...?

La oscuridad me rodeó. Nadé en un mar negro, las olas de varios metros de altura, arrastrándome hacia abajo.

Un momento después, me ahogué.

LO PRIMERO QUE sentí fue la hierba fresca debajo de mí. Un poco desorientado, me senté y miré alrededor del claro.

¿Qué demonios había pasado?

Me puse de pie de un salto, y me golpeó como una avalancha. Mi madre me había hecho algo. Me había dormido, y ahora, no se la veía por ninguna parte. Pero ¿por qué?

Instintivamente, mi mano voló a mi pecho.

El amuleto había desaparecido.

Mi madre me había quitado el amuleto.

Enojado, lancé un hechizo de rastreo. Pero ella era demasiado buena para mí. Había bloqueado su ubicación. Si tenía que ir tras ella a la antigua usanza, que así fuera.

Comencé a seguirla, decidido a recorrer el bosque hasta encontrarla. Hasta recuperar el amuleto.

—¡Keeran!

Con las manos levantadas y ya lanzando un rayo, me volví hacia la voz.

Farrah levantó las manos. —Oye, somos nosotros.

Miré fijamente a Farrah y Wyatt... y a Luana. Los conocía. Los conocía bien. Eran mis amigos, y una de ellas era mi compañera. Mi maldita y amada compañera, y aun así no podía bajar los brazos.

—Keeran, está bien —Luana se acercó, con sus ojos fijos en los míos—. Solo somos nosotros.

—¿Q-qué hacéis aquí? —pregunté entre dientes. Convertí el rayo en una pequeña llama sobre mi palma, iluminando el bosque. Pero aun así, la magia dentro de mí exigía ser liberada.

—Estábamos preocupados por ti —dijo mi compañera—. Estuviste fuera mucho tiempo, quería comprobar si estabas bien.

—No está bien —murmuró Farrah.

Luana se detuvo justo frente a mí. —Keeran, concéntrate en mí —Alcanzó mis manos —la llama flotó en el aire— y las acunó entre las suyas—. ¿Dime qué pasó?

La furia se encendió de nuevo. —¡Mi madre! Me lanzó un hechizo de sueño.

—Espera —Luana negó con la cabeza—. ¿Por qué?

Liberé mis manos bruscamente y palpé el lugar donde debería estar el amuleto. —Se lo llevó. El amuleto. Me lo robó. Tengo que encontrarlo.

—Debe tener una buena...

—¡No me importa! —grité. Luana se estremeció—. No me importa si tenía una razón o no. Necesito encontrarla. Necesito recuperar el amuleto.

—Te ayudaremos —dijo Wyatt.

Lo miré por encima del hombro de Luana.

—Sí, te ayudaremos —afirmó Farrah—. ¿Tienes alguna idea de adónde fue?

Negué con la cabeza. —Estaba bajo su hechizo cuando huyó, y está bloqueando mi hechizo de rastreo.

—Está bien —dijo Luana, con voz demasiado calmada—. Aun así podemos buscarla. No puede estar lejos.

Hace un par de horas me estaban regañando por el amuleto, ¿y ahora me ayudarían? Eso no tenía sentido.

—¿Y si nos separamos? —sugirió Farrah—. Wyatt y yo iremos en una dirección, y ustedes dos en la otra. Luego, daremos la vuelta y nos encontraremos.

—Me gusta eso —dijo Luana—. Y quien encuentre a Almae primero puede llamar a los demás.

—Suena bien —dijo Wyatt.

Luana me miró. —¿Te parece bien?

Los miré a todos, con unas ganas inmensas de gritarles. —Sí —dije con voz ronca.

Después de un breve asentimiento, Wyatt y Farrah se marcharon.

Luana me hizo señas para que la siguiera. —Vamos —Desapareció en el bosque.

Inhalé profundamente, domando mi magia antes de que explotara y quemara los árboles, y seguí a Luana. Afortunadamente, mi madre no había bloqueado su olor, y Luana siguió fácilmente su rastro.

Encontramos a mi madre arrodillada en el lecho de un arroyo, con el amuleto frente a ella y una gran roca en sus manos.

Dejó caer la roca para aplastar el amuleto.

—¡No! —Agité mi mano y una ráfaga de magia voló en su dirección. La derribó en el arroyo.

—¡Keeran! —Luana corrió tras mi madre.

Yo corrí tras el amuleto.

Aparté la roca y, milagrosamente, encontré el amuleto intacto. Lo recogí y pasé la cadena alrededor de mi cuello. Al instante, sentí su magia penetrando en mí, llenando mis venas, saciando mi sed como si hubiera pasado días en el desierto.

Con la ira renovada, miré furioso a mi madre mientras Luana la ayudaba a levantarse. —

¿Qué demonios crees que estabas haciendo?

—Solo estaba haciendo lo correcto, Keeran —dijo, con un sollozo interrumpiendo sus palabras—. Intentaba destruir el amuleto antes de que te destruyera a ti —Otro sollozo sacudió su cuerpo—. Pero fracasé. Intenté con magia, fuego y romperlo de todas las formas que se me ocurrieron, pero no funcionó. La magia en su interior es demasiado poderosa.

—Me engañaste —escupí—. Me traicionaste. Me quitaste algo precioso e intentaste destruirlo.

—Keeran, tu madre solo está tratando de ayudar —dijo Luana—. Ese amuleto te está envenenando.

—Es por tu bien, hijo mío —susurró mi madre—. Por favor, dámelo. Me desharé de él por ti.

—No quiero deshacerme de él —ladré.

—Keeran, por favor —Mi madre extendió la mano hacia mí—. Estás ciego. Déjanos ser tus ojos. Queremos que ese amuleto desaparezca.

—¿Eso es lo que todos queréis? —Mi cuerpo temblaba de rabia—. ¿Queréis que el amuleto desaparezca? Bien —Di un paso atrás—. Consideradlo desaparecido.

Giré sobre mis talones y eché a correr.

—¡Keeran! —gritó Luana.

Solo corrí más rápido.

LUANA



—¡KEERAN, ESPERA! —GRITÉ.

Almae me tomó de la mano.

—No está en sus cabales. Ve tras él.

Sin embargo, se veía frágil. No podía simplemente dejarla aquí.

—¿Y tú qué?

—Yo me ocuparé de ella —dijo Farrah, dando un paso adelante y tomando mi lugar para sostener la mano de Almae—. Tú ve.

Asentí y me transformé, haciendo que mi ropa se rasgara en pedazos. Sería más rápida en mi forma de loba. Comencé a correr, pero me detuve. La rosa de cristal había caído junto a mis ropas desgarradas. Sabía que si la dejaba allí, Wyatt o Farrah la recogerían por mí, pero por alguna razón, sentí que debía llevarla conmigo.

La recogí con la boca, la sostuve entre mis dientes y corrí.

Intenté seguir el olor de Keeran, pero o bien el bosque me estaba confundiendo o Keeran había lanzado un hechizo para esparcir su aroma por todas partes, dificultándome seguirlo.

Sin embargo, no me rendiría tan fácilmente. Seguí corriendo, tratando de ser más rápida que él, pensando adónde iría yo si estuviera en su lugar. Pero este lugar nos era extraño. No teníamos nada ni conocíamos a nadie cerca. Probablemente simplemente marcharía en línea recta hasta estar lejos de aquí.

Además, era tarde, ya demasiado oscuro. Mis ojos se ajustaban bien a la oscuridad, pero aun así no era lo mismo que correr por el bosque en pleno día.

La desesperación llenaba cada centímetro de mi cuerpo a medida que pasaba el tiempo y no parecía estar más cerca de él. Frenética, me detuve y usé otra técnica.

La rosa de cristal.

¿No eres pura magia? Ayúdame. Guíame hasta mi pareja.

Al instante, la rosa brilló con su cálida luz roja, y un tirón comenzó en mi pecho. Me empujó hacia adelante, mostrándome el camino.

Las lágrimas asomaron a mis ojos.

Gracias.

Sin perder un segundo más, me lancé hacia adelante, dejando que la magia de la rosa me guiara.

Corrí por otras dos millas, hasta que el tirón se detuvo y el brillo de la rosa desapareció.

Conteniendo la respiración, pasé algunos arbustos y encontré un pequeño lago anidado entre dos grandes formaciones rocosas. Con el cabello revuelto y el rostro demacrado, Keeran estaba de pie a la orilla del agua. Su mano presionaba contra su pecho, cubriendo el amuleto que una

vez más colgaba de su cuello.

Volví a mi forma humana.

—Keeran.

Él volvió sus ojos oscuros hacia mí.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a hablar contigo —me acerqué lentamente, temiendo que me atacara. Keeran no era él mismo—. A pedirte que vuelvas a casa conmigo.

Él resopló.

—Casa. Unity nunca fue nuestro hogar.

—Tienes razón, no lo es. Pero es donde nos estamos quedando ahora —le hice un gesto para que viniera hacia mí—. Por favor, vuelve conmigo.

—¿Para qué? ¿Para que Acalla pueda hechizarme de nuevo y quitarme el amuleto? ¿Para que me recuerden que ella ama más a Unity de lo que me amó a mí? —Sacudió la cabeza—. No, gracias. Ahora estoy por mi cuenta.

Extendí la mano y la apoyé en su brazo.

—No estás solo. Pase lo que pase, estoy contigo.

Él giró el brazo, haciendo que soltara mi mano.

—No, no lo estás. Tú estás del lado de Acalla. Solo dices eso para que vuelva contigo —se inclinó más cerca y dijo entre dientes—: No lo haré.

—Está bien, no lo harás —le seguiría la corriente, solo para mantenerlo hablando. Relajándose. Aunque yo no estaba ni cerca de estar relajada. Rara vez me importaba estar desnuda, pero ¿estar desnuda mientras discutía con mi pareja? Me sentía demasiado cohibida—. ¿Qué harás entonces?

Miró hacia el lago, apenas visible bajo el cielo nublado.

—Mataré a Isalia, liberaré a sus lobos y reclamaré a mis brujos. Me convertiré de nuevo en el señor de los brujos.

Negué con la cabeza.

—Nunca te importó ser el señor de los brujos antes. ¿Por qué ahora?

Él giró la cabeza hacia mí como si lo hubiera abofeteado.

—¿Que nunca me importó ser el señor de los brujos? Por supuesto que sí. Tenía dudas, sí, pero no es como si no lo quisiera. Siempre lo quise. Todavía lo quiero —miró sus puños cerrados —. Yo soy el señor de los brujos.

—Keeran, no tienes que hacer esto solo. Estamos juntos en esto —no importaba que él supiera que yo quería derrocar a Isalia yo misma. No discutiría sobre eso ahora—. Somos...

—No somos nada.

Lo miré fijamente.

—¿Qué?

Sus ojos eran fríos. Duros. Oscuros.

—El destino puede estar riéndose de nosotros al hacernos pareja, pero yo no te amo. No te quiero —tocó el amuleto de nuevo, sus dedos acariciándolo como a una amante—. Ya no.

Un jadeo surgió de mi garganta, y mi corazón se marchitó en mi pecho.

—No puedes hablar en serio.

Una sonrisa malévola se dibujó en sus labios. —Lo soy. Tú eres solo una perra inmunda que finge ser una criatura poderosa con magia. Eso es un cuento de hadas, y déjame decirte algo, los cuentos de hadas son pura fantasía. No existen.

Con lágrimas ardiendo en mis ojos, di un paso atrás. —Estás rompiendo conmigo.

Asintió. —Nunca debí haber empezado nada contigo. Me alegro de haber entrado en razón más pronto que tarde.

Lo miré fijamente, esperando que se riera y me dijera que era una broma. Pero no lo hizo. Keeran estaba tan consumido por la oscuridad del amuleto que realmente creía esta basura. Creía que estaba mejor solo. Creía que podía enfrentarse a Isalia y su ejército sin ayuda. Creía que no le importaba su madre.

Creía que ya no me amaba.

Por instinto, intenté arrebatarle el amuleto, pero Keeran fue más rápido. Se echó hacia atrás, justo fuera de mi alcance. Lo intenté de nuevo, pero levantó un escudo entre nosotros. Golpeé el escudo y caí de culo.

—Vuelve a atacarme y te quemaré viva —aparecieron llamas en sus manos.

Hablaba en serio. Estaba completamente en serio.

Aferrándome a mi orgullo, me puse de pie. Había terminado aquí. No suplicaría; no lloraría. Intenté quitarle el amuleto, pero él estaba dispuesto a matarme si lo hacía.

Keeran se había ido, y no podía hacer nada para traerlo de vuelta.

Saqué pecho y levanté la barbilla. —Espero que te des cuenta de lo que estás haciendo... y que no mueras arrepintiéndote. Adiós, Keeran.

Sin mirar atrás, me transformé en lobo, agarré la rosa de cristal del suelo y corrí.

Keeran había tomado su decisión. No pensaría en él; no lloraría por él. Encontraría los dos objetos restantes y haría pagar a Isalia.

KEERAN



LUANA SE FUE.

Simplemente se fue.

Miré fijamente los árboles por donde acababa de correr y desaparecer, mi ira luchando dentro de mí contra otros sentimientos.

Sentimientos que no podía nombrar. Sentimientos que había olvidado.

Entumecido, bajé la mirada al amuleto.

Era lo más preciado en mi vida.

¿Verdad?

Me lo quité y lo miré fijamente, confundido. Lo necesitaba tanto que dolía. Pero ¿por qué? ¿Por qué sentía que moriría sin él?

La magia dentro del amuleto se agitó. Rozó mi palma, acariciándome. Se filtró en mi piel y se enredó con mis huesos y músculos. Avanzó centímetro a centímetro, reclamando el aire, el agua, la sangre dentro de mí.

Y lo permití.

Dejé que la magia me reclamara.

Porque se sentía bien. Porque me hacía poderoso. Fuerte. Imparable.

Oscuro.

Malvado.

Loco.

Arrojé el amuleto al suelo y retrocedí.

Tenían razón. Mi madre y Luana habían tenido razón. La magia oscura dentro del amuleto, la magia oscura de mi padre, me estaba envenenando, robándome mis pensamientos y controlando mis acciones.

Había insultado a mi madre, me había enfadado con Farrah y Wyatt, y le había dicho cosas horribles a Luana. La dejé salir de mi vida como si no importara. Cuando en realidad, era lo único que importaba. Era mi compañera, el amor de mi vida, y había estado tan ciego, tan ebrio, tan empapado de magia oscura, que no tenía control sobre lo que hacía o dejaba de hacer.

Había dejado que el amuleto maldito me consumiera, alimentándome con ilusiones sobre ser un señor brujo y tener poder infinito.

Confieso que había deseado el título. Al principio había vacilado, confundido sobre lo que significaba. Incluso le había dicho a Zell que con gusto pasaría el título a alguien más, para no volverme malvado. Lo habría hecho si hubiera llegado a eso, pero eso no significaba que estaría feliz al respecto, que fuera lo que yo quería.

Para alguien que no había tenido ninguna dirección en la vida durante tanto tiempo, de

repente descubrir que podía ser más... era deslumbrante. Seductor. La magia oscura en el amuleto sabía que esa era una de mis debilidades. Se alimentaba de ella. Prosperaba.

Me envenenaba.

No más.

No dejaría que me envenenara y me usara.

Canalicé mi poder, llenando mis venas con mi magia. Este maldito juego se acabó. Nunca fue mi intención matar a mi padre, pero si necesitaba destruir este amuleto para recuperar mi mente, para recuperar mi vida, lo haría.

Incluso antes de que lo atacara, el amuleto comenzó a temblar, como si estuviera estallando desde el interior.

Apenas tuve tiempo de reaccionar cuando una sombra oscura estalló desde el amuleto. La sombra giró una vez, dos veces, y luego tomó forma de una silueta humana.

Con la boca abierta, observé cómo Soren tomaba forma: su largo cabello suelto, sus túnicas en harapos, pero su espalda recta y su barbilla en alto. A pesar de parecer como antes, no estaba completo. Su piel brillaba negra, como si estuviera hecho de sombra y humo, y sus ojos tenían un tono grisáceo.

De alguna manera, Soren encontró suficiente poder para proyectar una sombra de sí mismo fuera del amuleto.

—Hijo mío —comenzó, su voz ronca, como si no hubiera sido usada en mucho tiempo—. ¿Creíste que sería tan fácil deshacerte de mí?

Me forcé a cerrar la boca.

—Este no eres tú.

—Por supuesto que soy yo. —Hizo un gesto hacia su cuerpo fantasmal—. Tú me hiciste así.

—Yo...

Caminó hacia mí.

—Keeran...

Retrocedí y levanté la mano.

—Aléjate. —En el shock de verlo escapar del amuleto, había soltado mi magia, pero la agarré de nuevo.

Soren se detuvo.

—He visto lo que te hicieron, Keeran.

Fruncí el ceño.

—¿Quiénes?

—Tu madre y tu compañera. Esas mujeres no están de tu lado, hijo mío. —Negó con la cabeza, su rostro brillando—. Quieren tu poder; quieren mi poder. No puedes dejar que lo tengan. —Su sombra flotó más cerca de mí—. Tienes que destruirlas. Tienes que matarlas.

—No —susurré.

—No te merecen. Nadie te merece —continuó—. Eres como yo. Poderoso, fuerte, inquebrantable. Puedes reinar sobre el mundo. Puedes ser el señor brujo que siempre quisiste ser.

Miré fijamente la sombra, impactado por sus palabras. Mi padre no me diría nada de eso. Él quería ser el señor brujo más poderoso jamás nacido. Preferiría morir antes que dejarme tener el título.

No, esta no era la sombra de Soren.

Era la magia oscura.

La magia oscura había creado una ilusión, y a pesar de no tener el amuleto conmigo ahora, todavía estaba tratando de manipularme, de usarme. De consumirme.

La magia oscura lo había hecho todo. Se había infiltrado en mi mente, había alterado mis pensamientos y sentimientos, y me había vuelto colérico, desagradable y simplemente cruel.

Malvado.

Había sido malvado.

Jadeé como si me hubieran asestado un golpe en el estómago. Había alejado a todos. Había sido horrible con Luana. Le había dicho cosas que nunca quise decir.

No te amo. No te deseo.

Eso había sido la oscuridad hablando, no yo. Todavía amaba y deseaba a Luana, y siempre lo haría.

—Ponte el amuleto de nuevo —dijo la sombra—. Póntelo de nuevo y déjame ayudarte. Matémoslos juntos. Matémoslos a todos.

Como si mi cabeza estuviera despejada por primera vez en meses, me di cuenta de lo que tenía que hacer.

Invoqué mi poder y me concentré.

Entonces, liberé a Soren del amuleto.

La sombra se desvaneció en el aire, mientras Soren, de carne y hueso y aún lleno de oscuridad, apareció frente a mí. Sus ojos negros y sombríos miraron alrededor, perdidos. Su cuerpo se balanceaba, demasiado débil. La oscuridad también había jugado con él, alimentándose de él mientras me manipulaba a mí.

Ambos habíamos sido controlados y abusados por ella.

Ya no más.

Soren parpadeó, su mirada finalmente fijándose en mí. —¿Keeran? —preguntó, con la voz ronca por falta de uso.

Por un momento, me sentí como un cobarde. Él no tenía forma de luchar contra mí, y sin embargo, si no lo hacía ahora, nunca lo haría.

—Lo siento —susurré.

Envié mi magia hacia mi padre. La empujé dentro de él. Tan rápido como pude, busqué la fuente.

Los ojos de Soren se abrieron de par en par. —Keeran, ¿qué estás haciendo?

A diferencia de otros brujos, Soren tenía muchas pequeñas fuentes ocultas dentro de sí mismo. Las busqué y las agarré una por una. Cuando estuve seguro de que no quedaba nada dentro de él, tiré.

—¡No! —exclamó Soren con voz áspera mientras abría sus manos y llamaba a su poder. Intentó canalizarlo, comandarlo, pero estaba demasiado débil para sostenerlo—. ¡Es mía! ¡Es mi magia!

—Lo sé, pero no puedo dejarte tenerla —cerré los puños y tiré.

A pesar de su estado debilitado, Soren opuso resistencia. Resistió, apretó los dientes, intentó tomar la magia y lanzarla como un arma contra mí. Pero no funcionó. En este momento, yo tenía la ventaja.

En este momento, estaba ganando.

Con un último esfuerzo, tiré y la magia salió disparada de él.

Los ojos de Soren se vidriaron, su piel se volvió gris, su boca se abrió y su cuerpo se volvió flácido.

Su magia flotó hacia mí, una larga serpiente oscura arremolinándose alrededor de un rastro rojo mucho más delgado y pequeño. La oscuridad cubriendo su verdadera magia. No queriendo ser contaminado por la magia negra, cerré mis manos, como si agarrara las dos magias por la

cola, y abrí mis brazos ampliamente, separándolas. La serpiente oscura luchó contra mí, tratando de aferrarse a la roja, pero yo estaba en control ahora. No podía resistirme.

Entonces, abrí mi mano y la dejé ir. El resto de la magia oscura, la maldad, se desvaneció como humo en el aire nocturno, mientras que la roja se filtró en mí. Había absorbido con éxito la magia de mi padre.

—Está hecho —susurré para mí mismo—. He ganado.

A pesar del nuevo impulso en mi poder, no me sentía victorioso. Me sentía como una mierda. Después de encarcelarlo dentro de un amuleto, había robado su magia y convertido a mi padre en la figura catatónica que estaba frente a mí.

Sus recuerdos destellaron en mi mente, dándome dolor de cabeza. Gimiendo, me incliné hacia adelante, luchando contra ello. Apostaba a que mi madre no sabía sobre este efecto secundario.

Inhalé profundamente, tratando de controlar mis pensamientos, ralentizarlos. Maldita sea, esto tomaría tiempo para acostumbrarse.

Lo único bueno de todo esto era que el amuleto y la oscuridad se habían ido. Ahora, tenía un largo camino por recorrer. Suplicaría el perdón de Luana y los demás.

Solo esperaba que estuvieran dispuestos a escucharme. Mierda, esperaba que me permitieran volver a Unity.

Determinado a reconciliarme con ellos de cualquier manera que pudiera, agarré los hombros de mi padre y arrastré su cuerpo apenas caminante de vuelta a Unity.

LUANA



BRILLANDO BAJO EL SOL PONIENTE, LA FORTALEZA GRIS OSCURA DESTACABA COMO UN PULGAR dolorido contra la montaña verde. A pesar de ello, era impresionante con sus altas torres, balcones redondos y enredaderas oscuras entrelazadas a través de la piedra, pareciendo parte de la estructura de soporte.

—Es hermosa —dije.

Farrah volvió sus brillantes ojos azules hacia mí.

—¿Te refieres a que es hermosa de una manera siniestra y espeluznante, verdad?

Me encogí de hombros.

—No iba a decirlo...

—Pero lo es —volvió su mirada hacia la fortaleza en la distancia—. La daga estará en el primer piso, en un área con varios artefactos y otros objetos valiosos —se recogió el cabello plateado y lo ató en una coleta, revelando sus orejas ligeramente puntiagudas—. El interior de la fortaleza no está muy vigilado, pero el exterior sí. Si queremos evitar peleas, tendremos que encontrar una manera de colarnos dentro.

Fruncí el ceño.

—Dijiste que conocías bien este lugar.

—Lo conozco —murmuró. Me pregunté por qué, pero una vez más no la presioné por respuestas—. Tengo un plan para eso.

—¿Y una vez dentro? —preguntó Wyatt. Había estado callado durante la mayor parte de nuestro viaje. Ahora, sin embargo, parecía listo para cualquier cosa.

—Necesitamos evitar las patrullas, pero aparte de eso, debería ser fácil.

—¿Qué hay del príncipe? —pregunté. Farrah nos había dicho que un príncipe fae reinaba sobre la fortaleza.

—Probablemente estará en el salón principal, fingiendo que todavía está en su corte, comandando a sus súbditos —dijo. Por el tono de su voz, deduje que no le caía muy bien este príncipe.

—Dijiste que no es un fae de hielo, ¿verdad? —preguntó Wyatt.

—No —Farrah negó con la cabeza—. Es mucho peor.

No me gustó cómo sonaba eso, pero ella no me dio tiempo de preguntar más mientras avanzaba, y Wyatt y yo tuvimos que apresurarnos para seguirla.

Habíamos estado en el camino desde el día anterior, viajando desde Unity. Habíamos utilizado nuestra táctica habitual: caminar hasta la carretera más cercana, robar un coche y llevarlo tan lejos como pudiera. Luego, lo abandonamos al lado de la carretera y entramos de nuevo en el bosque. Teníamos que idear una mejor forma de viajar. ¿No era Almae una poderosa

bruja? ¿No podía conjurar portales para nosotros? ¿O teletransportarnos? Eso ciertamente nos ahorraría tiempo.

Mientras subíamos la montaña, cuidadosos con las posibles patrullas y trampas, mi mente se disparó de nuevo. Había intentado mantenerme ocupada desde que me alejé de Keeran ayer. Wyatt, Farrah y yo nos habíamos embarcado en esta loca misión de robar la daga al príncipe fae, pero mis pensamientos sobre Keeran eclipsaban todo lo demás. Cada vez que tenía un segundo para respirar, él volvía a la primera fila.

Dolía. Romper con Keeran, tener que alejarme de él... dolía más que mil golpes y mordidas.

Desafortunadamente, el mundo no se detendría para que pudiera curar mi corazón roto. La amenaza de Isalia aún pendía sobre nuestras cabezas, ella todavía tenía control sobre lobos y brujos, y vendría por nosotros pronto.

Teníamos que estar listos.

Yo tenía que estar lista. Tenía que encontrar los siguientes dos objetos. Tenía que recuperar mi magia, reunir a mi manada y derrotarla.

Sin embargo, con cada paso que daba hacia la fortaleza fae, una punzada atravesaba mi corazón, recordándome lo que estaba dejando atrás. A quién había dejado atrás.

No importaba. Había sido la elección de Keeran. Él fue quien abrazó la oscuridad y nos dejó.

Me dejó.

Botas crujieron sobre la hierba seca. Por instinto, agarré los brazos de Farrah y Wyatt y me detuve.

Wyatt me miró, probablemente captándolo con su oído mejorado.

—¿Patrulla? —murmuró Farrah.

Asentí.

Nos agachamos detrás de unos arbustos y esperamos. No pasó ni un minuto cuando cuatro faes vestidos con elaboradas armaduras negras y plateadas y portando largas lanzas con hojas brillantes pasaron marchando junto a nosotros.

Esperé hasta que sus pasos se desvanecieron con el resto de los sonidos de la montaña.

—¿Y ahora qué?

Farrah me ofreció una sonrisa cómplice.

—Ahora nos colamos.

—¿Cómo? —preguntó Wyatt.

—Vengan conmigo —Farrah se puso de pie y caminó tres pasos hacia adelante. Una vez que Wyatt y yo estuvimos a su lado, giró sus manos frente a su cuerpo, invocando su magia.

Sentí el frío del hielo envolviéndome, subiendo desde mis dedos de los pies hasta mi cabeza.

—¿Qué estás haciendo?

—Disfrazándonos —dijo simplemente—. Aunque esto no es mi especialidad, así que no puedo mantenerlo por mucho tiempo. Terminemos con esto rápido.

Avanzó pisando fuerte.

Me miré a mí misma. ¿Nos había disfrazado? ¿De qué? Aparte de la sensación de su fría magia contra mi piel, no veía nada.

—Mira —Wyatt me dio un codazo.

Mi corazón dio un vuelco cuando vi a Farrah caminando directamente hacia la puerta principal, donde dos guerreros fae montaban guardia.

Los guerreros la vieron acercarse y se enderezaron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó uno, con tono cortante.

Farrah se mantenía erguida. Tenía una mano levantada en el aire a su lado, como si

sostuviera algo. Entrecerré los ojos.

La lanza. Fingía sostener una lanza.

Estábamos bajo un glamour para parecer guerreros.

Tiré de los brazos de Wyatt y corrí al lado de Farrah.

—Vuestro turno no ha terminado —dijo el segundo guerrero. Tenía una fea cicatriz que le atravesaba la gruesa ceja oscura.

—Por esta noche, sí —respondió ella con voz firme. No podía oírlo, pero apostaba a que también había cambiado eso—. El otro equipo está listo para salir. —Señaló hacia las puertas—. Podéis ir a confirmarlo. Seguro que al General Auron le encantará que le pregunten de nuevo sobre las rutas y horarios de las patrullas.

Los dos guerreros intercambiaron una mirada preocupada. Con un profundo suspiro, se hicieron a un lado y presionaron sus manos contra un punto más oscuro en el muro de piedra gris. Un humo negro surgió del suelo mientras la puerta negra se elevaba.

Ella gruñó, como si eso fuera suficiente agradecimiento, y entró.

Conteniendo la respiración, la seguí con Wyatt a mi lado.

Farrah no perdió el ritmo mientras cruzaba el patio. Solo dudó cuando miró la entrada principal, luego apresuró sus pasos y dobló una esquina a la izquierda.

Allí, nos guio hacia una puerta de cristal esmerilado y entramos a un largo pasillo.

No pude evitar preguntarme cómo conocía este lugar. Cómo conocía al príncipe fae y por qué no había elegido una forma más diplomática de pedir la daga en lugar de colarse en una fortaleza muy vigilada.

Aunque había mencionado que eran de cortes enemigas. Pero si fuera tan grave, habría dicho algo, ¿no?

Unos débiles pasos llegaron a mis oídos.

—Alguien viene —murmuré.

Farrah señaló una puerta a nuestra derecha. Entramos en la habitación oscura. Con cuidado, espiamos hacia afuera. Una fae femenina, con largo cabello oscuro recogido en un moño apretado en la nuca y vestida con un vestido negro largo pero sencillo, cruzó el pasillo. Llevaba una bandeja de cristal en las manos.

—Hora de un nuevo disfraz —dijo Farrah.

Su magia me hizo cosquillas en la piel, y solo pude imaginar que nos había transformado de guerreros a sirvientes.

Wyatt gruñó.

—¿Llevo un vestido?

Farrah sonrió.

—Eres una adorable fae femenina.

Él puso los ojos en blanco.

Me concentré en escuchar, pero los sonidos eran distantes.

—Creo que esta es nuestra oportunidad.

Farrah tomó la delantera. Tratando de caminar sumisamente como la sirvienta que habíamos visto, Farrah nos guio por el pasillo, pasando una alta escalera, cruzando un gran vestíbulo con piedras gris claro en el suelo y una lámpara de araña de cristal oscuro. Luego, entramos en otro pasillo y Farrah cruzó bajo un gran arco.

—Aquí estamos —dijo.

El lugar me recordaba a una de las salas del Castillo DuMoir, donde se guardaban obras de arte, pinturas y otros artefactos invaluables. Sin embargo, este lugar era más como un pasillo

largo y ancho con varias pinturas y algunas esculturas a lo largo de las paredes.

—¿Dónde está la daga? —pregunté, mirando alrededor.

—Aquí. —Farrah corrió hacia la mitad del largo pasillo y luego señaló la pared de la derecha.

La daga —un arma hermosa con un mango largo y blanco, y una hoja curva y oscura— descansaba contra la pared.

Jadeé.

—¿Esta es la daga de toda caza? ¿Estás segura?

—Lo estoy —dijo Farrah.

Con las manos listas, me acerqué a ella. Pero antes de que mis dedos pudieran tocarla, una energía rebotó hacia mí. Gritando por el ardor, retrocedí unos pasos.

—Está protegida.

—Por supuesto que él haría eso. —Farrah gruñó—. Déjame intentarlo.

Farrah canalizó su magia. El aire a nuestro alrededor se enfrió. El hielo trepó por la pared hacia la daga, pero no la alcanzó. El hielo siguió cubriendo la pared, hacia el techo, pero un gran círculo quedó intacto alrededor de la daga, como si su magia o la protección a su alrededor fuera un escudo fuerte y mantuviera el hielo alejado.

Con las manos levantadas y los dedos en forma de garra, Farrah gruñó y empujó más de su magia contra el escudo. Se formó una cúpula de hielo alrededor de la daga, y aun así, Farrah no podía alcanzarla.

Plantó los pies en el suelo y gritó. Más de su magia salió disparada y empujó contra la protección de la daga.

Aparecieron grietas en el hielo.

Luego explotó, enviando varios carámbanos volando hacia nosotros. Levanté ambas manos, protegiendo mi rostro, pero algunos de los carámbanos rozaron mis brazos.

Cuando bajé las manos, Farrah estaba de rodillas, respirando con dificultad y con gotas de sudor en la frente.

Con la mano sangrando por uno de los carámbanos voladores, Wyatt se acercó a ella.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—Estoy bien. Estaré bien. —Me señaló con la barbilla—. Ahora debería estar bien. Ve a buscarla.

Dudé por un momento.

Mi corazón se aceleró mientras me abalanzaba hacia la pared y agarraba la daga sin esfuerzo de sus ganchos. Era ligera como una pluma, y su magia hacía cosquillas en mi piel. La sujeté con fuerza, de repente ansiosa y aliviada, como si hubiera logrado la más difícil de todas las tareas.

Como si estuviera un paso más cerca de mi destino.

Le sonreí a Farrah.

—Gracias.

Sujetando a Wyatt, Farrah se puso de pie y negó con la cabeza.

—No me lo agradezcas todavía. Aún tenemos que salir de aquí.

Wyatt y yo nos quedamos paralizados cuando el sonido resonó en nuestros oídos.

Unos pasos se acercaban hacia nosotros.

—Tenemos que darnos prisa —urgí.

Wyatt miró alrededor.

—No hay otra salida.

Farrah frunció el ceño.

—¿Qué está pasando?

Los pasos se acercaban cada vez más.

—No hay tiempo —susurré.

—Mierda —murmuró Wyatt cuando más de una docena de guerreros fae irrumpieron en la habitación.

Nos rodearon y apuntaron sus brillantes espadas hacia nuestros pechos.

No lo pensé y simplemente comencé a transformarme.

Farrah me agarró del brazo.

—Ni te molestes —susurró, solo para nuestros oídos de lobo—. Hay catorce aquí, pero hay muchos más fuera de esta habitación. Además, este tipo de fae son poderosos. No podemos luchar contra todos y ganar.

¿Qué estaba sugiriendo? ¿Que nos rindiéramos? ¿Entregarnos así sin más?

¿Y a qué se refería con este tipo de fae? Había dicho que eran enemigos, así que probablemente eran de cortes diferentes, pero ¿cuál? Eran diferentes a ella. Sus ojos eran de varios tonos de marrón, su piel era más oscura y su cabello era negro azabache. Pero aparte de la apariencia, no tenía idea de a qué se refería.

Un fae masculino alto salió del grupo de guerreros, su movimiento afilado y definido. Su armadura era diferente, con hombreras más puntiagudas y detalles en plata. En lugar de llevar una lanza como los demás, tenía una espada larga colgando de su cadera.

Se detuvo frente a nosotros y miró fijamente a Farrah. Contradiciendo todo lo que esperaba de él, la boca del fae se curvó en una sonrisa.

—Bienvenida, Lady Farrah.

KEERAN



ERA TARDE CUANDO REGRESÉ A UNITY Y ME DIRIGÍ HACIA LA CABAÑA QUE LUANA Y YO compartíamos. Me preguntaba si me dejaría entrar.

Temiendo enfrentarla y ser rechazado, tiré del brazo de Soren y me desvié hacia la casa de mi madre, como un maldito cobarde. Las luces brillaban a través de los paneles de las ventanas, lo que significaba que estaba en casa y despierta.

Me detuve ante la puerta y miré a mi padre zombi. ¿Cómo reaccionaría ella si lo viera así? Sería mejor que la preparara primero, así que empujé a mi padre hacia un lado de la puerta, bajo las sombras, donde ella no lo vería si no salía.

Tomando una respiración profunda, llamé a la puerta.

La puerta se abrió de golpe un momento después, y mi madre me miró con incredulidad escrita en todo su rostro.

—¿Keeran? Pero... ¿cómo? —Dio un paso atrás, como si yo pudiera ser una ilusión, un fantasma que volvía para atormentarla—. Luana fue a buscarte. Luego, volvió llorando, diciendo que te habías ido, que no volverías.

Un suspiro escapó de mis labios.

—Tengo mucho por lo que disculparme.

Mi madre entrecerró los ojos.

—¿Qué... estás bien? Keeran, ¿has vuelto?

Asentí.

—Soy yo de nuevo, madre. No más maldad ni oscuridad dentro de mí.

Ella dejó escapar un grito de alivio y envolvió sus brazos alrededor de mis hombros, abrazándome con fuerza.

—Me alegro tanto de que hayas vuelto, Keeran —De repente, se apartó y miró hacia mi cuello—. Pero... ¿dónde está el collar? ¿Qué pasó?

Me encogí de hombros.

—No tengo idea de dónde está el collar. Todo lo que puedo decir es que ahora es inútil —Alcancé el costado y tomé el brazo de Soren. Lo jalé hasta que estuvo de pie justo a mi lado—. Él escapó del amuleto y yo robé su magia.

Con una mano cubriendo su boca abierta, mi madre miró fijamente a Soren, el hombre que una vez amó. No podía imaginar lo difícil que era para ella verlo así. Un cascaron de hombre, un zombi, un cadáver ambulante. Si a mí me disgustaba conmigo mismo y me entristecía, solo podía imaginar cómo se sentía ella.

Mi madre se acercó a Soren y colocó una mano temblorosa en su rostro.

—Oh, Soren. Lo siento tanto. Lo siento tanto por todo —Un sollozo subió por su garganta—.

Si tan solo no te hubieras sumergido tan profundo en la oscuridad, si tan solo no hubieras dejado que el mal te dominara... —Retrocedió un paso y tomó una respiración profunda, cortando las lágrimas antes de que incluso comenzaran—. Tenía que hacerse. De alguna manera, lo salvaste, Keeran. Y ahora estás libre de su oscuridad. Al final, eso es todo lo que importa.

Yo lo sabía. Sabía que tenía que hacerse, que tenía que ganar de alguna manera, pero aun así me hacía sentir triste. No amaba a mi padre —apenas lo había conocido—, pero seguía siendo mi maldito padre. Dolía de todos modos.

—¿Qué vamos a hacer con él ahora? —pregunté.

Mi madre chasqueó los dedos y una chispa blanca explotó de ellos. La chispa flotó a mi alrededor y viajó colina abajo.

—La sanadora vendrá a llevárselo en un minuto.

—¿La sanadora? ¿Crees que puede salvarse de este estado?

Ella negó con la cabeza.

—No. Esto es permanente, pero nunca conocí a alguien afectado por este hechizo antes. Como aún está vivo, deberíamos asegurarnos de que esté bien, en cuanto a su salud. La sanadora nos hará saber si algo no está bien —Miró a Soren por un segundo—. Luego le encontraremos un hogar y lo cuidaremos.

—Estoy aquí —dijo la sanadora detrás de mí. ¿Acababa de aparecer allí? ¿Podía hacer eso? —. ¿Cuál es el problema?

Mi madre le explicó a la bruja sanadora quién era el hombre zombi, lo que había sucedido y lo que debería hacer con él. Después de asentir en acuerdo, la sanadora colocó su mano bajo los brazos de mi padre y lo guió lejos.

Mi madre me ofreció una sonrisa forzada.

—Debes tener hambre. Entra. Te prepararé algo de comer.

Negué con la cabeza.

—Es tarde, y preferiría hablar con Luana ahora. Cuanto antes empiece a suplicar, más pronto me aceptará de vuelta.

El rostro de mi madre decayó.

—Oh.

Me quedé inmóvil.

—¿Qué pasó?

—Luana se fue hace unas horas —dijo mi madre—. Se fue con Wyatt y Farrah a buscar la daga.

—Mierda —murmuré—. ¿Tienes alguna idea de adónde fueron?

Mi madre inclinó la cabeza.

—Keeran, Luana estaba realmente molesta. Estaba devastada, de hecho. Ir a esta misión era su forma de lidiar con ello. Si vas tras ella, probablemente solo la molestarás. Eso podría poner en peligro la misión.

Maldita sea. No había pensado en eso. Mi madre tenía razón, por supuesto. No conocía su plan; podría poner a todos en riesgo, lo que haría que Luana me odiara más.

Pero quedarse aquí y esperar sería difícil. Odiaba saber que ella estaba allí fuera, yendo a una misión peligrosa sin mí. Farrah y Wyatt eran fuertes, y sabía que mantendrían a Luana a salvo, pero mi corazón no quería calmarse tan fácilmente.

—No me siento bien dejándola ir así —murmuré.

—Keeran, este lugar al que van está a un día de aquí —dijo mi madre—. Nunca los alcanzarás.

—¿Qué hago, entonces? —pregunté, sintiéndome como un cachorro perdido.

—Entra y cena conmigo —Mi madre retrocedió, dándome espacio para entrar en su casa—. Tenemos mucho de qué hablar.

Sin duda lo hicimos. Tuve que disculparme de nuevo por haber sido un imbécil. La oscuridad del amuleto me había estado afectando antes de que llegáramos a Unity, y ya estaba enfadado y confundido, prácticamente perdido cuando la conocí. Había sido un idiota desde el principio.

Además, ahora yo era el verdadero señor brujo y teníamos que hablar de estrategia. Ahora podía comandar a los brujos y ordenarles que abandonaran a Isalia y se unieran a mi bando, pero eso era solo una teoría. La mayoría probablemente me despreciaría y permanecería al lado de Isalia.

Por otro lado, necesitaba pasar el tiempo de alguna manera. Quedarme solo en mi cabaña mientras Luana estaba fuera solo me pondría más agitado y preocupado.

—Vale —murmuré antes de cruzar la puerta principal—. Pero más te vale prepararme algo delicioso.

Mi madre me sonrió.

—Será divino.

LUANA



El varón fae y los catorce guerreros nos escoltaron hasta el salón principal. Piedra oscura y lisa cubría los suelos, pilares blancos casi plateados adornaban las paredes desnudas, curvándose varios metros sobre nuestras cabezas y encontrándose en el centro, donde colgaban arañas de cristal oscuro. Al final de la sala, un estrado de piedra negra cubría el espacio, y un trono negro reposaba solitario. Sombras se estremecían detrás del trono; me pregunté si era una ilusión o un truco de magia.

El príncipe fae estaba sentado en el trono, con una pierna sobre el grueso reposabrazos y la cabeza echada hacia atrás. En el momento en que entramos, se enderezó y una enorme sonrisa se apoderó de su rostro.

Cabello negro largo, piel oscura y suave, cejas espesas y ángulos afilados, tenía un rostro bastante hermoso. La corona negra sobre su cabeza y el traje negro con una gruesa capa bordada con detalles plateados añadían a su carácter. Cuando se puso de pie, me di cuenta de que era alto. A pesar de eso, parecía joven. Pero tenía que ser cautelosa. Los fae no envejecían como nosotros.

—Bienvenidos a la Fortaleza de las Sombras —dijo, abriendo los brazos—. Esto sí que es una sorpresa.

Nos escoltaron hasta que estuvimos a tres metros del estrado. Entonces, los guerreros se desplegaron, formando un semicírculo a nuestro alrededor, con sus lanzas apuntándonos.

—Los he atrapado robando esto —dijo el fae que nos había escoltado hasta aquí. Hizo un gesto hacia la daga de toda caza, que descansaba en sus manos.

—Gracias, General Auron. —El príncipe fae volvió su sonrisa hacia nosotros—. Querida Lady Farrah, ¿por qué no presentas a tus amigos?

Farrah se quedó inmóvil. Podía escuchar su corazón acelerado y su respiración elaborada. No le agradaba este tipo, pero no lo dejaba notar.

En su lugar, inclinó la cabeza hacia él y relajó los hombros. —Estos son mis amigos, los hombres lobo Luana y Wyatt. —Me miró a mí y luego a Wyatt—. Este es el Príncipe Lark de la Corte de las Sombras.

—Una fae amiga de dos hombres lobo —reflexionó el príncipe—. Me gustaría saber cómo sucedió eso.

—No tenemos tiempo para eso —dijo Farrah, con un tono cortés. Cuidadoso—. Estamos en una misión importante. Esa daga es parte de esa misión. Me encantaría que nos la diera.

El príncipe inclinó la cabeza, como si intentara leer la mente de Farrah. Ella lo miró fijamente, con el corazón latiendo a mil por hora, pero su rostro no traicionaba su nerviosismo.

Dado que esta era mi misión, aclaré mi garganta y dije: —Príncipe Lark, soy la heredera legítima de la manada Luz Estelar. Hace mucho tiempo, mi manada fue atacada por una loba

maligna. Mató a mis padres y lo destruyó todo. Recientemente, encontré a los lobos Luz Estelar restantes, pero no puedo convertirme en su alfa si no recupero mi magia. —Al mismo tiempo que me preguntaba por qué estaba siendo tan honesta, intenté recordarme que él era un gobernante, un líder, al igual que yo se suponía que debía ser. Tal vez mi historia despertaría algo de simpatía en él, y nos dejaría llevarnos la daga sin problemas—. Para recuperar mi magia, necesito tres objetos. Uno de ellos es la daga de toda caza. —Señalé el arma en la mano del General Auron—. Esa daga.

—La manada Luz Estelar —dijo el príncipe. Inclinó la barbilla una vez—. Recuerdo esa manada. Les robé esta daga hace muchos, muchos años. Es un objeto poderoso.

—Lo sé —dije.

—Entonces debes saber que no la entregaré —dijo. Su sonrisa falsa se desvaneció y sus ojos se oscurecieron—. Pregunta a mi gente. —Abrió los brazos, señalando a los guerreros en el salón principal—. No soy el gobernante más misericordioso, pero soy justo. ¿Por qué le daría la daga a una sucia mujer lobo? ¿Tienes algo valioso para intercambiar por la daga?

—¿Q-qué? —Lo miré fijamente, perdida. No había esperado esto.

Primero, no había esperado que nos atraparan en absoluto. A pesar de ser un plan insensato, había esperado entrar a escondidas, robar la daga y salir sigilosamente. Pero ¿cuándo habían sido nuestros planes tan sencillos?

—¿Y bien? —presionó el príncipe.

Me estrujé el cerebro, tratando de pensar en algo valioso que pudiera entregar. Pero no había nada. Apenas me quedaba ropa desgastada, mucho menos algo de valor. —No tengo nada —murmuré, sintiendo que todo se estaba saliendo de control.

—Qué lástima. —El príncipe chasqueó la lengua—. Irrumpieron en mi castillo y robaron una de mis posesiones. —Asintió una vez y los guerreros avanzaron, las puntas de sus lanzas a un centímetro de nuestros cuerpos—. Son criminales y serán tratados como tales.

—Por favor, Príncipe Lark —comenzó Farrah—. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo. Solo denos una oportunidad.

El príncipe bajó del estrado y dio un par de pasos hacia Farrah. —¿Crees que solo porque estoy enamorado de ti y he estado pidiendo tu mano en matrimonio durante años, puedes venir aquí, burlarte de mí y no pagar por ello?

Jadeé. El rostro de Wyatt palideció.

Por la luna, ¿de qué estaba hablando?

—Sé que no tienes ningún uso para esa daga —dijo Farrah—. Solo está desperdiciándose y acumulando polvo en tu pared. ¿Por qué no dejas que nos la llevemos?

El príncipe negó con la cabeza. —General Auron, llévalos al calabozo.

El general levantó la mano y las puntas de las hojas de los guerreros presionaron contra nosotros.

—¡Espera! —Farrah levantó la barbilla, desafiante. Decidida—. Tengo algo valioso que ofrecerte a cambio de la daga.

Las cejas del príncipe se arquearon. —¿Y qué es eso?

—A mí misma —dijo Farrah.

—¿Qué? —ladró Wyatt.

—¡No, Farrah! —grité. Por sus reacciones corporales, sabía cuánto lo odiaba. ¿Cómo podía entregarse a él de esa manera?

—Nos da la daga y nos deja salir de aquí libres e ilesos —dijo Farrah—, y volveré para casarme con usted dentro de tres años.

Una esquina de los labios del príncipe se curvó hacia arriba. —Tres años. Mm, tres años. Eso es un suspiro en nuestras largas vidas. —Le sonrió, con una mueca malévola que me heló los huesos—. Trato hecho.

Extendió su mano hacia ella.

Wyatt la apartó de un manotazo. —Farrah, no. No lo hagas.

—Estoy de acuerdo. Esto es una locura —dije.

—Es la única manera. —Farrah se adelantó y deslizó su mano en la del príncipe, que esperaba.

Un remolino de hielo y sombras nos rodeó durante tres segundos, haciéndome temblar de miedo. Tan rápido como vino, se fue.

—Está hecho —anunció el príncipe, retrocediendo unos pasos. La expresión de suficiencia en su rostro era nauseabunda—. General Auron, por favor, entregue la daga a la señorita Farrah.

Sin ceremonia, el general depositó la daga en la mano de Farrah.

—Gracias —susurró Farrah, apretando la daga con fuerza.

—Un trato es un trato —dijo el príncipe, con un tono más frío que antes—. Si no vuelves en tres años, sufrirás las consecuencias.

Un nudo apareció entre las cejas de Farrah. —Sé muy bien cómo funciona.

El príncipe nos hizo un gesto con la mano como si fuéramos insectos infectando su fortaleza. —Pueden irse ahora.

Los guerreros se movieron, formando un semicírculo con el príncipe detrás de ellos. El general tomó la delantera y nos escoltó fuera del salón principal, con los guerreros y sus lanzas siguiéndonos de cerca.

En un abrir y cerrar de ojos, nos habían echado del castillo, con una daga mágica y un acuerdo de matrimonio.

COMO SI QUISIERA IGUALAR nuestro estado de ánimo, la luna permaneció oculta tras una espesa nube toda la noche, y avanzamos penosamente por el bosque en la oscuridad. Wyatt y yo podíamos ver bien en la oscuridad, pero no estaba tan segura sobre los fae. Sin embargo, Farrah no había pronunciado una palabra desde que dejamos la fortaleza, y por alguna razón, cada vez que estaba callada, sentía que debía respetar eso.

Wyatt, sin embargo, tenía otros pensamientos.

Se detuvo y se plantó frente a Farrah. —¿Cómo pudiste hacer eso?

Ella chocó contra él y se tambaleó hacia atrás. Wyatt la agarró por los codos. Ella se encogió de hombros, liberándose de su agarre. —Es un poderoso príncipe fae. Me habría llevado eventualmente, de una forma u otra. De esta manera, al menos obtuve algo de él.

Se me revolvió el estómago. —No lo entiendo. La daga era para mí. ¿Por qué la compraste con tu vida?

—Pensé que éramos amigas —dijo simplemente.

—Por supuesto que somos amigas, pero nunca jamás te pondría en una situación así. Deberías habernos dicho en qué nos estábamos metiendo.

—¿Por qué no nos dijiste que lo conocías? —preguntó Wyatt, con dolor en sus palabras—. ¿Por qué no nos dijiste que quería casarse contigo?

—Eso no habría cambiado nada —insistió Farrah. Al igual que yo, Wyatt debía haber notado lo asustada y nerviosa que había estado al enfrentarse a Lark. Se había prometido a un hombre al

que odiaba. Un hombre al que temía—. Entramos, hicimos lo que teníamos que hacer, y ahora tenemos la daga. —Me la empujó en los brazos—. Esto te pertenece.

Miré fijamente la daga. —Siento que debería decir gracias, pero estoy realmente molesta por cómo resultaron las cosas.

—De nada. —Farrah esquivó a Wyatt—. Ahora, volvamos a Unity. Todavía tenemos un día completo de viaje, y realmente necesito dormir un poco.

Farrah siguió caminando. Después de soltar un gruñido, Wyatt la siguió.

Yo no me moví, fascinada por la daga de toda caza. Según lo que me habían dicho, esta daga podía usarse para marcar a alguien para la muerte. Si la usaba para marcar a Isalia para la muerte, significaba que ella tendría que morir. Si no lo hacía, entonces la daga me mataría a mí en su lugar.

No sonaba como el mejor trato, pero no creía poder vivir en un mundo donde Isalia fuera una poderosa alfa, que destruía todo a su paso, que había matado a mis padres, y ahora amenazaba con tomar Unity.

Me arrodillé en el suelo. Sostuve con fuerza el mango de la daga en mi mano derecha y coloqué la punta de la hoja en la palma de mi mano izquierda. Arrastré la hoja por mi piel, haciendo una forma de X y pensando en el nombre del ser sobrenatural al que estaba marcando para la muerte.

Isalia.

La daga no me cortó. Las líneas que formaban la X brillaron blancas por un momento, luego desaparecieron. No quedó nada atrás, pero podía sentirlo dentro de mí. La X estaba dentro de mí, contando los días.

Cuánto tiempo tenía hasta que reclamara mi vida en su lugar, nadie lo sabía. No había una regla fija. Podían ser semanas o un año. Una cosa era cierta: cuanto más rápido la matara, más segura estaría yo.

—¿Luana? —llamó Wyatt. Él y Farrah ya estaban bastante adelantados—. ¿Dónde estás?

—¡Ya voy! —Me puse de pie y deslicé la daga en mi cinturón antes de salir corriendo tras mis amigos.

KEERAN



Después de cenar y reconciliarme con mi madre, me dirigí a mi cabaña. No tenía idea de cuándo volvería Luana, pero no podía evitarlo. Me senté en el porche trasero de la cabaña y miré al cielo oscuro. Había desarrollado un cariño por la luna, principalmente por Luana, y odiaba no verla esta noche. Su oscuridad me hacía pensar que Luana estaba sola y perdida en el bosque, necesitando mi ayuda.

Pero ella no vino esa noche. Ni llegó al día siguiente. Me estaba volviendo loco de preocupación, pero mi madre seguía asegurándome que el lugar al que habían ido Luana y los demás estaba lejos de aquí, a más de un día de distancia. Ir allí y volver tomaría al menos tres días.

Para pasar el maldito tiempo, entrenaba con mi madre. Cuando ella estaba ocupada con el pueblo, o bien entrenaba solo, la ayudaba, o revisaba a mi padre. Él seguía igual: un caparazón vacío acostado en la cama de la enfermería, mirando al techo, inmóvil. Si no fuera por el lento subir y bajar de su pecho, creería que estaba muerto.

Me entristecía verlo así.

Pero la tristeza fue reemplazada por el asco. Los fragmentos de sus recuerdos seguían asaltándome: las brujas que torturó, los brujos que abusó, los inocentes que mató. Era un milagro que no me acurrucara en un rincón y enloqueciera. Tan loco como él había estado.

Por la noche, cuando mi madre dormía, todo lo que podía hacer era sentarme en el porche trasero y esperar. Las dos noches anteriores, terminé quedándome dormido allí, en los escalones del porche; había una razón por la que mi espalda había estado doliendo tanto.

Finalmente, a mitad de la tercera noche, escuché llegar a Luana. Pensé que habría venido por el patio trasero, como solía hacer, pero esta vez había entrado a la cabaña por la puerta delantera.

Me levanté de un salto y corrí hacia adentro.

Ella estaba congelada a unos metros de la puerta, mirándome. Probablemente me había oído mucho antes de que yo la oyera a ella.

—Has vuelto y estás bien —dije, aliviado. Estaba tan jodidamente asustado de que estuviera herida, que me estaba volviendo loco.

Ella dio un paso atrás. —¿Qué estás haciendo aquí?

Me pasé una mano por el pelo. —Luana...

Ella retrocedió aún más. —No me vengas con Luana. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Su voz se elevó.

Mierda. Sabía que la había lastimado, sabía que me odiaba, pero verlo todo sin la bruma de la magia del amuleto me rompió el corazón. Yo le había hecho esto. Había sido un imbécil. Le había destrozado el corazón.

Las simples palabras no lo arreglarían, pero era todo lo que tenía ahora mismo.

—Me quité el amuleto —dije, esperando que mi honestidad rompiera algo del muro que ella había levantado justificadamente entre nosotros—. Soren salió de él. Le robé su magia. Está en la enfermería ahora mismo, siendo atendido por el sanador. Es un caparazón, y odio verlo así, pero está hecho. El amuleto se ha ido, y su oscuridad me abandonó. Vuelvo a ser yo mismo.

Una profunda arruga marcó su frente. —Como si eso arreglara toda la mierda que me dijiste.

—Lo sé. —Suspiré—. Fui un imbécil y te lastimé, pero tienes que creerme, ese no era yo. Todo lo que te dije fue una mentira. Era la oscuridad hablando. Quería herirte, alejarte.

—Lo logró —espetó.

—Lo sé, y acepto cualquier castigo que quieras infligirme, excepto sacarme de tu vida. —Sentía que estaba perdiendo el control—. Si no digo lo correcto, si no te hago saber cómo me siento, te perderé de una vez por todas. —Siento mucho que la oscuridad te alimentara con mentiras y que las creyeras, pero te juro que realmente eran mentiras. —Las lágrimas me quemaban detrás de los ojos—. No puedo vivir sin ti, Luana.

—¡Basta! —Levantó su dedo índice—. Solo... basta.

—Por favor, solo escúchame. —Conteniendo la respiración, di un paso más cerca de ella. No se movió—. Eres mi pareja, Luana. Por favor, escúchame.

Ella gimió. —No debería habértelo dicho.

—Me alegro de que lo hicieras, y honestamente, creo que lo habría descubierto por mi cuenta si no me lo hubieras dicho. Porque estamos bien juntos, Luana, lo sabes. Eres mi otra mitad. Mi corazón y mi alma. Mi alma gemela.

—Por favor, Keeran, no. —Sacudió la cabeza—. Me lastimaste. Realmente me lastimaste.

Debería haberme preparado mejor. Debería haberle escrito una carta, encendido miles de velas alrededor de la cabaña, esparcido pétalos de rosa en el suelo, preparado una agradable cena romántica y un baño de burbujas caliente. Cualquier cosa. Todas esas cosas. Más. Ella merecía mucho más que este estúpido brujo.

—No era yo. —Di otro paso hacia ella—. Realmente no era yo. En mi sano juicio, nunca te diría esas cosas. —Alcancé sus manos y las envolví con las mías—. Te amo, Luana. —Ella se echó hacia atrás, pero yo me aferré con fuerza—. Te amo más que a nada en este mundo. —La atraje hacia mí—. Por favor, perdóname. Dame otra oportunidad. —Ella se resistió—. Si quieres, me pondré de rodillas y te suplicaré. —Empecé a arrodillarme, totalmente en serio. Por ella, besaría el suelo que pisaba, incluso lo lamería.

Pero ella me detuvo. Se aferró a mis manos y me levantó. —Es... suficiente —susurró—. Es suficiente.

La miré fijamente. —¿Me perdonas?

Ella me miró por un largo tiempo. —Dilo una vez más.

—¿Qué? Diré cualquier cosa por ti, solo dime qué.

—Que me amas.

Eso era tan jodidamente fácil. La rodeé con mis brazos y fijé mis ojos en los suyos. —Te amo, Luana, más que a la vida misma.

Lentamente, me incliné hacia ella. Para mi alivio, no se echó atrás. Incluso jadeó cuando rocé sus labios con los míos, apenas rozándolos. Sin embargo, no podía ser lento y suave con Luana. Solo ella podía despertar en mí tal lujuria y hambre... por ella.

Cubrí su boca con la mía y la besé con todo lo que tenía. Se derritió en mis brazos, su cuerpo presionándose contra el mío.

El deseo me recorrió hasta lo más profundo. Un gemido comenzó en mi pecho mientras

rompía el beso y la levantaba en mis brazos.

La observé, mis ojos clavados en los suyos, mientras la llevaba al dormitorio. Sin dejar de mirarla, la deposité en la cama. No avancé ni retrocedí. Tenía demasiado miedo de moverme y ser rechazado.

Lo único que hice fue chasquear los dedos para encender una lámpara lateral y poder ver mejor a la diosa en mi cama.

Mi pecho se contrajo ante el intenso brillo en los ojos de Luana.

Entonces, para mi alivio, ella agarró el cuello de mi camisa y me atrajo hacia sí. Mi cuerpo cubrió el suyo, pero aún no me atrevía a besarla de nuevo.

—Yo también te amo —susurró. Alcanzó el borde de mi camisa y tiró de ella hacia arriba—. Hazme el amor —su voz era sensual, necesitada.

Gemí. Santa madre...

Me quité la camisa y los pantalones, y me dediqué a quitarle la ropa a ella también. Luana tenía una sonrisa satisfecha cuando me tendí sobre ella de nuevo, piel contra piel, como me gustaba.

Ella enganchó sus brazos alrededor de mi cuello y sus piernas alrededor de mi cintura, alineando sus caderas perfectamente con mi erección. Bajé la cabeza hacia su garganta, perdido en el calor del deseo, la agonía anhelante y el amor.

Lentamente, me deslicé dentro de ella, arrancándole un jadeo entrecortado. Los sonidos que hacía... mi sangre se calentó aún más.

—Esto —susurré contra su oído. Comencé a moverme de nuevo, lentamente, agonizante, pero delicioso al mismo tiempo—. Esto es el paraíso.

—Lo sé —alcanzó mi trasero y lo agarró con sus manos, atrayéndome con más fuerza hacia ella. Gemí de nuevo—. Lo sé muy bien.

Estaba perdido en el deseo, pero nunca me había sentido más completo.

Sin importar lo que pasara, sin importar adónde fuéramos, sin importar a qué adversarios nos enfrentáramos, Luana siempre sería mi puerto seguro.

Mi hogar.

LUANA



A LA MAÑANA SIGUIENTE, NO QUERÍA SALIR DE LA CAMA. PARECÍA IRREAL QUE TODO ESTUVIERA yendo tan bien. Habíamos encontrado el segundo objeto y Keeran se había deshecho del amuleto. Nos habíamos reconciliado y habíamos hecho el amor toda la noche.

El único inconveniente era que ahora Farrah estaba prometida a un príncipe fae que probablemente podría igualar a Soren en su maldad. Le había preguntado más sobre él durante nuestro viaje de regreso, pero todo lo que dijo fue que había sido encerrado aquí en la Tierra, de la misma manera que ella, su hermano y su gente, y que no era un buen hombre.

No me sentía muy bien con esta unión. Lo único que me mantenía cuerda al respecto, sin embargo, era el hecho de que teníamos otros tres años para encontrar una manera de deshacer este trato.

Ahora mismo, teníamos otros problemas que resolver.

Finalmente me levanté de la cama y fui con Keeran a desayunar a casa de Almae. Como era de esperar, Wyatt y Farrah ya estaban allí, pero ambos parecían estar de peor humor. Los dos adolescentes estaban sentados en los extremos de la mesa, lo más lejos posible el uno del otro, con los brazos cruzados y haciendo pucheros.

En la cocina, Almae me entregó dos jarras, una con té helado y la otra con jugo de naranja. —Pon estas en la mesa, por favor —se acercó más—. Y habla de algo, cualquier cosa, antes de que esos dos congelen toda la casa.

Casi me río de su broma. Sin embargo, Farrah probablemente estaba controlando su temperamento para no congelar realmente la casa.

Tomé un lugar en la mesa y comencé a repartir fruta, tostadas y bebidas, mientras trataba de pensar en un tema del que hablar.

Farrah fue más rápida, sin embargo. —Ya tenemos dos objetos. ¿Alguna idea de dónde podría estar el tercero?

Reprimí un respingo. No es que no quisiera discutir nuestro plan de juego, pero los últimos tres días habían sido intensos. Habíamos logrado una victoria, pero también una derrota. Había estado evitando hablar de la daga desde que había sido el catalizador del ambiente en la mesa.

—Mientras no esté con otro príncipe fae —murmuró Wyatt.

Negué con la cabeza. —No lo sé. Supongo que tendremos que investigar de nuevo.

Almae se sentó a la mesa y colocó un plato lleno de panqueques recién hechos en el centro. —La corona de todas las ramas. Todo lo que se me ocurre es que está escondida en un bosque. Tal vez un bosque especial.

—En realidad —comenzó Keeran. Sentado a mi lado, tomó casualmente dos panqueques y los puso en su plato—. Creo que sé dónde está.

Todos lo miramos fijamente.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mientras la curiosidad me carcomía por dentro.

—Cuando absorbí los poderes de mi padre, también tomé algunos de sus recuerdos —se estremeció. Por la luna, solo podía imaginar lo terribles que eran la mayoría de esos recuerdos—. Él se tropezó con la corona antes, pero no le dio mucha importancia.

Mi corazón se aceleró. —¿Dónde está?

—En las ruinas del antiguo palacio, donde solías vivir —dijo—. Soren fue allí una vez. Vio la corona enredada entre enredaderas y muebles rotos, pero pensó que era parte de la vegetación. Sintió poder a su alrededor, pero no pudo identificarlo con la corona, así que la dejó allí.

Se me cortó la respiración. —¿Me estás diciendo que la corona ha estado desperdiciándose en el viejo palacio todo este tiempo? ¿Nadie la encontró?

Se encogió de hombros. —Eso fue hace años. Alguien podría haberla encontrado después, pero creo que deberíamos ir a comprobarlo.

Me puse de pie de un salto. —Estoy lista.

Keeran me agarró de la muñeca y me hizo bajar. —La corona ha estado allí durante años. Unos minutos para terminar tu desayuno y vestirte adecuadamente no harán mucha diferencia.

Crucé los brazos, sintiendo que mi temperamento aumentaba. —Es fácil para ti decirlo.

—Tiene razón —dijo Almae, con voz tranquilizadora—. Come algo al menos. Quién sabe qué desafíos encontrarás al recuperar este objeto. Necesitarás tus fuerzas.

—Está bien —espeté. Sabía que estaba actuando como una niña de trece años, pero no podía evitarlo. ¡Sabíamos dónde estaba la corona! Quería ir tras ella ahora.

Keeran me guiñó un ojo.

Quería golpearlo. Odiaba a este nuevo Keeran.

En realidad no. Solo estaba molesta porque él era el sensato en este momento.

—Genial —Almae sonrió—. Podemos disfrutar todos de un buen desayuno antes de partir. Otra vez.

KEERAN FUE nuestro guía para el viaje. Utilizó los recuerdos fragmentados de Soren para llevarnos a mi primer hogar, un lugar que no recordaba. Supuestamente estaba cerca de la manada del Valle Oscuro, pero oculto y protegido.

Como nos tomó más de un día llegar al Valle Oscuro, salimos de las montañas, tomamos prestado un coche y fuimos tan lejos como pudimos con él. Una vez que no tuvimos más opción que volver al bosque a pie, abandonamos el coche a un lado de la carretera, esperando que lo encontraran y lo devolvieran a su dueño, y seguimos adelante.

Aquí, las nubes viajaban por el cielo, cubriendo la luna con frecuencia. Desde que empezamos a subir por el bosque, Keeran hechizó unas ramas con llamas frías en sus puntas, y las usamos como antorchas. Puede que Wyatt y yo no necesitáramos la luz para ver en la oscuridad, pero Keeran y Farrah sí.

Pasaban de las cuatro de la madrugada cuando finalmente llegamos al territorio del Valle Oscuro.

Me detuve en un sendero que conocía bien y me volví hacia Keeran.

—¿Hacia dónde ahora?

Él señaló hacia nuestra izquierda, fuera del camino.

—Unas pocas millas más en esta dirección.

Maldije por lo bajo.

¿Unas pocas millas más? Sería de mañana cuando llegáramos, y no habríamos dormido en más de veinticuatro horas, y eso después de una caminata de tres días para recuperar la daga. Si nos encontrábamos con enemigos o trampas, estaríamos demasiado cansados para luchar.

Continuamos la marcha.

Intenté mantener mi anticipación, emoción y nerviosismo para mí misma. Iba a ver el lugar donde nací, donde mis padres querían criarme, el lugar que se suponía que debía gobernar. ¿Cómo sería? ¿Qué sentiría? Además, me dirigía hacia el último objeto de la lista. Si encontraba la corona y la unía con los otros tres objetos, recuperaría mis poderes.

Sonaba increíble incluso para mis oídos.

Casi dos horas después, cuando los débiles rayos anaranjados del sol empezaban a asomarse en el horizonte, Keeran disminuyó el paso. Apartó unas ramas bajas de los árboles y dijo:

—Os presento el Valle de la Luz Estelar.

Pasé las ramas y me quedé mirando el interminable valle... y la destrucción que se extendía por él. Al principio, me llevó un momento ubicarlo todo, pero había edificios en el valle, y la mayoría tenía techos derrumbados y vegetación trepando por los costados, como si las enredaderas y los árboles no pudieran distinguir entre la piedra que formaba los edificios y el bosque.

El sol se elevó un poco más, cegándome por un segundo.

Una imagen destelló en mi mente.

Un hermoso pueblo hecho de piedra gris y madera oscura. Árboles que crecían junto a los edificios, entrelazando sus ramas alrededor de las esquinas y subiendo por las paredes, convirtiéndose en parte de las estructuras. Hojas verdes, flores púrpuras y azul medianoche plantadas a lo largo de las calles en parterres cuidadosamente recortados.

Y en el centro de todo, el alto y orgulloso palacio. Como el resto del pueblo, estaba hecho de piedra y árboles, pero se extendía hacia arriba, hacia el cielo, como si pudiera alcanzar las estrellas y la luna.

Parpadeé.

Las torres habían desaparecido. Ningún edificio era más alto que los otros entre los escombros ahora.

Mi corazón se hundió un poco.

Farrah se detuvo a mi lado.

—¿Estás bien?

Asentí, sin estar segura de poder explicar lo que había sucedido. ¿Había sido un recuerdo? ¿O era magia, haciéndome ver cómo era el pueblo antes?

No lo sabía.

—Por aquí —Keeran nos hizo señas para que lo siguiéramos por un camino cubierto de hollín y tierra. Si no lo hubiera conocido por los recuerdos de Soren, nunca lo habríamos encontrado.

Nos guió por el sendero hasta que llegamos al borde del pueblo, al borde de la destrucción.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Wyatt.

—No lo sé —susurré. Justo cuando dije esas palabras, otra imagen destelló en mi mente.

El suelo se sacudió con fuerza. Las paredes se agrietaron; las ramas se quebraron. La gente corría, gritando y reuniendo a sus seres queridos. Huyendo.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Farrah, trayéndome de vuelta al presente—. Estás un poco pálida.

—Ver su hogar en este estado debe ser difícil —ofreció Keeran. Como su afirmación era cierta, asentí de nuevo, pero no dije nada—. La última vez que Soren vio la corona, estaba en el palacio.

—El palacio está en medio de todos los escombros —dije—. En el centro del pueblo.

Keeran entrecerró los ojos hacia mí.

—¿Lo recordaste?

Miré fijamente la estrecha calle frente a nosotros. Con todas las casas derrumbadas, los árboles caídos y la vegetación desbordada, no sería fácil llegar al palacio.

—No creo que se pueda llamar así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wyatt.

—Vamos ya —dije, caminando hacia adelante. Quería conseguir la corona e irnos. Estar aquí, viendo estas imágenes, estaba jugando con mi mente.

Keeran me agarró del brazo.

—Tenemos que tener cuidado. Un paso en falso y los restos de estos edificios podrían caernos encima.

Desenredé suavemente sus dedos de alrededor de mi brazo.

—Tendré cuidado.

Si estaba molesto por mi repentina frialdad, no lo demostró. Me alegré de que no insistiera, porque honestamente, ni siquiera yo estaba segura de lo que me pasaba en ese momento. Había demasiadas emociones arremolinándose dentro de mí, y no podía darles sentido a todas, mucho menos a todas juntas.

Así que las aparté todas y marché adelante.

Keeran, Wyatt y Farrah me seguían de cerca. Un par de veces, rodaron algunas piedras, las paredes se desmoronaron y las ramas se doblaron. Estaba segura de que no saldríamos de este lugar sin una o dos heridas.

Se me revolvió el estómago al darme cuenta de que probablemente la parte más difícil estaba por venir. Si había trampas alrededor de la corona, podrían haber sido desplegadas hace mucho tiempo. O no estar correctamente alineadas.

Me imaginé cien flechas atravesando un estrecho corredor, con un solo paso seguro. Si el terremoto había movido las paredes o las flechas, tal vez ya no hubiera un paso seguro.

Caminamos por lo que se suponía era una de las calles principales que llevaban al palacio. El pavimento estaba roto, los árboles habían caído sobre él, y en algunos lugares, los laterales de los edificios se habían derrumbado, cubriendo el camino de escombros.

A medida que nos acercábamos al palacio, me preparé mentalmente. Pasé por encima de las puertas de madera caídas, la hierba crecida, los escalones rotos, más allá de las puertas desaparecidas, y entré en el vestíbulo.

Otro destello llenó mi mente.

Mi yo pequeña con el pelo castaño revuelto, corriendo por el vestíbulo, mis pies descalzos resbalando en los suelos lisos y grises, y mi padre corriendo detrás de mí. Mis risitas hacían eco en el lugar, seguidas por la risa profunda de mi padre. Me atrapó con un movimiento de su gran brazo y me subió a sus hombros.

Un jadeo escapó de mi garganta cuando pude ver bien su rostro. La mayoría de sus rasgos eran rudos y masculinos, pero yo tenía sus ojos suaves y su gran sonrisa. Su pelo largo también se parecía al mío.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos.

—¿Luana?

Parpadeé y vi el vestíbulo con suelos agrietados, la lámpara de madera caída, polvo y muchas enredaderas.

—¿Qué pasó? —preguntó Keeran—. Fue como si... no estuvieras aquí.

—He estado viendo imágenes —confesé mientras una lágrima rodaba por mi mejilla—. Desde que llegamos al exterior del valle, he estado viendo imágenes de cómo era el pueblo antes. De cómo se veía el palacio. —Tomé una respiración profunda, tratando de calmarme—. De mi padre y de mí.

—¿Como recuerdos? —preguntó Farrah.

—Eso creo. No lo sé. —Me encogí de hombros—. Tal vez no sean mis recuerdos, sino los recuerdos del lugar. —Eso sonaba absurdo—. No lo sé. —Me sequé las lágrimas y miré a Keeran—. ¿Hacia dónde vamos ahora?

—El salón principal. —Señaló el arco roto al otro lado del vestíbulo.

El arco daba a un corredor largo y ancho. Al final del corredor, otro arco nos esperaba. Keeran, Farrah y Wyatt entraron en el salón principal, pero yo me detuve en la entrada.

Sabía que otro fragmento de memoria me recibiría aquí.

Esta vez estaba lista.

El salón principal era como una sala del trono, pero para los hombres lobo de Starlight, era un poco diferente. La silla del alfa era la más grande, con madera gruesa y asientos de terciopelo azul oscuro. Dos sillas más pequeñas la flanqueaban, para la familia del alfa. Directamente frente a esas tres sillas, varias sillas más pequeñas se extendían en semicírculo.

Mi padre estaba sentado en su silla, con las cejas espesas fruncidas.

Mi madre caminaba de un lado a otro frente a él, conmigo en sus brazos, mi cabeza en su hombro, dormida.

A pesar de la mirada nerviosa que tenía en su rostro, no pude evitar quedarme mirando a mi hermosa madre. Sus rasgos eran delicados, sus ojos marrones cálidos y sus pómulos altos. Llevaba el pelo recogido en una trenza suelta, con flores moradas entrelazadas entre los nudos. Vestía pantalones de cuero y una hermosa blusa azul oscuro.

—Cálmate, mi amor —dijo mi padre.

—No puedo calmarme —respondió mi madre—. Sé que algo va a pasar. Algo malo. Puedo sentirlo.

—Nunca dudo de tu intuición. —Mi padre se levantó y se paró frente a mi madre, obligándola a dejar de caminar—. Si algo malo sucede, estaremos preparados. Me aseguraré de ello.

Había un brillo desesperado en sus ojos. —¿Cómo? Ni siquiera sé qué va a pasar.

—Buscaré en todas partes —dijo mi padre, aún calmado—. Encontraré lo que sea, antes de que nos encuentre a nosotros. —Puso sus manos sobre los hombros de ella—. Ahora, por favor, cálmate. Despertarás a nuestra pequeña loba. —Se inclinó y depositó un suave beso en mi frente.

—Estoy preocupada por ella —susurró mi madre.

Mi padre la miró a los ojos. —Nunca dejaré que nada malo le pase.

Un sollozo resonó en mis oídos.

La imagen se desvaneció.

Keeran, Wyatt y Farrah estaban parados a unos metros de mí, mirándome como si me hubieran salido alas y cuernos, rasgos imposibles para un hombre lobo.

—¿Otro recuerdo? —preguntó Wyatt.

—Sí —respondí con voz ronca, dándome cuenta de que el sollozo que había oído había sido mío. Mis ojos estaban llenos de lágrimas contenidas—. Vi a mi padre, a mi madre y a mí. —

Señalé el centro de la habitación, donde las sillas aún se encontraban, pero bajo montones de techo derrumbado, lámparas de madera caídas, polvo y enredaderas—. Justo ahí.

Keeran se acercó a mí y me rodeó los hombros con un brazo. —¿Quieres hablar de ello?

Negué con la cabeza. —Preferiría coger la maldita corona y largarnos —Eso no era cierto. En el fondo, quería seguir viendo a mis padres y a mí, y nuestra breve vida juntos, pero no estaba segura de cuánto más podría soportar mi corazón—. ¿Dónde la viste?

—Aquí —señaló hacia el centro de la habitación, donde yo había apuntado antes.

Me acerqué sin pisar nada y miré alrededor. —No veo nada.

—Exactamente.

Lo miré frunciendo el ceño. —¿Qué quieres decir?

Caminó sobre los escombros hasta que estuvo justo al lado de una de las arañas caídas. Estaba rota en varias piezas, y aun así, la cosa era casi tan grande como Keeran. Las ramas se entrelazaban formando una gran espiral. Ramas más pequeñas brotaban de la principal, enroscándose alrededor de luces similares a velas, la mayoría perdidas o rotas ahora. Con una sonrisa pícara, Keeran alcanzó la parte superior de la espiral, donde se convertía en un círculo más pequeño de ramas entrelazadas.

Pero en el momento en que la tocó, un chispazo resonó por la habitación y salió volando hacia atrás.

—¡Keeran! —grité, corriendo hacia él.

Gimió mientras se incorporaba. Había aterrizado sobre un cuadro caído, cerca de la pared. —Mierda, eso dolió.

—¿Estás bien? —me incliné sobre él, buscando heridas.

Apoyándose en la pared, Keeran se puso de pie. —Duele como el demonio, pero sobreviviré.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Wyatt desde detrás de mí.

Keeran se encogió de hombros, como sacudiéndose la descarga que lo había lanzado por los aires. —Esa es la corona. Creo que está protegida —me miró—. Supongo que solo alguien destinado a tenerla puede cogerla.

Tragué saliva. ¿*Esa* era la corona? ¿Un montón de ramas enroscadas? ¿Encima de una araña? ¿Y tenía que cogerla? ¿Y arriesgarme a recibir una descarga también?

¿Qué estaba diciendo? No tenía miedo. Recibir una descarga y ser lanzada por la habitación era un precio pequeño a pagar por recuperar la corona y convertirme en la alfa de la manada Starlight.

Con pasos decididos, caminé sobre los escombros y me paré junto a la araña rota. Mis dedos temblaban mientras me acercaba a la parte superior. Preparándome, toqué las ramas con dos dedos. No pasó nada. Cerré la mano alrededor del círculo de ramas y tiré. Se quebró, como si hubiera arrancado una pieza de la araña. Me quedé mirando la cosa en mi mano.

¿Esta era la corona? ¿En serio? Parecía un círculo de ramas que un niño habría entretejido, no una corona poderosa. Miré a Keeran. —¿Estás seguro de que es esto?

Asintió. —Eso creo. Cuando Soren vino aquí, sintió poder emanando de ella, pero era débil. Creyó que era la magia de las luces que había sido almacenada en las arañas. Pero cuando examiné más de cerca sus recuerdos, me di cuenta de que, de las cinco arañas en esta habitación, esta es la única con esa parte superior. También era la única que aún tenía magia —señaló con la barbilla el círculo en mi mano—. Todavía puedo sentir algo de magia en ella.

—¿Algo de magia? —miré la corona de nuevo. Apostaba a que podría partirla en dos si aplicara un poco de presión—. ¿Quieres decir poca magia? Se supone que esto es un objeto poderoso.

—Lo sé, y para ser honesto, esa es la única parte de la que no estoy tan seguro —admitió.

—Póntela —dijo Farrah—. Si es la corona de todas las ramas, apuesto a que sentirás algo cuando te la pongas.

Wyatt se encogió de hombros. —Vale la pena intentarlo.

Miré a Farrah y a Wyatt. A pesar de todo lo que estaba pasando entre ellos, era agradable verlos de acuerdo en algo, aunque fuera sobre esto.

Volví mi atención a la corona. Parecía tan frágil, podrida y puntiaguda. Conteniendo la respiración, la levanté y me la puse en la cabeza.

Un torbellino de poder me envolvió, agitando mi cabello y mi ropa. Me quedé quieta mientras la corona se movía, como si se ajustara alrededor de mi cabeza.

Por la luna, realmente era la corona de todas las ramas.

Keeran me miró con ojos orgullosos. —La has desbloqueado. Ahora puedo sentirlo. El poder en la corona es inmenso.

—Es hermosa —dijo Farrah, con una pequeña sonrisa.

¿Hermosa? Estaba loca. Me quité la corona. Al tocarla, sentí que era diferente, pero me sorprendió ver que había cambiado. La corona de madera se había transformado en una hermosa y delgada diadema de metal azul oscuro.

En mis manos, la corona tembló y volvió a convertirse en un montón de ramas entretejidas. —¿Qué demonios...?

—Es asombroso —susurró Farrah.

—¿Y ahora qué? —preguntó Wyatt—. Ese es el tercer objeto. ¿Sientes que tu magia ha vuelto?

Fruncí el ceño, decepcionada. —No.

—Como necesitabas los tres objetos, quizás necesites tenerlos todos juntos —dijo Keeran—. Deberíamos volver a Unity y reunirlos todos.

La decepción fue reemplazada por esperanza nuevamente. Eso parecía una buena idea. —Vamos.

20

KEERAN



ERA MEDIANOCHE CUANDO REGRESAMOS A UNITY. NO HABÍAMOS DORMIDO EN DOS MALDITAS noches, y después de un breve descanso, otras tres si contábamos los días que Luana, Wyatt y Farrah habían estado ausentes cuando fueron a recuperar la daga. Yo me había quedado atrás, pero tampoco había dormido mucho. Al final, estábamos agotados. Lo único que nos mantenía en pie era la anticipación de juntar los tres objetos y descubrir qué sucedería.

Los cuatro fuimos directamente a la cabaña que Luana y yo compartíamos. Luana dejó la corona de todas las ramas sobre la mesa de café, luego corrió al dormitorio, donde cogió el espejo de toda visión y la daga de toda caza.

Podía ver lo tensa y nerviosa que estaba mientras depositaba los objetos uno al lado del otro sobre la mesa de café. Dio un paso atrás y los miró fijamente.

No pasó nada.

—¿Qué está pasando? —preguntó, con irritación en su voz—. Estos son los tres malditos objetos. ¿Dónde está mi magia?

—Tal vez tengas que ponerte la corona y sostener los otros —Farrah se encogió de hombros —. Ya sabes, como cuando activaste la corona al ponértela en la cabeza.

Asentí.

—Apuesto a que es eso.

Tomando una bocanada de aire, Luana se puso la corona. Instantáneamente, se transformó en la diadema azul oscuro. Luego, sostuvo la daga en una mano y el espejo en la otra.

De inmediato, los objetos brillaron con una luz púrpura oscura y la magia llenó la habitación. Luana comenzó a transformarse, pero en lugar de convertirse en su habitual lobo negro, se convirtió en un hermoso lobo azul oscuro, con un pelaje suave y brillantes ojos blancos. Los objetos cayeron al suelo, pero la magia permaneció.

Estaba hecho.

Luana era ahora una verdadera loba Starlight.

—Lo lograste —dije, orgulloso de ella.

Saltó sobre el sofá, luego dio un par de vueltas, como una niña con un juguete nuevo. No pude evitar sonreír.

Wyatt apagó las luces, y me quedé sin aliento. Luana brillaba con una luz azul oscura, como si su piel fuera de neón. Iluminaba toda la habitación, como si fuera una estrella brillante.

Era impresionante.

Ella era jodidamente impresionante.

Wyatt volvió a encender la luz, y Luana se transformó de nuevo en su forma humana, con su ropa intacta y una enorme sonrisa en su hermoso rostro.

—¡Lo logré! —En ese momento, una luna creciente azul brilló en su frente. Luana jadeó—. ¡Realmente lo logré!

—Ahora puedes reclamar la manada Starlight —dijo Farrah, con un tono emocionado. Ella también estaba feliz por Luana.

Wyatt, sin embargo, estaba callado. Una profunda línea arrugaba su frente. ¿Cuál podría ser el problema? ¿Seguía molesto por lo que había hecho en el pasado bajo las órdenes de Soren? ¿Era por la promesa de Farrah al príncipe fae? ¿O era algo más?

Antes de que pudiera preguntarle, Luana agarró los tres objetos en sus brazos y se dirigió a la puerta.

—Voy a la guarida Starlight ahora mismo. —Yo necesitaba desesperadamente una ducha y dormir. Ella miró por encima de su hombro y me hizo un guiño—. ¿Vienen?

¿Cómo demonios se suponía que iba a decirle que no?

—Claro.

Wyatt se aclaró la garganta.

—En realidad, si no te importa, me voy a quedar. —Miró a Luana, pero no mantuvo la mirada—. No me necesitas para esta parte, y estoy realmente cansado.

—Oh. —Las cejas de Luana se fruncieron—. Está bien. Claro, no me importa.

Farrah también frunció el ceño.

—Um, yo también me voy a quedar.

Si conocía algo de Farrah, se quedaba atrás para vigilar a Wyatt. Lo cual era genial, porque con lo deprimido y callado que había estado últimamente, Luana y yo estábamos preocupados por él. Era bueno que alguien le hiciera compañía, aunque él no la quisiera.

—Claro —dije—. Ustedes dos deberían descansar. Les avisaremos si pasa algo por la mañana.

Empujé a Luana fuera de la cabaña. Ella me hizo una mueca, pero no dijo nada. Cuando estábamos en el borde del bosque en el patio trasero, finalmente susurró:

—¿Qué fue eso?

—Creo que Wyatt todavía está molesto por la promesa de Farrah —dije, igualmente bajo. Con el oído de un hombre lobo, teníamos que tener cuidado para que Wyatt no pudiera escucharnos, incluso desde aquí.

—Oh, estará molesto por eso durante mucho tiempo. —Dejó escapar un suspiro—. Apesta, ¿sabes? Primero, las cosas terribles que hizo por Soren. Y ahora, Farrah, la única persona que pensé que realmente podría ayudarlo, va y lo apuñala por la espalda. Debe estar devastado. —Miró los objetos en sus brazos—. ¿Sabes qué? Tal vez deberíamos quedarnos con ellos y hacer esto mañana por la mañana.

Negué con la cabeza.

—Faltan solo tres horas para mañana por la mañana. Además, pueden ser adolescentes, pero no creo que hagan nada estúpido. Deberíamos dejarlos solos para que resuelvan las cosas por sí mismos. Intervendremos si es necesario.

Luana me miró por un momento, claramente dividida sobre el tema.

—Bien —murmuró—. Vamos a reclamar mi manada.

Con una sonrisa, se alejó corriendo hacia el bosque.

Me reí y corrí tras ella.

NO HABÍA ESTADO ANTES en la guarida Starlight, y no había visto a ningún otro lobo Starlight antes, aparte de Luana hace unos minutos. Verlos a todos en el fondo de esta enorme cueva, brillando como barras de neón, era surrealista.

Una pareja se transformó en sus formas humanas y se acercó a nosotros.

—Rómulo es el líder actual de la manada —explicó Luana—. Y Meira es su compañera.

El hombre alto y negro se detuvo justo frente a mí y me miró de arriba abajo, evaluándome.

—Eres el compañero de Luana —dijo. No era una pregunta.

—Lo soy —me erguí, queriendo demostrarle que podía mantenerme firme—. Mi nombre es Keeran.

—Pero eres un brujo —dijo Meira, con sus ojos grises llenos de sospecha.

—Sí, bueno, así sucedieron las cosas —dijo Luana.

—¿Quieres ser la alfa de nuestra manada con un brujo como compañero? —preguntó Rómulo.

Pude ver cómo aumentaba el temperamento de Luana. Su rostro se endureció y cuadró los hombros. Dio un paso adelante, desafiándolos. —Soy la maldita alfa de la manada Luz de Estrella, y quién es o no es mi compañero no es asunto vuestro —bajó la barbilla hacia los tres objetos que sostenía—. Ahora, aquí están vuestros tres objetos —empujó los objetos en los brazos de Rómulo—. Y esto.

Luana se transformó en una loba Luz de Estrella. Jadeos y ladridos bajos resonaron dentro de la cueva. La magia destelló. Los hombres lobo bajaron sus cabezas. Rómulo y Meira se arrodillaron sobre una rodilla.

—Mi alfa —susurró Rómulo.

—Bienvenida a casa —dijo Meira.

Luana volvió a transformarse, con su ropa intacta. Esa era una magia impresionante.

La media luna azul oscuro brilló de nuevo en su frente. Rómulo y Meira pasaron sus dedos por sus frentes, en forma de media luna, dejando un rastro de luz azul. La media luna brilló en la frente de los lobos por toda la guarida. Luego, desapareció.

Luana miró alrededor de la sala. —Mis lobos, no quiero que nos escondamos más. Quiero que nos levantemos y recuperemos nuestro hogar. Quiero que reconstruyamos el Valle Luz de Estrella y comencemos de nuevo —aullidos bajos llenaron la caverna. Esperaba que fueran señales de acuerdo—. Pero antes de que podamos hacer eso, la loba que mató a mis padres y destruyó nuestra manada está amenazando a todos los sobrenaturales. Necesitamos derrotarla —hizo una pausa—. ¿Lucharéis conmigo?

Esta vez, los aullidos fueron fuertes y prolongados.

Rómulo respondió: —Iremos a la guerra contigo, mi alfa.

PERMANECIMOS en la guarida Luz de Estrella por un tiempo. Luana y yo nos reunimos con Rómulo, Meira y otros lobos de alto rango. Les explicamos toda la situación: Isalia estaba embarazada, y hasta que tuviera al bebé, teníamos que esperar para atacar. Mientras tanto, Rómulo y Meira entrenarían con Luana, enseñándole cómo canalizar y usar su magia única, para que estuviera lista y fuerte cuando se enfrentara a Isalia.

Cuando regresamos a nuestra cabaña, el sol ya había salido, y apenas podía sentir mis piernas.

Planeaba empujar a Luana a la cama, acurrucarme con ella y dormir todo el día.

Sin embargo, mi madre tenía otros planes. Nos estaba esperando en nuestra cabaña. —Ahora que estás bien, es hora de que tú también te conviertas en un líder —dijo.

Entrecerré los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Hay un puñado de brujos en Unity —dijo—. Como señor de los brujos, deberías hablar con ellos. Incluso podrías ordenarles que se unan a ti, pero...

—No haré eso —dije, negando con la cabeza—. No obligaré a nadie a hacer lo que no quiera. No quiero ser ese tipo de líder.

Una pequeña sonrisa se extendió por sus labios. —Eso es exactamente lo que quería oír. Ahora ve a hablar con ellos.

—¿Qué? ¿Ahora? No hemos dormido en más de dos días —sin mencionar las otras tres noches que apenas dormí mientras esperaba ansiosamente a Luana.

—Lo sé —dijo, como si estar despierto por más de cuarenta y ocho horas no fuera gran cosa —. Pero dormirás mucho mejor una vez que hayas hablado con ellos y los hayas convencido de unirse a tu lado —miró a Luana—. ¿Verdad? ¿No descansarás mejor ahora que has encontrado a tu manada y sabes que te respaldarán?

—Sí —dijo Luana, alargando la S. Sabía que no quería estar en desacuerdo con mi madre, pero también estaba demasiado cansada para dar un paso más.

—¿Ves? Tengo razón —mi madre nos hizo un gesto—. Ahora ve a hablar con ellos.

Gruñí. —En serio, todavía tenemos un mes hasta que Isalia dé a luz. Esto puede esperar hasta mañana.

Ella negó con la cabeza. —Keeran, solo hazlo.

Quería patear el suelo, gritarle y enfurecerme diciendo que no lo haría. Pero sabía que seguiría molestándome y no me dejaría dormir hasta que lo hiciera. ¿Por qué había estado tan ansioso por encontrar a mi madre cuando me fastidiaba sin parar? No importa. A pesar de todo, me alegraba haberla encontrado.

Y por eso, arrastré los pies colina abajo, hacia el edificio de la escuela cerca del mercado. Mi madre ya había llamado a los brujos para una reunión, y me estaban esperando.

Con Luana a mi lado, entré en el aula y encontré a ocho brujos sentados en los pupitres, como estudiantes esperando a un profesor. Había visto a la mayoría de ellos por el pueblo antes. Los brujos iban desde los veinte hasta los cincuenta años, pero todos parecían capaces y fuertes. Podía sentir su magia en el aire.

Apuesto a que ellos también podían sentir la mía.

—El señor brujo —dijo Finch. Era el mayor, con cabello gris y algunas arrugas alrededor de sus ojos oscuros. Era un maestro de pociones, y sus tés eran solicitados por todos los seres sobrenaturales de la ciudad—. Por fin derrotaste a tu padre.

Me detuve frente a los escritorios, haciendo mi mejor esfuerzo por parecer compuesto y alerta.

—Algo así.

—Almae dijo que querías hablar con nosotros —dijo Boise. Era más joven, probablemente el más joven de todos nosotros. Tenía cabello rubio arenoso y desordenado, y ojos verdes—. ¿Sobre qué?

Empezaría esto de una manera diferente.

—¿Por qué están en Unity?

Los brujos intercambiaron miradas.

—¿A qué te refieres?

—Soren era un señor brujo poderoso, y los brujos parecían adorarlo —dije—. ¿Por qué no se

quedaron con él? ¿Por qué vinieron a Unity?

—Soren estaba loco, ¿de acuerdo? —espetó Aspen. Tenía largas rastas oscuras y tatuajes cubriendo sus brazos y cuello—. Estaba completamente chiflado. Asesinaba a los seres sobrenaturales a diestra y siniestra.

—Y las brujas —dijo Ray. Tenía el cabello negro corto y una barba descuidada—. Cazaba a las brujas como si fueran animales. Luego, las encerraba y las maltrataba. —Se estremeció.

—Era malvado —dijo Finch.

Asentí.

—Soren ya no está, pero una loba, tan malvada y loca como él, tomó su lugar. Ella comanda un ejército compuesto por hombres lobo hambrientos y brujos poderosos, y nos quiere muertos. —Señalé a Luana y a mí—. Lucharemos contra ella. Ganaremos. Reclamaremos a nuestros brujos y a nuestros hombres lobo. Les enseñaremos a distinguir el bien del mal, y castigaremos a los que no quieran aprender. Restauraremos la paz y la gloria a todas nuestras razas.

—Eso es bueno, supongo —dijo Boise.

—¿Qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó Ray.

—Si no vamos tras ella y la detenemos, Isalia vendrá por Unity —dijo Luana—. Destruirá todo y a todos. Matará a nuestras familias y amigos.

Los brujos murmuraron su descontento.

—Podemos detenerla —dije, haciéndolos callar—. Pero necesito su ayuda. Necesito que se unan a nosotros y luchen con nosotros.

Los murmullos comenzaron de nuevo.

—Lo siento, pero yo me retiro —dijo Finch. Se levantó de su asiento—. Soy demasiado viejo para esto. Prefiero vivir mi vida y preparar mis tés sin involucrarme en ninguna pelea.

—No habrá vida que vivir si no detenemos a Isalia —dijo Luana—. Destruirá Unity. Nos destruirá a nosotros. Te destruirá a ti.

El anciano miró fijamente a Luana, pero no dijo nada. Sin decir palabra, salió marchando del aula.

—Dime —dijo Boise—. ¿Qué pueden hacer siete brujos contra Isalia y su ejército?

—Ya tenemos nuestro propio ejército —dije—. Pero cuantos más, mejor. Los brujos son poderosos y únicos. Si se unen a nosotros, nuestras posibilidades de ganar solo aumentarán.

Se miraron entre ellos de nuevo.

—¿No quieren proteger a sus familias? ¿A sus amigos? ¿Su hogar? —preguntó Luana—. La única manera de hacerlo es luchando con nosotros.

Aspen suspiró.

—Qué diablos, me uno.

Boise asintió.

—Yo también.

Los otros cinco estuvieron de acuerdo.

El orgullo y la satisfacción florecieron dentro de mí. Parecía que yo también tenía un ejército.

LUANA



MAPAS, NOTAS Y OTROS PAPELES CUBRÍAN LA MESA DEL COMEDOR DE LA CABAÑA. DURANTE EL último mes, Keeran y yo los habíamos analizado varias veces al día, probando diversos planes y estrategias. Elegíamos uno. Lo refinábamos. Lo probábamos. Lo modificábamos.

Había pasado un mes desde que reclamé mi manada, y los brujos de Unity se nos habían unido. Había dedicado el tiempo a entrenar con Romulus y Meira, y Keeran había estado practicando con sus brujos, quienes realmente no habían usado magia ni luchado en años. Algunos de ellos llegaron a Unity siendo niños o adolescentes y nunca habían peleado.

La magia de un lobo Starlight era muy diferente a la de una bruja o un brujo. Mi magia me hacía más fuerte y rápida que un hombre lobo normal. Cuanto más oscura la noche y más brillante la luna, más fuerte me volvía.

Por eso planeábamos atacar a Isalia en una semana, durante el pico de la luna llena.

Ayer, había llegado un mensajero con noticias de Isalia. Había dado a luz a un hijo. Keeran tenía un medio hermano. Mitad hombre lobo, mitad brujo. Aún me sentía nauseabunda cuando pensaba en matar a la madre del bebé inocente, pero ¿qué otra opción tenía? Era eso, o dejar que ella lo criara, lo que seguramente lo volvería malvado también.

Además, si no la detenía, nos destruiría a todos. No podía permitir eso.

Señalé el mapa del Castillo de los Malditos y las áreas circundantes. —Rodearemos el castillo por todos los lados.

Keeran, Wyatt y Farrah se inclinaron sobre el mapa.

—Mis brujos y yo podemos tomar el lado este —dijo Keeran.

—Si me das la mitad de los lobos, puedo tomar el lado sur —dijo Wyatt.

—Que sea un tercio —dijo Farrah—. Entonces yo tomaré el lado oeste con un tercio, y tú toma el lado norte con el otro tercio.

—Suena bien. —Asentí—. Bloquearemos todas las salidas, luego desafiaré a Isalia. Tendrá que aceptar. Una vez que salga y empecemos a pelear, ustedes entrarán. Traten de desarmar o aturdir a todos, pero sin matar. Queremos comenzar una nueva era.

—Suena bastante bien —dijo Farrah.

—Tal vez deberían planear para sorpresas —dijo Almae desde la cocina. Había venido antes para prepararnos el almuerzo, mucha comida para picar que podíamos comer mientras planeábamos—. Siempre hay sorpresas.

—Cierto —dije, alcanzando un pastelito de espinacas sobre la encimera de la cocina—. Entonces, ¿qué sorpresas podríamos tener?

—Hm, se llaman sorpresas por una razón —dijo Wyatt, como si yo estuviera loca.

—Lo sé. —Contuve las ganas de poner los ojos en blanco—. Aun así, podemos intentar

adivinar qué hará Isalia.

—Muy bien, ¿qué haría yo si fuera una loba malvada en un castillo oscuro? —preguntó Farrah en tono burlón. Se metió un rollito de queso en la boca.

Me reí. —Farrah, hablo en serio.

—Lo sé, pero tienes que admitir que fue gracioso. —Me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco. —Tal vez.

El estrépito de vidrio rompiéndose me hizo saltar hacia atrás, lista para transformarme y convocar mi magia. Pero me tensé por una razón totalmente diferente cuando me di cuenta de que había sido Almae. Se tambaleó hacia la encimera de la cocina, con los fragmentos de un plato roto esparcidos alrededor de sus pies.

—¡Madre! —Keeran corrió hacia ella. Con cuidado de los fragmentos, la agarró por los hombros y la llevó a la sala de estar. La empujó hacia el sofá y se sentó a su lado—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Wyatt y yo nos cernimos sobre ellos, mientras Farrah fue a la cocina.

Almae se llevó una mano a la sien y gimió. —He tenido dolor de cabeza desde que me desperté esta mañana —dijo con voz débil. Su tez estaba pálida y sus brazos temblaban ligeramente.

—¿Quieres que llame a la sanadora? —ofrecí.

Almae negó con la cabeza. —No, no hay nada que pueda hacer por mí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keeran, con preocupación evidente en su tono.

Farrah regresó de la cocina con un vaso lleno de agua y se lo ofreció a Almae.

La bruja tomó el vaso de la joven hada. —Gracias, querida —dijo Almae. Dio un largo sorbo de agua.

—Madre, dinos qué está pasando —insistió Keeran.

—Visiones —murmuró Almae—. He estado teniendo visiones complejas pero borrosas desde que me desperté. Como han sido muchas y no puedo descifrar qué significan, comenzó un profundo dolor de cabeza. Ninguna medicina o magia me ayudará hasta que pueda entender qué me están mostrando las visiones.

Me senté en la mesa de centro. —¿Hay alguna forma en que podamos ayudar?

—No —dijo con un suspiro—. Todo lo que pueden hacer por ahora es prepararse, porque a pesar de no poder descifrar estas profecías, puedo decirles esto: significa que algo grande, algo malo está a punto de suceder.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

No me gustaba cómo sonaba eso.

Los ojos de Keeran se encontraron con los míos. Estaba preocupado por lo que eso significaba, pero estaba más preocupado por su madre.

—Deberías llevar a tu madre a descansar —sugerí—. Podemos continuar esto mañana.

Asintió, aliviado por mi comprensión. —Vamos. —Pasó su brazo por debajo del de Almae y la ayudó a levantarse—. Te llevaré a casa.

Con gentileza y cariño, Keeran ayudó a Almae a salir.

Cuando cerraron la puerta y finalmente aparté mi atención de ellos, volví la mirada y encontré a Farrah barriendo la cocina.

—No tenías que hacer eso.

Se encogió de hombros.

—No me importa —recogió los fragmentos y los tiró a la basura—. Entonces, ¿continuamos nuestra reunión sin Keeran?

Negué con la cabeza.

—No, no hay razón para hacerlo —les hice un gesto para que se fueran—. Id. Pasad un tiempo de calidad juntos. Divertíos.

Wyatt y Farrah se miraron fijamente. Por lo que yo sabía, incluso podrían estar compartiendo la misma cabaña, pero apenas habían hablado en el último mes. Wyatt parecía estar más hundido en su depresión, excepto cuando hablábamos de estrategias. Sin embargo, pronto nos embarcaríamos en la lucha de nuestras vidas, y realmente quería ver a Wyatt y Farrah arreglar las cosas. Sabía que no había pasado nada entre ellos, ni siquiera un beso, pero también sabía que se gustaban. Todo el mundo lo sabía. Solo esperaba que pudieran superar lo que fuera que se interponía en su camino y reconciliarse antes de que fuera demasiado tarde.

Las mejillas de Wyatt se sonrojaron.

—Yo solo... me voy... —Se dio la vuelta y salió de la cabaña por la puerta trasera.

Farrah dejó escapar un largo suspiro y lo siguió.

Sola, me di cuenta de que tampoco tenía nada que hacer. No entrenaría con Romulus y Meira hasta esta noche, lo que significaba que tenía unas horas para hacer lo que quisiera.

Bueno, algo que no había hecho en mucho tiempo era salir a correr sin rumbo. Eso seguramente relajaría mis músculos y despejaría mi mente. Me transformé —¡era tan genial poder transformarme sin preocuparme por la ropa!— y salí de la casa.

Corrí hacia el bosque y dejé que mis patas me llevaran a donde quisieran.

KEERAN



AL FINAL, CEDÍ Y LLAMÉ A LA CURANDERA. MI MADRE NO SE VEÍA BIEN —PÁLIDA, NERVIOSA, con sudor en la frente y las manos— y no podía quedarme sentado sin hacer nada. La curandera vino y le dio un poco de té.

—La dejará inconsciente —dijo la curandera bruja—. Despertará mañana.

—¿Pero estará bien? —pregunté.

La curandera asintió.

—Esperemos que cuando despierte, estas visiones hayan desaparecido.

La curandera se fue poco después, y yo me quedé junto a la cama de mi madre, velándola un rato más. Al principio, temía dejarla sola, pero después de un par de horas, me di cuenta de que estaba profundamente dormida y, si la curandera tenía razón, no despertaría pronto. Así que volví a mi cabaña.

Luana probablemente estaba en el bosque, entrenando con Romulus y Meira. Deseando verla, preparé una cena ligera para nosotros y me dirigí al claro donde solía entrenar.

Cuando llegué, ya habían terminado.

—Has mejorado mucho, mi alfa —dijo Romulus, con un toque de orgullo en su voz, inclinando la cabeza.

—Estoy segura de que podrás derrotar a la malvada loba —dijo Meira, sonriendo. También inclinó la cabeza ante su alfa.

Era asombroso verlos. Los lobos de Starlight no eran como los otros hombres lobo. El alfa era como un rey o una reina, y el manto se transmitía por sangre. Los otros lobos podían sentir al alfa. Tenían el máximo respeto y admiración por su alfa. Confieso que había estado un poco preocupado por Luana, ya que era mujer y más joven que la mayoría de ellos, pero hasta ahora, la habían apoyado y tratado como una reina.

—No conocen a Isalia —dijo Luana—. Usa trucos sucios. No será fácil.

—Estaremos listos para ella —dije.

Luana me sonrió.

—Te oí venir desde un kilómetro de distancia.

Fruncí el ceño.

—No creo que la cabaña esté siquiera a un kilómetro de aquí.

Su sonrisa se ensanchó ante mi broma.

Romulus y Meira se inclinaron de nuevo y se marcharon.

Con la sonrisa desvaneciéndose, Luana caminó hacia mí.

—¿Cómo está tu madre?

—Durmiendo —dije—. Llamé a la curandera y le dio algo para dormir. Al parecer, no se

despertará hasta mañana por la mañana.

Una profunda arruga apareció entre las cejas de Luana.

—Eso es bueno, ¿verdad? Es decir, necesita descansar. Tal vez se despierte sin dolor de cabeza o visiones locas.

Asentí.

—Eso es lo que dijo la curandera.

Luana me miró fijamente, luego a la cesta de mimbre en mi mano.

—¿Qué es eso?

—Traje la cena. —Levanté la cesta—. Un picnic a la luz de la luna. —Aunque se estaba poniendo bastante oscuro. Chasqueé los dedos y apareció una pequeña hoguera de llamas rojo profundo—. Y luz de velas. De cierta manera.

Me sonrió.

—Keeran, nunca pensé que fueras tan romántico.

Me reí.

—Yo tampoco lo sabía. Hasta que llegaste tú.

Las mejillas de Luana se sonrojaron.

¿Cómo podía resistirme a ella cuando estaba siendo tan condenadamente linda y sexy al mismo tiempo? Me acerqué a ella, pero antes de que pudiera rodear su cintura con mis brazos y atraerla hacia mí, Luana tomó la cesta y dio un paso atrás. Sin darse cuenta de que estaba a punto de besarla, Luana sacó la manta de la cesta y la extendió sobre la hierba en el centro del claro, justo al lado de la falsa hoguera.

En esta noche inusualmente cálida, bajo el cielo estrellado y envuelto por el aroma de los árboles y las flores, Luana se sentó en la manta y dio unas palmaditas en el lugar justo a su lado. Como un cachorro, me senté junto a ella.

—Veamos qué tenemos aquí. —Echó un vistazo dentro de la cesta.

Había sobrado pastel de pollo en el refrigerador. Lo había calentado y puesto en un recipiente sellado, esperando que el calor se mantuviera por un rato. Añadí algo de ensalada y pan tostado con mantequilla, una botella de vino y copas, y esperé que fuera suficiente.

—Sabes que no sé cocinar mucho —dije.

Sacó la botella de vino.

—Me parece bien.

Le sonreí. ¿Cómo podía ser tan afortunado? Era hermosa, amable, divertida, cariñosa, y casi la había perdido por la oscuridad que me había consumido. La desesperación se enroscó alrededor de mi pecho ante ese pensamiento. No sabía cómo podría vivir sin ella. No quería hacerlo. Aparté esos terribles pensamientos de mi mente. Ella estaba aquí ahora conmigo. Nada pasaría.

Abrí la botella de vino y serví el líquido rojo en las dos copas. Luana y yo chocamos nuestras copas y bebimos un largo trago.

Bajó su copa y miró fijamente las llamas parpadeantes de la hoguera.

—Esto es todo —dijo, con tono serio—. He usado la daga de toda caza. He marcado a Isalia para la muerte.

Mi corazón se detuvo.

—¿Que has hecho qué? —Si recordaba correctamente, si marcaba a alguien para la muerte y esa persona no moría, entonces ella moriría en su lugar—. ¿Por qué harías eso?

—Porque no tengo otra opción —volvió sus ojos avellana hacia mí—. Isalia tiene que morir. Ojalá hubiera una manera de inmovilizarla como hiciste con tu padre, pero no creo que pueda

quitarle sus genes de hombre lobo, ni su maldad —hizo una pausa—. Una de nosotras morirá pronto.

Tomé su mano entre las mías.

—Eso no pasará. No dejaré que mueras.

Luana negó con la cabeza.

—Sabes que no funciona así. Tengo que derrotarla yo sola.

—Pero ya eres la alfa de la manada Starlight. No necesitas convertirte en alfa de su manada también.

—Lo sé, pero si no me convierto en alfa de su manada, nadie podrá controlar a sus lobas. Seguirán luchando hasta que nos veamos obligados a matarlas a todas, y preferiría detenerme con una sola muerte.

Tenía sentido, pero...

—Tiene que haber otra manera.

—Además de eso, necesito hacer esto —dejó el vino y presionó su mano contra su pecho—. Por mí. Ella mató a mis padres; intentó matarme cuando era niña. Más aún, hirió mi orgullo cuando ganó ese desafío contra mí.

—Pero hizo trampa.

—No importa. Aun así ganó. Solo podré tener paz mental si gano. De la manera correcta. Sin trampas —me lanzó una mirada significativa. Sabía a qué se refería. Drake y yo habíamos hecho trampa una vez, ayudándola a ganar contra Uric, el compañero de Isalia—. Eso significa que no puedes ayudarme. Incluso si estoy muriendo, no puedes ayudarme.

Negué con la cabeza.

—Luana, no puedes pedirme eso.

—No te lo estoy pidiendo, Keeran. Te lo estoy diciendo. No me ayudarás. Esta vez no.

¿Cómo podía decir eso? ¿Acaso no sabía cuánto la amaba? ¿Cuánto significaba para mí? No podía quedarme ahí parado y verla morir.

—Luana...

—Una cosa más —dijo, interrumpiéndome—. Si muero, tienes que prometerme que te encargarás de todo. Cuidarás de Unity y ayudarás a mi manada a recuperar su hogar. Tendrán que seguir adelante y elegir un nuevo alfa, pero estoy segura de que si se les guía en la dirección correcta, podrán hacerlo.

—No me gusta cuando hablas así.

Se acercó a mí y posó su mano en mi mejilla.

—Con suerte, nada de eso sucederá, pero me gustaría estar preparada —puse mi mano sobre la suya, manteniéndola en su lugar, deseando no tener que soltarla nunca—. Prométemelo. Prométeme que no me ayudarás, incluso si muero.

Se me secó la garganta.

—No puedo prometer eso.

—Por favor, Keeran —el brillo en sus ojos, el tono suplicante en su voz.

Mis siguientes palabras prácticamente me rompieron el corazón.

—Lo prometo.

Luana soltó un largo suspiro de alivio.

—Gracias.

¿Estaba agradecida de que quizás tuviera que dejarla morir? No, eso no era justo. Ella tenía que vivir. Todos teníamos que vivir. Éramos jóvenes y, debido a nuestros poderes, viviríamos vidas largas. Y yo quería vivir con ella.

Mi pecho se oprimió y de repente estuve seguro. A pesar de haber sido enviada por el destino y ser mi compañera, estaba seguro de que ella era el amor de mi vida. No podía ni quería vivir sin ella.

Recogí una brizna de hierba del suelo y me arrodillé.

—Luana, te amo más que a todo en este mundo entero —sus ojos se agrandaron—. Por favor... ¿quieres casarte conmigo?

Ella jadeó.

—Keeran...

—Solo tienes que decir sí o no.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y una sonrisa se extendió por sus labios.

—¡Sí!

Mi corazón se oprimió de nuevo, pero esta vez de alegría. Tomé su mano y la coloqué sobre mi rodilla. Luego, até la brizna de hierba en su dedo anular. Envié mi magia a la brizna de hierba, y se transformó en un anillo negro con una piedra roja en el centro.

Luana miró fijamente el anillo.

—Es hermoso —se acercó más a mí y me rodeó con sus brazos—. Te amo.

Abrazándola con fuerza, me incliné hacia ella.

—Yo te amo más.

Presioné mis labios contra los suyos, besándola lenta pero profundamente. Luana gimió contra mi boca, y casi perdí el control en ese momento. Con un movimiento rápido, la recosté sobre la manta y la reclamé. La reclamé por completo.

ERA PASADA la medianoche cuando Luana y yo regresamos a nuestra cabaña. Sosteniendo mi mano, Luana aún me molestaba por ser un romántico cursi. Hasta donde yo sabía, los hombres lobo normalmente no se comprometían. Una vez que encontraban a sus compañeros y los aceptaban, se celebraba una fiesta, algo así como una ceremonia de boda, y eso era todo. Los vampiros eran similares, aunque la mayoría no tenía compañeros verdaderos, y las brujas nunca se casaban, aunque a veces tenían parejas —aunque Thea se casó con Drake, pero eso fue porque querían celebrar su amor de una manera grandiosa. Me atrevería a adivinar que los brujos tampoco se casaban, pero eso podría ser porque la mayoría de ellos habían estado bajo el yugo de un líder malvado hasta ahora.

No sabía mucho sobre los fae, aunque con la situación de Farrah, creía que comprometerse y tener una gran fiesta de bodas era lo normal.

No estaba seguro de qué querría hacer Luana: un evento pequeño e íntimo, o una gran ceremonia. Mientras ella estuviera a mi lado por el resto de mi vida, realmente no me importaba. Sin embargo, ahora no era el momento de discutirlo. Teníamos que preocuparnos por la batalla que se avecinaba antes de poder planear nuestro futuro.

Fruncí el ceño.

—¿Qué está pasando en esa hermosa cabeza? —preguntó cuando llegamos a nuestro patio trasero.

—Tú —dije, lo cual era cierto—. Estoy pensando en ti.

—¿Qué hay de mí?

—Que...

—¡Keeran! ¡Luana!

Me detuve. —Esa es...

—Almae —susurró Luana.

Ambos corrimos por el camino lateral hacia el frente de la cabaña. Mi madre subía corriendo por nuestro porche, con la mano levantada para golpear la puerta. ¿No dijo la curandera que dormiría hasta la mañana?

—¿Mamá? ¿Qué pasó?

Se volvió hacia nosotros, con los ojos muy abiertos. —Gracias a Dios que están aquí. —Con el cabello despeinado y la ropa arrugada, parecía que acababa de levantarse de la cama.

—¿Qué sucedió? —preguntó Luana, acercándose a ella.

Mi madre extendió una mano temblorosa hacia Luana. —Es terrible. Oh, mi corazón, es horrible.

—¿Qué es? —pregunté—. ¿Qué pasó?

—La visión —murmuró, sonando como una mujer loca—. La vi ahora. Sé lo que va a pasar.

Un grito atravesó la noche.

—¿Qué fue eso? —Me volví hacia el pie de la colina, de donde había provenido.

Otro grito resonó en el aire. Luego otro.

Pronto, los gritos llegaron todos juntos, sin parar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Luana, con un toque de pánico en su voz.

—Ella está aquí. —Un sollozo salió de mi madre—. Unity está bajo ataque.

LUANA



SE ME CAYÓ EL ALMA A LOS PIES.

Isalia estaba aquí.

No podía ser.

¿Qué pasaría con mis planes? Íbamos a marchar contra ella en unos días. Rodearíamos el Château de los Malditos, y yo la desafiaría mientras todo su ejército estuviera encerrado en su mansión.

Los gritos me erizaron la piel.

Ahora, ella estaba aquí, destruyendo este precioso lugar.

Wyatt y Farrah salieron corriendo de su cabaña.

—¿Qué está pasando? —preguntó Wyatt, acercándose a nosotros.

—Isalia está aquí —respondió Keeran, con voz dura.

Los gritos se hicieron más fuertes y un momento después, la gente subió corriendo la colina, huyendo de lo que fuera que estuviera sucediendo abajo. A lo lejos, una delgada columna de humo se elevaba en el aire.

—Por la luna... —Me volví hacia Wyatt—. Llama a la manada Starlight. —Wyatt asintió antes de salir corriendo hacia el bosque. Farrah vaciló—. Tú quédate y ayúdanos. Necesitamos rescatar a los residentes de Unity.

La postura y expresión de Almae cambiaron. Como si canalizara su magia para obtener algo de claridad, la vieja bruja dejó de temblar y su mirada se enfocó. —Ayudaré. Envíalos colina arriba. Les mostraré el camino hacia el bosque.

Con eso, Keeran, Farrah y yo bajamos corriendo la colina, esquivando a los sobrenaturales que venían hacia nosotros.

—¡Vayan! —gritó Keeran—. ¡Encuentren a Acalla! ¡Almae! ¡Ella les mostrará el camino!

Farrah se quedó a mitad de la colina, ayudando a la gente y golpeando las puertas de las casas a lo largo de las calles, despertando a las personas y evacuándolas.

Mientras Keeran y yo corríamos hacia el pie de la colina, la multitud se volvió más densa, los gritos más fuertes, el humo más cercano, el olor a madera quemada más intenso. Nos detuvimos cerca de la calle principal, evaluando los daños y esperando sorpresas. Algunas personas pasaron corriendo junto a nosotros, pero no había señales de Isalia y su ejército.

—¿Qué está pasando? —pregunté, mirando alrededor. La gente no podía estar gritando por nada, ¿verdad? ¿Qué hay del humo? Y la visión de Almae... Isalia estaba aquí. Estaba segura. Pero, ¿dónde?

—No lo sé —murmuró Keeran. Estaba tan tenso y alerta como yo, y cuando unas figuras oscuras corrieron hacia nosotros desde todos lados, canalizó su poder. Yo me preparé para

transformarme.

—Somos nosotros —dijo Aspen. Era uno de los brujos de Keeran, y en quien Keeran más confiaba.

Los brujos se detuvieron junto a nosotros, incluso Finch, el maestro del té que Keeran había dicho que se había negado a unirse a nosotros.

—¿Qué está pasando? —preguntó Boise.

—Isalia y su ejército están aquí —dije.

—Nuestra prioridad es ayudar a los residentes de Unity a salir —dijo Keeran—, pero estén listos para pelear.

Como si las palabras de Keeran los hubieran invocado, el ejército de Isalia apareció al final de la calle, al otro lado del mercado. Brujos y lobas avanzaban hacia nosotros, volteando, destrozando y quemando los puestos. Todavía había gente atrapada dentro de los edificios por los que marchaban, y no mostraban ninguna piedad. Derribaban las puertas y los atacaban, matándolos al instante.

—Oh, no lo harán —dije entre dientes.

Corrí hacia ellos. Keeran y sus brujos estaban justo detrás de mí.

Mariah, una loba de la época en que yo era la alfa de Dark Vale, se transformó justo frente a la puerta de la escuela. La puerta se rompió, y ella se abalanzó sobre las personas que se escondían dentro. Sin estar acostumbrados a luchar y usar sus poderes, los sobrenaturales se acobardaron.

Me transformé y fui tras ella. Tenía la mandíbula a punto de morder el brazo de alguien cuando salté sobre ella. Con mi fuerza aumentada, la lancé contra la pared. La pintura de la pared se agrietó, y Mariah soltó un aullido al caer al suelo. No le di tiempo de recuperarse. Avancé hacia ella y le mordí con fuerza el hombro, apuntando a una arteria. La sangre brotó de su herida y en cuestión de minutos, se desangró.

Con la boca manchada, volví a mi forma humana y me limpié la boca antes de volverme hacia los otros sobrenaturales. —¡Vayan! —les insté—. Corran. Colina arriba. No miren atrás.

Los escolté afuera. Otra loba vino hacia nosotros, pero la detuve antes de que pudiera acercarse demasiado. Cuando miré hacia atrás, Aspen estaba protegiéndolos de un brujo. Siguieron adelante, hasta que desaparecieron colina arriba. Con suerte, Farrah estaría allí mismo para protegerlos.

Una descarga de energía recorrió la calle principal y el mercado. Me estremecí ante ella, pero no tenía la intención de hacerme daño. Aunque nuestros enemigos se habían detenido, alarmados por lo que fuera que los hubiera golpeado.

—Es suficiente —dijo Keeran. Era fácil encontrarlo. Estaba de pie cerca de un puesto destrozado en medio de la calle principal. Miró al grupo de brujos a unos metros de él—. Soren está muerto. Ahora yo soy su señor brujo. Ríndanse y les mostraré misericordia.

Uno de ellos escupió al suelo. —Tú no eres nadie.

—¿Así que prefieres que un hombre lobo trastornado sea tu líder? ¿Tu alfa? —preguntó con tono burlón, como si los brujos se sintieran menospreciados por permitir que un lobo les diera órdenes. La onda expansiva volvió a estallar, y los brujos se sacudieron y gruñeron contra ella. Las hembras lobo no lo estaban haciendo mucho mejor—. Como su señor brujo, les ordeno: ¡ríndanse!

Para mi sorpresa, una docena de brujos se arrodillaron sobre una rodilla e inclinaron sus cabezas. No esperaba que Keeran les permitiera luchar junto a nosotros ahora, no tan pronto, pero al menos había muchos de ellos fuera de nuestro camino ahora.

—Ray —le dije al brujo más cercano—. Llévalos...

Un aullido hizo que se me erizara el vello de los brazos. Una hembra lobo saltó sobre uno de los brujos que se habían rendido y lo despedazó en cuestión de segundos. Un momento después, más hembras lobo mataron a todos los brujos que se habían rendido.

Se me cayó el alma a los pies.

No.

Con un grito, Keeran desató su magia contra las hembras lobo. Alcanzó a una, pero las demás esquivaron sus ataques y la lucha comenzó de nuevo. Me transformé de vuelta en lobo y me uní a la refriega. Aún alterada por haber matado a esa primera hembra lobo, intenté herirlas para que tuvieran que retirarse, en lugar de matarlas. Pero a veces era imposible defenderme sin lastimarlas de verdad.

Con un fuerte chasquido de mis dientes, le rompí la pata a una hembra lobo para que no pudiera saltar. Acababa de volverme hacia otra cuando el mercado se quedó en silencio.

Al darme cuenta de lo que estaba pasando, me transformé en mi forma humana y caminé hacia la calle.

En el otro extremo, Isalia se paseaba por el mercado con un bebé envuelto en una manta de cuero en sus brazos.

Se me revolvió el estómago. ¿Tenía que traer a su hijo a esto? ¿Estaba tratando de enseñarle a ser malvado y a ir de matanza desde que nació?

Eso era despreciable.

Sus hembras lobo bajaron la cabeza ante ella. Sus brujos dejaron de luchar, pero no se inclinaron.

De nuestro lado, también nos detuvimos, pero conteníamos la respiración, esperando que todo comenzara de nuevo.

Isalia se detuvo a unos tres metros de mí. Una sonrisa cruel se extendió por sus labios.

—Hola, Luana. ¿Estás lista para nuestro duelo?

Saqué pecho.

—Sí.

Una hembra lobo se transformó en su forma humana. Desnuda y cubierta de sangre, se acercó a Isalia y tomó al bebé de sus brazos.

La sonrisa de Isalia se ensanchó mientras se quitaba la ropa.

—¿Algunas últimas palabras?

—Ninguna que merezcas escuchar.

Desnuda, se transformó en lobo y se abalanzó sobre mí.

KEERAN



ISALIA SALTÓ HACIA LUANA Y MI CORAZÓN SE DETUVO. LUANA SE TRANSFORMÓ EN SU LOBA Starlight y logró esquivarla justo a tiempo. Al ver a Luana así por primera vez, Isalia vaciló. Probablemente estaba sorprendida de que Luana finalmente hubiera regresado a su manada.

Pero su sorpresa duró poco, y embistió el costado de Luana con todas sus fuerzas.

Mi temperamento se encendió y sentí un tirón protector en el pecho. Estaba listo para marchar hacia ellas cuando una mano se cerró alrededor de mi brazo, deteniéndome.

—No lo hagas —dijo Romulus. Él y el resto de la manada Starlight finalmente habían llegado al pueblo—. Luana dijo que quería hacer esto sola. Tienes que dejarla.

Gruñí, recordando mi maldita promesa. ¿Por qué diablos prometí eso? Liberé mi brazo de su agarre. —No interferiré —me volví hacia él y el resto de la manada Starlight. Con todos ellos aquí, derrotar a las lobas y a los otros brujos sería fácil—. Acabemos con los demás —dije, con voz normal, sabiendo que los hombres lobo podían oírme—. Aturdid sin matar, si es posible.

Los lobos Starlight dejaron escapar un corto aullido y luego se lanzaron hacia nuestros enemigos. Entre ellos, Wyatt, Farrah y mis brujos se unieron a la pelea.

Quería ayudar, pero mi atención estaba en otra parte. No podía luchar sabiendo que Luana se enfrentaba a Isalia sola.

Las dos lobas se rodeaban mutuamente, evaluando sus colmillos y garras.

Isalia gruñó y saltó sobre Luana.

Se me revolvió el estómago. Isalia siempre había sido fuerte y una jugadora rápida y astuta. Pero como alfa de Starlight, Luana también era fuerte y poderosa.

Rápida como un rayo, Luana esquivó a Isalia. Giró en un arco y fue por Isalia. Las dos se encontraron a medio camino, con las patas en el aire y las mandíbulas chasqueando por sus gargantas. Un zarpazo de Luana golpeó a Isalia directamente en el hocico, haciendo que la loba mayor retrocediera apresuradamente.

Isalia gruñó y se abalanzó sobre Luana de nuevo. Rodaron juntas por la calle, derribando los restos de los puestos rotos.

El dolor explotó en mi costado, y grité de dolor y frustración. Otro rayo se dirigió hacia mí, pero antes de que me golpeara, me volví hacia el brujo que me atacaba y desvié su ataque como si fuera humo en el aire.

Maldito brujo, distrayendo mi atención de la pelea de mi compañera.

No perdí un segundo. No intenté ser diplomático ni hablar con él. En cambio, apreté los dientes y le envié varios pequeños rayos. Esquivó algunos, desvió un par más, pero eran demasiados y demasiado rápidos para él. Los rayos lo golpearon en el pecho, los hombros y las piernas. El brujo cayó de rodillas, su cuerpo entumecido por mi hechizo.

Me miró parpadeando antes de caer de bruces al suelo.

Me ocuparía de él más tarde.

Sintiéndome ansioso, volví a la pelea de Luana. Con su súper velocidad y fuerza, Luana embistió a Isalia en el costado. La malvada loba cayó. Luana abrió la boca de par en par, lista para atacar, pero Isalia arrastró su pata por el suelo, enviando una nube de polvo y hollín a la cara de Luana.

Sacudiendo la cabeza, Luana retrocedió.

E Isalia atacó. Con un gran salto, presionó sus patas sobre el costado de Luana, derribándola. Entonces, una hoja apareció en la boca de Isalia. ¿Qué demonios?

—¡Oye! —grité—. ¡Eso es hacer trampa!

Si ella podía hacer trampa, yo también podía, ¿verdad? Porque promesa o no, no podía dejar que Isalia lastimara a Luana de esa manera. Cualquier tipo de arma estaba prohibida durante un duelo de hombres lobo, y estaba claro que a Isalia no le interesaba jugar limpio, como de costumbre.

Estaba a punto de cargar en la pelea cuando Isalia dejó caer la hoja y retrocedió. Se transformó en su cuerpo humano y, con los ojos muy abiertos, miró fijamente algo justo detrás de mí. Me di la vuelta y encontré la puerta de la enfermería rota y a Soren de pie bajo el marco de la puerta.

Alguien había entrado, probablemente para matar a quien se estuviera escondiendo allí, pero al ver a Soren dentro, lo dejaron salir.

—Soren —susurró. Como por arte de magia, la daga desapareció de su mano. ¿Qué demonios era eso?—. Mi amor, Soren —desnuda, pasó corriendo junto a Luana, junto a mí, y se apresuró hacia mi padre—. ¡Oh, Soren, estás vivo! —Isalia se aferró a sus brazos, pero en su estado zombi, Soren ni siquiera la miró. Ella lo sacudió—. ¿Qué le pasa? —preguntó, tratando de captar su mirada. Me miró, su mirada desesperada—. ¿Qué le pasa?

—Ya no existe —dijo mi madre, entrando en el mercado. A pesar de su cabello y ropa desordenados, se veía compuesta. Mucho mejor que cuando estaba perdiendo el control por las profecías—. Su magia se ha ido, junto con él mismo. Ahora, es solo un cascarón.

La mirada de Isalia pasó de la desesperación a la rabia. —¿Quién hizo esto? —Fijó su mirada de odio en mí—. Tú. Tú hiciste esto, ¿no es así? —Soltó a mi padre y se volvió hacia mí—. ¡Lo mataste! ¿Sabes eso, verdad? Así, Soren está muerto.

—Yo... —cerré la boca. No le debía ninguna explicación. Además, no sentía ningún afecto por ese hombre horrible. Obtuvo lo que se merecía, simple y llanamente.

—¡Te mataré! —Isalia vino hacia mí. Se transformó en medio del salto, sorprendiéndome.

Levanté los brazos, listo para golpearla con mi magia.

Luana se abalanzó sobre Isalia. Aterrizaron en el suelo a unos metros de mí. Isalia estaba caída de costado, su cuello manchado de rojo, sus ojos abiertos y vidriosos. Luana estaba de pie sobre ella, su boca goteando sangre.

Luana lo había logrado. Había matado a Isalia. Había ganado.

Conmocionada, Luana volvió a su forma humana y retrocedió del cuerpo de Isalia. Se limpió la boca, como si estuviera asqueada por lo que había hecho.

A nuestro alrededor, la lucha también cesó. Las lobas estaban demasiado heridas para seguir peleando, y si intentaban algo, Luana podría ordenarles que se detuvieran ahora. Los brujos se habían rendido.

Lentamente, me acerqué a Luana.

—Había que hacerlo.

—Lo sé —murmuró. Se volvió hacia mí—. Eso no significa que lo haya disfrutado.

—Lo sé —tomé su mano entre las mías—. Eso es lo que te hace tan especial, ¿sabes? Porque preferirías encontrar una solución distinta a la violencia. Ahora puedes hacerlo. Ahora, gobernaremos y daremos ejemplo. No más peleas. No más guerras. No más muertes.

Luana se acercó a mí y apoyó su cabeza en mi pecho.

—Eso es todo lo que quiero.

Pasé una mano por su espalda.

—Lo sé —fruncí el ceño, recordando algo—. Tenía una hoja en la mano. Aparecía y desaparecía como por arte de magia.

Luana asintió.

—Nos comunicamos durante la pelea. Le pregunté si iba a hacer trampa usando la hoja de nuevo, y me explicó que la había conseguido de una bruja hace mucho tiempo. Puede estar impregnada con varios tipos de veneno, y estaba orgullosa de cómo podía invocarla de la nada.

Asentí, finalmente entendiendo esa maldita arma.

Flanqueada por Wyatt y Farrah, una loba se acercó a nosotros. Llevaba al bebé de Isalia.

Mi hermano.

—¿Qué hago con él? —preguntó, con voz asqueada—. No lo quiero.

Tragué saliva con dificultad. Este era mi hermano. De alguna manera, era mi responsabilidad, especialmente porque Luana y yo habíamos acabado con sus padres. Pero no estaba listo. No estaba listo para tener un hijo propio, mucho menos uno sobre el que no estaba seguro de cómo sentirme.

—Si me lo permiten —dijo una loba de Starlight. Se acercó a nosotros, manteniendo la cabeza baja—. Mi alfa, recientemente perdí a mi cachorro durante el parto —su labio inferior tembló—. Era demasiado débil y no resistió —levantó la mirada hacia Luana—. Si me lo permites, me llevaré a este cachorro y lo criaré como si fuera mío.

Luana me miró.

—¿Qué opinas?

No se me ocurría otra solución. Asentí. Luana le ofreció una suave sonrisa a la loba.

—Puedes quedártelo.

Con una enorme sonrisa, la loba tomó al bebé y lo acunó en sus brazos.

—Gracias —hizo una reverencia a Luana, a mí—. Muchas gracias —retrocedió, alineándose con el resto de su manada.

Haciendo mi mejor esfuerzo por apartar a mi hermano de mi mente, miré alrededor. La calle principal y el mercado estaban destruidos, había cuerpos y sangre por todas partes, el olor a humo y muerte flotaba en el aire, y teníamos muchas lobas y brujos arrepentidos con los que lidiar.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Puede que hayamos ganado la guerra, pero parece que aún tenemos mucho trabajo por hacer.

Mi madre se acercó a nuestro lado.

—Cuanto antes empecemos a limpiar y a ocuparnos de nuestros prisioneros, más rápido terminaremos.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo Luana.

Mi madre chasqueó la lengua.

—¿No lo sabes? Las madres siempre tienen razón.

Puse los ojos en blanco.

—Muy bien. Menos charla. Más trabajo.
Como un equipo, como una familia unida, comenzamos las reparaciones de Unity.

LUANA



MIRÉ POR LA VENTANA, ASOMBRADA POR TODO LO QUE HABÍAMOS LOGRADO HACER EN SOLO SEIS meses. Desde que derrotamos a Isalia y limpiamos el desastre en Unity, Keeran y yo decidimos que no pertenecíamos allí.

Pertenecíamos a un lugar propio, un lugar donde pudiéramos ser la alfa de la manada Starlight y el señor brujo juntos. Por eso, comenzamos a reconstruir el Valle Starlight. Aún quedaba mucho trabajo por hacer, pero el palacio estaba casi terminado, al igual que la mayor parte del pueblo. Las casas del pueblo ahora eran el hogar de los lobos y brujos de Starlight: dos razas unidas como una, viviendo juntas como iguales y amigos.

Desde nuestra mudanza hace dos semanas, Almae había venido a visitarnos una vez. Incluso tenía sus propios aposentos en el palacio, pero a pesar de los argumentos de Keeran, insistía en regresar a Unity.

—Me necesitan allí —seguía diciendo.

Le creía. Ella había fundado ese paraíso. Después de una larga, larga vida, algún día moriría allí también.

Sin embargo, no hace mucho, pasó un par de semanas en el aquelarre Silverblood. Almae le dijo a Thea que en realidad tenía una hermana menor, Zaira, con quien nunca había hablado desde que Soren la sacó del aquelarre hace mucho tiempo. Thea le dijo que no recordaba a ninguna Zaira, pero al hablar con brujas mayores, descubrieron que Zaira había dejado el aquelarre y desaparecido poco después que Almae. Nadie sabía qué le había pasado, a dónde había ido. Ahora, Almae estaba obsesionada con encontrar a su hermana perdida. Intentamos ayudar, pero hasta ahora, no habíamos encontrado ninguna pista de su paradero.

Hoy, sin embargo, Almae estaba aquí. Había llegado ayer, en realidad, para pasar un tiempo con nosotros antes de la celebración de esta noche.

—Aquí tienes —dijo Romulus, entregándome otro papel.

Era difícil apartar la mirada del hermoso pueblo de abajo: la piedra gris, las ramas marrones de los árboles, las hojas verdes y el sol poniéndose detrás del valle, dando a todo un cálido brillo dorado.

Nos habíamos mudado aquí hace dos semanas, pero ningún otro lugar se había sentido como hogar antes, no como este lugar lo hacía.

—¿Qué es esto? —pregunté, finalmente mirando el papel.

—El menú para la celebración de esta noche —dijo—. Agregamos los cambios que solicitaste.

Leí el menú. Cerdo asado, papas gratinadas, abundante sangre para los vampiros, un cordero crudo en una bandeja para los hombres lobo. Para complacer a todas las razas, había más de

veinticinco platos en el menú. Con suerte, nadie se quejaría de que los anfitriones del Valle Starlight no fueran considerados.

—¿Y el vino? —pregunté, devolviéndole el menú a Romulus.

—Ya está enfriado y listo. —Tomó el papel de mí—. ¿Algún otro cambio, mi alfa?

—Aunque tuviera alguno, no creo que tuviéramos tiempo para eso ahora, ¿verdad?

—Tienes razón. —Inclinó la cabeza hacia mí—. Iré a revisar la cocina entonces.

Asentí una vez. —Gracias.

Romulus salió de la gran oficina. Lo observé por un momento, pero pronto mi mirada se posó en la rosa de cristal sobre mi escritorio de roble, donde ahora descansaba en un simple jarrón de vidrio. Según Keeran, la magia aún estaba activa, pero no había necesitado usarla en los últimos seis meses. Sin embargo, me gustaba tenerla cerca. Me gustaba mirarla y recordar el amor de Keeran cuando la hizo para mí.

Luego, mis ojos se desviaron hacia el segundo escritorio en la habitación: el de Keeran. Estaba sentado allí, perdido en sus pensamientos mientras leía un grueso libro de cuero, con Aspen justo sobre su hombro. Desde la derrota de Isalia, Aspen se había convertido en la mano derecha de Keeran, y Boise en su mano izquierda.

Sonreí, completamente enamorada y feliz por nuestra vida. Aquí estaba mi compañero, ocupando la oficina que una vez fue de mi padre conmigo, gobernando nuestro reino de alguna manera, compartiendo cada momento, amándonos incondicionalmente.

Era la vida perfecta.

Solo faltaba una cosa.

Dos, en realidad.

Wyatt y Farrah.

Habían estado aquí mientras limpiábamos Unity, habían ayudado a los heridos, habían enterrado a los muertos y se habían asegurado de que todos y todo estuvieran bien. Pero una vez que el polvo se asentó, una vez que comenzamos a hablar sobre mudarnos al Valle Starlight y todo lo que necesitaríamos para hacer una rápida renovación del pueblo, desaparecieron.

Wyatt se fue primero. Sin despedirse. Ni siquiera dejó una nota. Después de todo lo que habíamos pasado, dolía. Pero sabía por qué lo hizo. Porque si me hubiera dicho que se iba, si se hubiera despedido, no lo habría dejado marchar. Por la luna, ¡solo tenía diecisiete años! ¿Un lobo adolescente solitario en un peligroso mundo sobrenatural? No me gustaba. Envié a algunos de los mejores exploradores de mi manada tras él, pero no pudieron encontrar ni rastro de él. Mi estómago se retorcía cada vez que pensaba en él, en lo que podría haberle pasado, si estaba bien, o si su depresión había vuelto y estaba tirado en un callejón oscuro consumiéndose. Pero aparte de preocuparme y angustiarme, enviar exploradores para encontrarlo o pedirle a Keeran que lanzara un hechizo de rastreo —que nunca funcionaba—, ¿qué más podía hacer?

Luego estaba Farrah. Un día después de que Wyatt se fuera, se acercó a Keeran y a mí y se despidió. Intenté convencerla de que se quedara, de que me ayudara a encontrar a Wyatt, pero estaba decidida a irse.

—Voy a esconderme del Príncipe Lark —había dicho—. Con suerte, nunca me encontrará.

Yo también lo esperaba. Era mi culpa que ahora estuviera comprometida con ese malvado príncipe fae. Le ofrecí cualquier cosa que pudiera hacer para ayudarla, para cambiar su destino, pero ella dijo que el príncipe fae no se detendría ahora, sin importar lo que hiciéramos, ofreciéramos o suplicáramos para dejar esto atrás.

Así que se fue para esconderse de su inminente boda.

Hablando de bodas, Keeran y yo no nos habíamos casado oficialmente, no como Drake y

Thea lo habían hecho. Éramos compañeros de por vida. No necesitábamos grandes ceremonias para demostrarlo.

—Aquí —dijo Keeran, cerrando el libro de cuero y entregándoselo a Aspen—. Gracias.

—Sí, mi señor —Aspen tomó el libro y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Keeran me miró fijamente, con una media sonrisa en los labios.

—Te ves absolutamente impresionante.

Puse los ojos en blanco. Había dicho eso hace una hora, cuando terminé de arreglarme para la fiesta de esta noche. Una de las diseñadoras maestras de la manada Starlight me había hecho un vestido verde oscuro con acentos marrones. El corpiño era un estilo corsé de escote bajo, que dejaba ver un poco de escote. La tela se fruncía sobre los hombros, pero se abría en la espalda, revelando gran parte de mi piel. La falda era larga, con una abertura sobre mi pierna izquierda y una pequeña cola en la parte trasera. Pequeñas cuentas de color verde esmeralda cubrían la tela, dándole un brillo resplandeciente cada vez que me movía.

—Tú tampoco te ves mal —dije.

Como si quisiera presumir, Keeran se levantó de su silla y se abotonó la chaqueta del esmoquin. Llevaba una camisa y corbata verde oscuro, que hacían juego con mi vestido.

Con sus ojos fijos en los míos, se acercó a mí.

—Estás mostrando mucha piel. No estoy seguro de poder dejarte ir así.

Resoplé.

—Como si tuvieras elección.

Me agarró las muñecas y me atrajo hacia él.

—Quise decir —susurró en mi oído—, dejarte ir antes de probarte —Mi respiración se entrecortó; mi cuerpo se calentó. Keeran me rodeó con un brazo, extendiendo sus dedos sobre mi espalda desnuda—. Te deseo. Siempre te deseo.

Se inclinó hacia mí.

Estaba lista. Estaba lista para estropear mi bonito vestido, peinado y maquillaje, y tener sexo duro y rudo con él justo en nuestra oficina, en la noche de nuestra gran celebración mientras nuestra gente esperaba.

Un golpe reverberó en la puerta antes de que sus labios siquiera tocaran los míos.

Fue como un balde de agua fría que extinguió mi deseo y disparó mi mal humor.

—Sí —dije entre dientes.

Riéndose, Keeran dio medio paso atrás. Un momento después, la puerta se abrió y Meira asomó la cabeza.

—Mi alfa. El Lord Drake, la Reina Thea y la Princesa Aurora están aquí.

—Hazlos pasar —dijo Keeran, con una sonrisa.

Meira se hizo a un lado y el hermoso trío desfiló dentro de nuestra oficina.

Aurora dio dos pasos compuestos antes de empezar a correr y lanzarse a los brazos de Keeran. Él la atrapó fácilmente y la levantó contra él. Mi corazón se agitó un poco al ver lo genial que era con los niños.

Aurora volvió su brillante mirada gris hacia mí.

—Estoy enojada contigo.

Fingí una exclamación.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Porque no nos visitas lo suficiente.

Sonreí.

—Oh, mi princesa, he estado muy, muy ocupada —Tomé su mano entre las mías—. Pero te

prometo que visitaré más a menudo. ¿Te parece bien?

Ella asintió, haciendo que sus largos rizos negros rebotaran. Con su vestido de satén rosa y una tiara de diamantes sobre su cabeza, Aurora parecía más un gigantesco cupcake esponjoso que una niña pequeña.

Enganchó su brazo alrededor de mi cuello y me atrajo hacia un abrazo de tres. Me reí.

—Escuché eso —dijo Drake.

Aurora se giró en mis brazos, y los miré. Drake parecía en todo sentido un lord vampiro con un esmoquin negro y corbata borgoña, y a su lado, Thea estaba simplemente hermosa. Llevaba un ajustado vestido rojo, y su cabello rubio estaba recogido en un complicado moño, con rubíes rojos adornando los nudos. Unos pocos mechones precisamente rizados caían por su cuello y el costado de su cabeza, enmarcando su hermoso rostro.

—¿Qué escuchaste? —pregunté.

—Que visitarás más a menudo —dijo Drake—. Contaremos con eso.

Thea asintió.

—Ciertamente lo haremos.

—¿Cómo estuvo el viaje? —preguntó Keeran. Pasó todo el peso de Aurora a mí y fue al bar detrás de su escritorio.

—¿Qué viaje? —bromeó Drake—. El Castillo DuMoir está a poco más de un día de aquí. Eso no es nada.

Thea se estremeció.

—Sin embargo, no recomiendo viajar con una niña mitad bruja, mitad vampiro excesivamente agitada.

Aurora puso los ojos en blanco.

—Mami, puedo oírte.

—¡Eso! —Thea señaló a su hija—. Ni siquiera tiene dos años todavía, y ya está hablando como una adolescente. No estoy segura de poder manejar años de eso.

Todos nos reímos.

Keeran regresó con un vaso lleno de sangre para Drake y vino para Thea.

—Solo lo dices por decir. Es la cosa más adorable que existe.

Drake miró fijamente a la pequeña princesa en mis brazos. —Eso es cierto —luego dirigió su mirada a Keeran y a mí—. Antes de que comencemos la fiesta y celebremos el regreso de Starlight Vale, solo quiero felicitarlos.

Fruncí el ceño. —¿Por qué?

—Por triunfar —dijo.

Thea intercambió una mirada con él. —Hubo un momento hace unos meses en que pensamos que ustedes dos no podrían manejar a Soren e Isalia por su cuenta. Estábamos listos para enviar ayuda.

—Pero resulta que nos sorprendieron y demostraron ser capaces —añadió Drake. Levantó su copa—. Por Luana y Keeran, una unión próspera y un Starlight Vale en paz.

Brindamos con él.

Entonces, se escuchó otro golpe en la puerta. Esta vez, Meira no esperó una respuesta, abrió la puerta y dijo: —Los invitados están llegando, mi alfa. Deberían pasar al salón de baile.

—De acuerdo —dije—. Gracias. —Después de una reverencia, se marchó. Sonreí a Thea y Drake—. Vamos al salón de baile.

—Claro —dijo Thea.

Bajé a Aurora, pero tomé su mano. Ella tomó la mano de Keeran también, y los tres salimos

de la oficina con las manos entrelazadas.

Keeran me sonrió por encima de la cabeza de Aurora. —Es simplemente preciosa.

—¿Estás pensando en tener hijos, Keeran? —susurré.

—Más adelante —susurró en respuesta—. Definitivamente quiero tener hijos contigo, Luana, pero más adelante. Primero quiero disfrutarte a ti. —Me guiñó un ojo.

—Puedo oírlos, ¿saben? —dijo Aurora.

Jadeé. Keeran soltó una carcajada. Incluso Drake, que iba unos pasos delante de nosotros, contuvo una risa.

Mis mejillas se encendieron y traté de recomponerme antes de llegar al salón de baile. Afortunadamente, nos detuvimos unos pasos después, cuando nos encontramos con Elisa y el Príncipe Cain. Elisa era la segunda al mando de Thea en la Finca Silverblood, y el Príncipe Cain era el príncipe más cercano a Drake después de la batalla en el Castillo DuMoir casi dos años atrás.

—Buenas noches —dijo Elisa con una pequeña sonrisa. Era una bruja hermosa de largo cabello cobrizo y brillantes ojos verdes. Esta noche, llevaba un vestido negro de corte sencillo y recto, excepto que la tela cambiaba de color cuando se movía: púrpura, azul oscuro, verde oscuro. Era hipnotizante.

—Es bueno verlos de nuevo —dijo el Príncipe Cain. Era tan alto como Drake, y tenía el cabello castaño corto y ojos color avellana. Llevaba un elegante esmoquin negro con corbata negra. Muy elegante.

Juntos, los siete caminamos el resto del camino hasta el salón de baile.

Keeran y yo estábamos acompañando a nuestros amigos cuando Boise se acercó a nosotros.

—Mi señor —dijo, inclinando la cabeza hacia Keeran—. Acabo de recibir un informe importante. —Ofreció el papel doblado a Keeran.

Keeran negó con la cabeza. —Déjalo en mi escritorio. Lo leeré mañana.

—Mi señor, creo que es importante. Puede que no quiera hacer nada al respecto esta noche, pero debería leerlo.

Con el ceño fruncido, Keeran tomó el papel doblado de Boise y lo leyó. Me incliné a su lado y lo leí también.

Aumento de la actividad de los fae cerca del territorio de Starlight Vale.

Ninguno de ellos parece amistoso.

Keeran me miró fijamente. —No podrían ser Farrah y Daleigh, ¿verdad?

Me encogí de hombros. —No lo sé. —Miré el informe de nuevo—. No tenemos idea de adónde fue Farrah. Podría estar lejos de Daleigh. —O podría estar escondida con su hermano, esperando que él la protegiera del príncipe fae.

—Solo... aumenta el número de patrullas alrededor del pueblo por esta noche —le dijo Keeran a Boise—. No hagas nada precipitado. Si ves algo sospechoso, ven a buscarme.

—Sí, mi señor. —Boise inclinó la cabeza y se marchó.

—¿Y ahora qué? —pregunté, un poco preocupada. Lo último que necesitábamos era un ejército de guerreros fae atacando nuestro pueblo, destruyendo nuestro palacio y aterrorizando a nuestra gente y nuestros invitados.

Keeran frunció el ceño. —Me pregunto si será el Príncipe Lark, buscando a Farrah.

Era una posibilidad. El Príncipe Lark había parecido un emperador malvado en aquella fortaleza suya. —¿Deberíamos cancelar y enviar a todos a casa? —pregunté.

Keeran negó con la cabeza. —No, esta noche no. Apuesto a que no es nada. Para mañana, se habrán ido y estaremos a salvo. —Deslizó su mano en la mía—. Esta noche, olvidémonos de

guerras, batallas y sangre. Esta noche, celebremos todos nuestros logros y nuestro regreso a Starlight Vale.

Tenía razón. No había razón para preocuparse por este informe, no todavía. Por lo que sabíamos, podría ser simplemente algunos fae marchando por el bosque cercano, dirigiéndose a otro lugar.

Le sonreí a mi compañero. —Suena celestial.

Aferrándome a su mano, lo dejé guiarme al salón de baile, donde bailamos toda la noche con nuestros amigos, y deseé que la vida pudiera ser siempre así de maravillosa.

Con Keeran, sabía que lo sería.

¡GRACIAS POR LEER! ¡Espero que lo hayas disfrutado!

Si te gusta este, prueba *Winter King*, el primer libro de una nueva serie romántica picante!

GRACIAS

MUCHAS GRACIAS POR LEER *THE CRYSTAL ROSE*.

Las reseñas son muy importantes para los autores. Si le gustó mi libro, considere dejar una reseña en su minorista en línea favorito y/o en goodreads, ¡por favor!

PARA MÁS LIBROS de Juliana en español, visite: https://www.julianahaygert.com/hola/

¡NO OLVIDES SUSCRIBIRTE a mi boletín para enterarte de nuevos lanzamientos, revelaciones de portadas, obsequios y más: https://www.subscribepage.com/juhnlspanish

SI QUIERES VER TEASERS EXCLUSIVOS, ayudarme a decidir portadas, leer extractos, hablar de libros, etc, únete a mi grupo de lectores en Facebook: https://www.facebook.com/groups/JulianasClub/

SOBRE LA AUTORA

Mientras que la autora Juliana Haygert sueña con ser una bruja oscura, una cazadora de demonios o un sacerdote en la sombra elfo de sangre, se conforma con la vida menos emocionante, pero igualmente gratificante, como esposa, madre y autora. Reside en Carolina del Norte y pasa sus días escribiendo sobre heroínas increíbles y los héroes que las vuelven locas.



Para más información: https://www.julianahaygert.com/hola/